

RUBEN CALDERON BOUCHET

Ensayo para una interpretación del poder político en Roma

Roma, para las inteligencias preocupadas de Occidente, nunca ha podido ser un capítulo cerrado de la historia del mundo ni una empresa política ya terminada en el tiempo. Por el contrario, cada intento de investigación del pasado romano es en realidad una búsqueda de las claves profundas del bien común para el mundo de hoy.

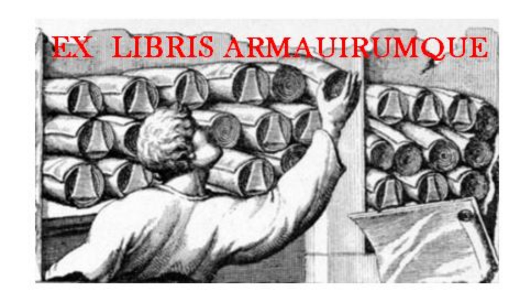
Pareciera existir generalizado consenso en los hombres de la antigua Cristiandad en que Roma significó algo grande y noble en la historia de la humanidad y que su desaparición de los mapas esconde una magnífica vigencia plena de enseñanzas. Nadie, por ello, se resigna a la presunta muerte de Roma. Quizá sea porque en cada lectura del pasado se descubre que en los fundamentos de toda empresa política de restauración de la cosa pública los hombres y las costumbres de Roma viven secretamente.

Rubén Calderón Bouchet, cuya pluma no necesita presentación, nos guía al través de la trama de los siglos. Y al terminar su obra, advertimos que sabemos más de Roma, pero también que comprendemos mejor la realidad que nos rodea. Una lectura, entonces, plenamente justificada.

RUBEN CALDERON BOUCHET

Pax Romana

Ensayo para una interpretación del poder político en Roma



LIBRERIA HUEMUL

BUENOS AIRES

Obras del autor:

Nacionalismo y revolución.

Formación de la ciudad cristiana.

Apogeo de la ciudad cristiana.

Decadencia de la ciudad cristiana.

La ruptura del sistema religioso en el siglo XVI.

Las oligarquías financieras contra la monarquía absoluta.

Esperanza, historia y utopía.

La contrarrevolución en Francia.

Tradición, revolución y restauración en el pensamiento político de don Juan Vázquez de Mella.

Edición al cuidado de César A. Gigena Lamas, revisada por el autor.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentine
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

INDICE

I

LOS ORIGENES

LEYENDA E HISTORIA

Para un espíritu como el romano, hondamente preocupado por las manifestaciones de la divinidad, la fortuna de Roma, victoriosa heredera del Imperio Etrusco, estaba ligada a un destino extraordinario, así querido por los dioses. Antes que naciera Virgilio la leyenda de un futuro imperial inspiró a los romanos la convicción de un porvenir fuera de serie.

Una suerte de verdad poética estaba adscripta a la "pietas" inspirada por la trinidad de Júpiter, Marte y Quirino, dioses que presidían, desde el cielo empíreo, las funciones espirituales en las que los romanos superaron a los otros pueblos: soberanía político-religiosa, fuerza militar y productiva administración de los bienes materiales.

Muchos historiadores consideraron que el origen de la leyenda sobre el destino de Roma es mucho más elaborado y consciente. Nació cuando Roma se puso en contacto con la cultura helénica y ésta despertó, en los rudos habitantes del Lacio, una premura de advenedizos por meterse en el cuadro griego de los ciclos heroicos. Movidos por este deseo se hicieron un lugar en la epopeya troyana y se inventaron un antepasado que los ataba para siempre a las gloriosas estirpes de la Hélade. De

esta pretensión toma fuerza la epopeya de Eneas hasta que halló en Virgilio el vate que la puso a la par de sus antecedentes griegos.

A la luz de algunos hechos históricos, hoy mejor conocidos, y que desearíamos con testimonios más abundantes, "parece que el problema del helenismo romano no puede ya proponerse en los términos habituales. La noción misma de helenismo estalla. No es posible oponer como un bloque a otro, Grecia a Roma. El análisis de las dos civilizaciones revela un parentesco profundo y estamos obligados a preguntarnos si el helenismo literario e intelectual que conquista la Italia romana a partir del siglo III antes de Cristo, no despertaba, en una larga medida, virtualidades que subyacían en un fondo religioso, racial y cultural, pariente del griego" [1].

Según esta tesis sostenida por Grimal, Roma no debió a su sola facundia su incorporación a los ciclos helénicos. Era una ciudad satélite de la Hélade con anterioridad al siglo IV a. de J. C. y había recibido profundas influencias griegas cuando todavía no era cabeza del "Septimontium".

La leyenda es doble: nace de las profundidades religiosas del mito y surge, con renovada fuerza y por contagio cultural, de las influencias literarias helénicas. No se puede olvidar que el alma antigua es mucho más compleja de lo que nuestro simplismo racionalista nos enseña. Hechos tan decididamente históricos como la constitución del Imperio Romano estaban, en alguna medida, anunciados en la leyenda de Heracles, que los romanos conocieron y vieron proyectada en la asombrosa hazaña de Alejandro.

Los historiadores modernos, especialmente aquellos de los siglos XVIII y XIX, abandonaron, tal

[1] GRIMAL, Pierre: *Les siécle des Scipions*, Paris, Aubier, 1951, pág. 17.

vez demasiado apresuradamente, las obras historiográficas romanas. Consideraban que la distancia temporal que los separó de los acontecimientos referidos a la historia primitiva de Roma y la ausencia de una crítica testimonial más científica los hacía presa fácil de los prejuicios patrióticos y las tradiciones fabricadas al gusto de las familias nobles, tanto de origen patricio como plebeyo, que, luego de quemada Roma por los galos, habían entrado a saco en las viejas crónicas de la ciudad.

Los nombres de Mommsen y Ettore Pais ilustran posiciones diversas frente a las tradiciones romanas dignas de ser señaladas. Mommsen, con paciencia tudesca, inicia el largo camino de consulta a los restos arqueológicos, sin desdeñar totalmente el aporte de los antiguos historiógrafos. Ettore Pais, en su famosa *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli,* aparecida en los años 1913-14, considera la tradición historiográfica como un cúmulo de falsedades acumulado por la piedad o la astucia patriótica.

La acribia de la crítica a los testimonios materiales existentes ha tenido tiempo, a partir de Ettore Pais, de serenarse y advertir el valor de la tradición, sin renunciar por ello a las correcciones que nacen de un serio cotejo con los datos aportados por la zapa de los arqueólogos.

Afirmó León Homo [2] que el método más fecundo y seguro era el uso cuidadoso de la historiografía romana de la época imperial. Conviene decir algo acerca de las fuentes usadas por estos historiadores y examinar los justos títulos de sus testimonios.

Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y Diodoro de Sicilia usaron, en sus respectivas historias, los trabajos dejados por los analistas Q. Fabio Pictor,

[2] HOMO, León: *La Italia primitiva,* Barcelona, Madrid, Ed. Cervantes, 1926, pág. 9.

Catón, Licinio Macer y otros. Es verdad que éstos narraron acontecimientos ocurridos algunos siglos antes de venir ellos al mundo, pero tenían a su disposición documentos oficiales que más tarde se perdieron. Contaron también con referencias literarias de viajeros griegos que habían demostrado, en sus primeros contactos con Roma, un vivo interés por las circunstancias de su desarrollo.

Los observadores griegos vieron con perspicacia la favorable situación geopolítica de Roma sobre la cuenca del Tíber y la distancia que la separaba del mar Tirreno. La zona dominada por el río había sido justamente apreciada por los etruscos y como todo hace presumir que habían sido excelentes marinos, vieron también como un hecho promisorio su cercanía al mar que, según la tradición, había tomado de ellos su nombre.

Nada ha llegado hasta nosotros de la historiografía griega sobre la Roma primitiva, a no ser los fragmentos que Dionisio de Halicarnaso rescató de un lamentable olvido. Lo mismo puede decirse de las importantes fuentes historiográficas etruscas que los primeros analistas tuvieron oportunidad de consultar. Desgraciadamente la desaparición de estas últimas ha sido definitiva y sólo nos queda de ellas la fundada sospecha de su importancia.

Existían también documentos de carácter religioso o político cuya redacción estuvo confiada a los colegios sacerdotales o a los funcionarios a cargo de la preparación de los calendarios o de catálogos donde se señalaban los acontecimientos más notables de la vida de la ciudad. Entre esos documentos pueden señalarse los cantos religiosos ("carmina"), las reglas que correspondían a los distintos ritos ("indigitamenta"), recopilaciones de leyes de innegable valor para la historia del derecho, casos de jurisprudencia asentados en los diferentes litigios por el más importante tribunal en materia procesal.

De todos estos documentos el más valioso para la labor historiográfica fue el calendario. Fue confeccionado bajo la dirección de los pontífices que señalaban en él los días fastos o nefastos relacionados con la iniciación de algún importante negocio político.

Los romanos no tuvieron un diario de sesiones para registrar los asuntos discutidos en el Senado, pero existieron tratados, leyes, listas de magistrados y otros importantes documentos de interés público que pudieron servir a los analistas, junto con los archivos familiares, elogios fúnebres, conmemoraciones y mementos de toda especie, para reconstruir el pasado de la ciudad.

Fueron todos testimonios frágiles y no siempre veraces, pero llenos del color y el movimiento vivo de los hombres de esa época. Permiten un acercamiento a sus vidas, aunque no auspicien grandes ilusiones sobre su valor testimonial en lo que a los hechos se refiere.

En el año 320 a. de J. C. los galos incendiaron la ciudad de Roma. Como la mayor parte de sus construcciones eran de madera, la Urbe ardió como una tea y en el pavoroso incendio desapareció la más antigua documentación. Lo más grave no fue tanto la pérdida de los archivos del pueblo romano, como la posterior reconstrucción que se hizo del material desaparecido. "Los que ahora existen –opinaba Clodio en su *Elenco de los tiempos*– fueron hechos contra toda verdad, por amanuenses dispuestos a adular a los nuevos amos de la Urbe, que deseaban aparecer como pertenecientes a las más antiguas familias" [3].

La opinión de Clodio tiene su grano de suspicacia y probablemente dirige sus dardos contra algu-

[3] PLUTARCO: *Vidas paralelas*, Numa, I. (Hay muchas ediciones castellanas, no todas completas; ver Colección Austral.)

nos enemigos personales. No todo fue obra del fraude, pero conviene tener en cuenta la sospecha para no dar excesivo crédito a los datos aportados por estas reconstrucciones. Tito Livio advierte que muchas de las alabanzas y elogios redactados en ocasión de un funeral eran creaciones literarias y no obra de historiadores. Los muertos romanos, como casi todos, al investir la rigidez cadavérica inauguraban un fácil procerato que la piedad filial y el respeto religioso no encontraban jamás indiscreto.

Las recomendaciones de Tito Livio pueden ser corroboradas con algunas reflexiones de Cicerón acerca de la mendacidad de tales elogios póstumos. Esto habla a favor de la actitud crítica con que los romanos de la ilustración elaboraron su historiografía, pero queda en pie que la historia de Roma primitiva fue escrita con mucha posterioridad a los acontecimientos y que la documentación utilizada inspira graves reservas.

¿Puede la historiografía moderna subsanar estas dificultades y arrojar sobre los primeros pasos de Roma una luz que permita corregir los defectos de la versión tradicional?

La operación es difícil y los materiales históricos obtenidos por la arqueología no pueden sustituir la ausencia de fuentes literarias. La historia y la leyenda están íntimamente mezcladas en el nacimiento de Roma y es asunto arduo para el historiador separar una cosa de otra, sin poner en peligro el vivo tejido del pasado. Conviene no oponerlos como si fueran principios contradictorios y, manejados con precaución, iluminan el camino inicial de la urbe latina. Algo informan sobre los hechos y mucho sobre el espíritu que produjo el advenimiento a la historia de la ciudad que debía ser la más grande capital del mundo antiguo y la cabeza de dos civilizaciones.

Desde la perspectiva de su grandeza se explica,

en un nivel de intereses nacionales, la tentación de reformar los orígenes de la ciudad del Tíber para encontrar en sus primeros balbuceos históricos los síntomas premonitorios de su futuro. No obstante esta reserva de inspiración racionalista, nos asalta una duda: ¿Esos síntomas augurales existieron realmente?

¿Cómo resistir la tentación de buscarlos? ¿Podemos eximirnos fácilmente de tales preocupaciones? ¿No nos gustaría descubrir en las rústicas aldeas del "Septimontium" los principios del futuro imperio?

Los historiadores modernos, tanto o más que los antiguos, se rindieron al sortilegio de este misterio y desde Montesquieu hasta Grimal, pasando por los grandes poetas como Dante, han intentado, con distinta suerte e ingenio, explicar las causas de la grandeza y esplendor de los romanos.

Colocados en el camino de tales reflexiones advertimos que la extraordinaria fortuna del pueblo romano no pudo llegarle totalmente de afuera. En alguna medida debieron colaborar con la suerte y las circunstancias para que éstas, tan variadas y caprichosas como suelen ser, los sirvieran con una constancia sin merma durante los siete u ocho siglos que brilló su estrella.

Con el propósito de examinar los justos títulos de un destino absolutamente fuera de serie y sin la tonta ambición de hallar la explicación en un principio único, ponderaremos los elementos que integran la materia y la forma de la primitiva ciudad apoyándonos en los datos de la moderna historiografía o en las referencias legendarias cuando éstas iluminan un aspecto peculiar del espíritu romano, útil para interpretar sus motivaciones internas.

Roma, como lo habían advertido los griegos, se formó en el marco de una situación geográfica excepcional para dominar el centro de la península itálica. Los etruscos lo descubieron con anterioridad cuando hicieron de estas colinas junto al Tíber un lugar de asentamiento comercial y político. Las alturas dominaban la cuenca del río y estaban a pocos kilómetros del Tirreno, que no de gusto fue llamado por ellos "Tuscum mari" antes que los romanos extendieran su dominio a todo el Mediterráneo llamándolo "Mare Nostrum".

Podemos admitir, sin gran seguridad, que los etruscos se establecieron en el "Septimontium" y aprovecharon la privilegiada situación geográfica del lugar para ejercer desde allí una suerte de dominio comercial y militar sobre la cuenca del Tíber. Esto señala un hecho que puede entrar como ingrediente explicativo de la futura grandeza romana, sin convertirse por ello en única causa.

No fundaron una ciudad, sino una suerte de factoría vigilada por una guarnición militar que les permitía poner su tráfico a resguardo de los piratas que infectaban las costas del Tirreno y de los bandidos refugiados en los bosques del Lacio.

Esta factoría, por diversas razones, atrajo a los pobladores latinos y sabinos, que se fueron instalando precariamente en sus cercanías para beneficiarse con el trueque de sus productos agrícolas y ganaderos, contra aquellos que traían en sus barcos los navegantes etruscos. El lugar se convirtió pronto en una suerte de feria y gente procedente de otros países se instaló también con alguna modesta industria.

Los etruscos eligieron la colina que se llamó Palatina para establecerse. Las otras colinas del "Septimontium" no estaban desiertas. Las excavaciones prueban la existencia de antiguos pobladores lati-

nos con excepción del Quirinal y el Viminal, que parecen haber sido habitadas por sabinos.

Los latinos, según conjeturas aceptables, formaban una liga política económica dotada de una cierta coherencia. Es opinión de Homo que muy pronto fueron conocidos con el nombre de "quirites". Esta designación, reemplazada posteriormente por la de romanos, se mantuvo mucho tiempo en la fórmulas concisas del ritual jurídico: "Aio hunc hominem mecum esse ex iure quiritium" [4].

"Ex jure quiritium" hace mención precisa a la sobrevivencia del nombre arcaico y esto constituye una prueba del fundamento latino de la población romana. Por supuesto que tal hecho no significa necesariamente preponderancia racial. Está fuera de discusión las incesantes mezclas producidas entre los habitantes del "Septimontium", pero no se puede negar el aporte decisivo latino a través de dos instituciones determinantes en la formación del espíritu romano: el idioma y el derecho.

¿Tuvieron los etruscos una influencia comparable? En verdad sabemos muy poco de ese extraño pueblo complicado con los orígenes de Roma. ¿De dónde vinieron? ¿Cuál fue su idioma? Preguntas que se pierden en la oscuridad de las leyendas y que la arqueología no ha podido desentrañar sin mantener un amplio juego de hipótesis y conjeturas.

La tradición, tanto griega como romana, decía que los etruscos provenían del Asia Menor, con más exactitud, de Lidia. Herodoto en sus *Historias* (I, 94) así lo confirma. No sabemos cuáles fueron las fuentes de información del Padre de la Historia y es muy probable que los otros que vinieron a su zaga hayan tomado su opinión sin preocuparse por averiguar más.

De Asia llegaron hasta las costas itálicas por vía marítima y se instalaron primeramente en la región

[4] HOMO, León: o. c., pág. 107.

de los umbros, donde recibieron el nombre de tirrenos. La leyenda quiere que esta designación fue tomada del nombre de uno de sus reyes. Como se suponía que habían llegado a Italia por mar, el nombre de Tirreno le fue otorgado al mar que bordeaba la costa occidental de Italia. Por Tito Livio sabemos que los etruscos lo designaban "Tuscum".

La única voz discordante en la opinión general de considerarlos provenientes de Lidia es la de Dionisio de Halicarnaso. Criticó el juicio de sus antecesores y afirmó que: "los etruscos constituyen un pueblo de gran antigüedad", y como su lengua y sus costumbres "lo hacen diferente de los otros pueblos conocidos", considera conveniente tenerlo por autóctono [5].

Desde un punto de mira estrictamente científico la opinión de Dionisio es la menos aceptable, dado que aún no se ha podido descubrir la existencia de un pueblo autóctono.

En épocas más recientes se crevó descubrir en el pueblo etrusco una rama de la gran familia de los invasores indogermánicos. La prosperidad de esta teoría tropieza con una dificultad invencible: la lengua etrusca no corresponde al tronco de las indogermanas. Las investigaciones filológicas contemporáneas, fundadas en un abundante material epigráfico y arqueológico, confirman, aunque con amplio margen de inseguridad, la opinión tradicional de la proveniencia lídica.

Los etruscos hicieron algo más que proponer a los futuros historiadores el enigma de sus orígenes y el misterio de su extraña epigrafía. Constituyeron un vigoroso poder político y si no unificaron Italia bajo su hegemonía fue porque tropezaron al sur con los griegos y los cartagineses y debieron ceder ante la arremetida de estos poderosos adversarios.

5 Bloch, Raymond: *Los Etruscos,* Buenos Aires, Eudeba, 1963, pág. 7, col. 1.

No obstante esta adversidad, la Italia meridional conoció un largo período de dominación etrusca y es opinión segura que los primeros pasos del crecimiento romano estuvieron bajo su control. Los datos arqueológicos permiten suponerlo así y aunque esto hiera un poco el orgullo nacional romano, los etruscos, al dominar el centro de la Península desde el Tirreno al Adriático, dieron a Roma su primera lección imperial.

Roma, bajo el dominio etrusco, se convirtió en cabeza de una confederación de ciudades. Esta situación permitió acentuar el carácter militar de la ciudad del Tíber y la convirtió poco a poco en una capital cuya irradiación se extendió a todo el Lacio. A esta época corresponde el reinado de los Tarquinos, prolongado según conjetura plausible, hasta el 510 a. de J. C., en que cesa la reyecía etrusca y se implanta la República.

Raymond Bloch sostiene que "los descubrimientos arqueológicos que se realizan incesantemente en el suelo de la Urbe permiten precisar nuestra visión del destino de Roma arcaica. La naturaleza y el desplazamiento de los objetos descubiertos muestran la gran extensión de la ciudad a partir del año 650 a. de J. C. aproximadamente y la influencia etrusca que allí predomina. Desde la mitad del siglo VII hasta promediar el VI, Roma es una urbe importante que comprende un número considerable de santuarios, aunque de construcción modesta. A partir del año 550 la Roma llamada de los Tarquinos asumió el aspecto de una gran metrópoli etrusca, comparable a las lucomonías vecinas de la Etruria meridional" [6].

Si todo esto es cierto, lo cual no es muy seguro, el dominio etrusco habría dado a Roma una imborrable lección de grandeza. Así la conjetura arqueológica explica, en alguna medida, la posterior evo-

[6] BLOCH, Raymond: o. c., pág. 16, col. 1.

lución de la ciudad. Los romanos se independizarán de los etruscos, pero no podrán actuar como si los etruscos no hubieran hecho de Roma una suerte de capital.

La leyenda romana se apoderó de algunos hechos históricos que pertenecen en realidad al pueblo etrusco y los consideró como propios, hasta que, efectivamente, la gravitación paradigmática de estas gestas integre el patrimonio histórico de Roma.

Pierre Grimal considera que el encuentro con los griegos fue todavía mucho más importante para el ulterior desenvolvimiento de la ciudad de Roma. Sostiene el historiador francés que Roma, desde el punto de mira cultural, fue una ciudad satélite del mundo griego. La tradición respalda la seriedad de la tesis y las exploraciones arqueológicas más recientes la confirman. Un subsuelo muy rico en restos de artesanía griega permite suponer que desde el siglo VII a. de J. C. hay en Roma una fuerte presencia helénica [7].

Reconoce nuestro autor que algunos caracteres de la concepción romana de la ciudad y de sus instituciones políticas, en particular la idea del Estado con su religión vinculada al suelo patrio y la profunda convicción de la presencia real de los dioses en el ámbito físico de la urbe, tienen un origen extraño a la más pura tradición helénica. Pero el desarrollo de la organización social, la forma que tuvieron sus instituciones, la presencia del ideal jurídico sobre el juego de los poderes, traduce sin equívocos el espíritu de la polis griega, para no sospechar la existencia de una influencia temprana y vigorosa.

Se pregunta Grimal si es una pura coincidencia que la expulsión de los Tarquinos se produjera casi contemporáneamente a la deposición de los Pisis-

[7] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 10.

batidas en Atenas. ¿No señala este hecho que, a un lado y otro del Adriático, similares condiciones espirituales y económicas tienden a provocar sucesos análogos?

No deja de advertir que la caída de los Tarquinos está ligada a una situación típica del centro de Italia: el retroceso del poderío etrusco y el consecuente levantamiento de los pueblos sometidos a su dominio. Habría que forzar demasiado la interpretación de los hechos para que los sucesos padecidos por Italia central puedan resistir una comparación con la expulsión de la tiranía en Atenas.

De cualquier manera la semejanza señalada por Grimal tiene un aire de familia que refuerza la convicción de hallarnos con sociedades parientas.

Conviene advertir otra diferencia para no caer en el exceso de las comparaciones fáciles. El ascenso de los tiranos en las ciudades griegas fue motivado por movimientos revolucionarios y éstos tomaron fuerza sobre un fondo de protestas y desencuentros sociales, inherentes al proceso de la polis griega bajo el dominio de las oligarquías comerciales. No tenemos noticias que la situación de los agricultores y pastores latinos y sabinos bajo el poder etrusco haya padecido algo semejante. Todo hace sospechar que en el conflicto que armó a los griegos contra los etruscos estas poblaciones se mantuvieron en cauta expectativa hasta que el debilitamiento definitivo de sus dominadores les permitió el golpe liberador.

Sin negar el valor que tuvo el encuentro con los griegos en el destino de la ciudad romana, corresponde acentuar las peculiaridades de la urbe latina, para no ceder ante los esquemas de inspiración sociológica apoyados en ciertos parecidos históricos. La influencia helénica existió mucho antes de que los romanos se pusieran en contacto con la madre Grecia. Esta influencia fue esencialmente cultural, como señala Grimal, y ayudó

mucho a los romanos para encontrar el camino de su propia expresión espiritual. La historia de Roma, como la de Atenas y la de Esparta, tiene un desarrollo "sui generis" que debe explicarse en el ámbito de su propia peculiaridad.

Los hechos históricos tienen en el proceso espiritual de un pueblo un doble valor, según sean gestas llevadas a buen término por ese mismo pueblo o impactos producidos por la acción de otras naciones. En el primer caso forman parte de su propia expresión espiritual y condicionan el carácter de sus futuras acciones. En el segundo caso la influencia de otro pueblo puede ser o no estimulante y provocar así el crecimiento de fuerzas todavía latentes o, en su defecto, causar un desmayo de esas energías. De cualquier manera tales impactos exteriores se incorporan vivamente a la historia de una sociedad y cualifican para siempre las manifestaciones de su dinamismo histórico.

Me hago cargo del poco valor denotativo que tienen los términos cuando nos referimos a una realidad viviente como es una sociedad de hombres. Existen virtualidades que pueden ser actualizadas por movimientos provenientes de la misma sociedad o del choque con otro pueblo. De cualquier manera condicionan la vida de una nación y modifican en algún sentido la modalidad de sus respuestas.

Un hecho que condicionó para siempre la vida de Roma y la colocó con toda su originalidad en el seno de la historia, fue la toma del poder por el patriciado romano a la caída de los Tarquinos. ¿Qué fue lo que realmente sucedió y qué carácter tuvo el traspaso de la monarquía etrusca a la República Romana?

Los que tienen de la historia una visión lineal fundada en la aceptación "a priori" del progreso indefinido, creen que las sociedades humanas han partido de las formas más primitivas y autoritarias

de la organización hacia una mayor participación de la ciudadanía en el poder social. Con un prejuicio de esta naturaleza metido en la cabeza, el paso de la antigua monarquía etrusca a la República aparece con todos los caracteres de una progresista revolución social. Una monarquía afectada por la caducidad inherente a un gobierno paternalista y conservador es reemplazada por un sistema más moderno y en histórica consonancia con las exigencias de la época. El esquema resulta clarísimo y satisface las esperanzas del ciudadano ilustrado que descansa su espíritu en la segura ilusión del progreso.

Si examinamos el suceso con otra óptica se impone en primer lugar una observación que cambia totalmente esa rosada perspectiva. La monarquía romana, si así puede llamarse al gobierno personal que ejercieron los etruscos sobre la Urbe, no fue un gobierno nacido de la propia evolución del pueblo romano ni respondió a una estructura social de organización arcaica. Fue la expresión autoritaria de un pueblo más culto y respondía a un sistema de administración civil más moderno, si se lo compara con aquél que le sucedió.

El cambio político no fue tampoco el resultado de un levantamiento revolucionario que hubiere partido de la población romana, como consecuencia de un proceso de desgaste ocasionado por las luchas entre etruscos y griegos. La República Romana no significó un progreso en el sentido moderno del término y todo hace suponer que fue más bien un retorno a un ordenamiento social más primitivo. Por esa razón, una de sus consecuencias más inmediatas fue una palpable limitación de la actividad económica y un avance conservador de los campesinos sobre los grupos comerciales e industriales, léase plebeyos, introducidos por la monarquía etrusca.

Derrotados los etruscos en una batalla contra

los ejércitos de Cumas en los aledaños del 524 a. de J. C., se encontraron inmediatamente frente al levantamiento de las colonias griegas de la Campania. Ambos sucesos tuvieron repercusión en el Lacio y los latinos vieron la oportunidad de desligar su suerte de un poder que amenazaba derrumbarse por todas partes. Se levantaron contra él y, apoyados en sus pretensiones de liberación nacional por los de Cumas, batieron a los etruscos en la batalla de Aricia.

Es opinión de León Homo que la rebelión de los latinos no fue apoyada por Roma. Los romanos se habrían limitado a observar el desenlace para luego tomar la decisión que más conviniere a sus intereses.

"Diga lo que quiera la tradición —escribe Homo— se ha deformado en interés de Roma el carácter de la famosa revolución del 509, así como se había deformado en el período anterior la caída de Alba. Roma no tuvo iniciativa en su liberación nacional. Se limitó a seguir un movimiento que le vino impuesto por las circunstancias." [8]

Se me ocurre que Roma aceptó el cambio con disgusto porque ponía en peligro, por lo menos de un modo inmediato, su situación hegemónica en la cuenca del Tíber. La clase senatorial, formada por los grupos propietarios más antiguos de las siete colinas, tomaron la iniciativa y se unieron al movimiento. Los conducía un doble interés político: extraer todos los beneficios posibles del hecho y luchar por sus posiciones económicas tomando en sus manos la conducción de la "res publica" antes que lo hicieran los grupos representantes del comercio y la industria, más ligados a la suerte de la monarquía.

Esto modifica, en alguna medida, el cuadro del nacimiento de la República romana tal como suele

[8] Homo, León: o. c., pág. 161.

ser presentado por los historiadores progresistas. Fue una reacción de pequeños propietarios rurales, "gentlemen farmers" si se quiere cubrir con un nombre menos rústico la coalición de los chacareros del "Septimontium".

La primera consecuencia, social, de la medida fue acentuar la separación entre patricios y plebeyos. Estos últimos habían sido beneficiados por la economía portuaria mantenida por los reyes etruscos y como, en general, eran pobladores recientemente ingresados en la ciudad, no tenían el estatuto religioso de los antiguos pobladores y por ende no gozaban del derecho "quiritario".

La segunda consecuencia fue política y se manifestó en una reducción de la importancia romana en su proyección "ad extra". La ciudad, después de haber sido cabeza de una confederación de ciudades dominadas por los etruscos, se convirtió, durante un cierto tiempo, en un centro urbano venido a menos.

Roma aceptó su disminución y diecisiete años más tarde firmó una alianza con otras ciudades latinas donde declaraba que cambiaría la posición de los cielos y la tierra antes que se alterare la paz de los firmantes del pacto.

Pero los etruscos le habían dado la lección de la grandeza y un irónico escepticismo con respecto al valor de los contratos políticos.

LAS FUERZAS INTERIORES

El hombre antiguo no se preocupó demasiado por eso que los cristianos llamaron la vida interior. Conocían el valor político que tienen las virtudes, pero no sabemos que hayan reflexionado mucho sobre la economía y el origen de la vida moral. Esta falta de interés no quitó a los viejos romanos

la posesión de una robusta salud ética y de una vivida tradición religiosa que podía hacerles parecer obvias las reflexiones sobre su proyección en el alma.

Sus moralistas fueron estudiosos de las costumbres y se limitaron, en general, a consideraciones someras cuando no triviales sobre la decadencia de los buenos hábitos. El hecho de que casi todos ellos fueron austeros defensores de los usos tradicionales señala la índole conservadora del romano y su poco gusto por las confesiones.

La ausencia de referencias testimoniales sobre la vida íntima hace difícil el acceso al alma romana. Faltan documentos literarios relativos a sus pensamientos más secretos y a sus experiencias personales de carácter religioso. Conocemos muchos detalles externos de esa religión, el nombre de sus dioses, la índole de sus ritos, la pompa de sus cultos y la disposición de sus templos, pero no sabemos nada del estado interior que esas creencias imponían.

George Dumézil publicó en 1949 un libro que intituló *L'héritage indo-europeenne a Rome* y era, en alguna medida, la culminación de una serie de trabajos sobre los mitos, las creencias y los dioses indogermánicos. Sus reflexiones en torno de la religión romana venían contenidas en un contexto mucho más amplio y trataban de explicar, en su proyección histórica, el parentesco que tenía con la griega y la de otros pueblos del mismo origen lingüístico.

Escribía Dumézil: "para designar la lengua común de la que proceden tanto los griegos como los latinos, así como los celtas, germanos, eslavos, hindúes e iranios se ha inventado el nombre extraño, algebraico, de «indoeuropeos», que no hay ninguna razón para cambiar, porque las otras designaciones propuestas no valen mucho más" [9].

[9] DUMEZIL, G.: *L'Heritage indo europeen a Rome*, París, Gallimard, 1914, pág. 15.

Consideraba también que su aporte a la historia de la religión romana podía considerarse casi nulo o por lo menos negativo, ya que solamente puede haber servido para borrar algunas ilusiones. Pensaba que, si tenía razón, sus trabajos recordarían a los historiadores de Roma que no se sabe casi nada sobre los orígenes de esa sociedad privilegiada y que, en el estado actual de las ciencias históricas, convendría dejar en blanco las páginas que los manuales dedican a esas lejanas épocas.

En una entrevista que Pierre Sipriot concertó con Dumézil a propósito de la civilización romana y que apareció en un número especial de "La Table Ronde", el promotor del coloquio inició su encuesta sobre la religión romana refiriéndose a las numerosas trazas "de una concepción tripartita del mundo y de la sociedad que parecían corresponder a tres funciones esenciales: soberanía político-religiosa; fuerza combatiente y productividad".

Estas tres funciones aparecían presididas por los tres dioses principales del panteón romano: Júpiter, Marte y Quirino. Al servicio de esta tríada mayor se encontraban los primeros "flámines" del colegio sacerdotal. Sipriot preguntaba a Dumézil sobre el probable origen de estas divinidades.

La respuesta del especialista comenzó con una referencia a la opinión corriente que adjudica Júpiter y Marte al aporte latino y Quirino a la heredad sabina. El fundamento de esa aseveración reposa en el hecho de que los sabinos habrían sido los pobladores de la colina que se llamó del Quirinal. Dumézil alega contra esta tesis que uno de los pocos conocimientos serios que se posee de la lengua sabina obliga a aceptar que "ese idioma no había guardado el sonido que en latín corresponde al fonema «qu». Sería un caso muy singular que el único dios cuyo nombre comienza con «qu» fuera precisamente el que los sabinos no podían ni sabían pronunciar".

Aumentó su perplejidad el descubrimiento de una inscripción atribuida a los umbrios y relacionada con las ceremonias religiosas de la ciudad de Iguvium. Se lee en ella que esa ciudad reconocía la protección de tres grandes dioses "gravovii" y que esta tríada comprendía un orden de enumeración que era también una jerarquía, impuesta por el énfasis de algunos detalles litúrgicos. Esos tres dioses eran Júpiter, Marte y un tercero que recibía el nombre de Vofionus.

Vofionus no es homónimo de Quirinus, pero el sufijo "us" en que ambos concluyen permite suponer un cierto parentesco lingüístico. El descubrimiento indujo a pensar que la existencia de la tríada no era exclusiva de Roma y que el estudio de sus dioses habla de un clima teológico común a varias ciudades de Italia.

El Júpiter del "flamen Dialis", antes de la religión capitolina, era, en la autorizada opinión de Dumézil, el dios del día, del cielo luminoso. Su sacerdote estaba impregnado por la sacralidad del dios, tanto en los preceptos como en su persona. Era el encargado de los auspicios que comandaban la acción política. En la evolución posterior de la religión romana, en la fase que Dumézil llama capitolina, se reforzaron las prerrogativas de Júpiter y llamado también "Capitolino", se convirtió en el garante de la grandeza de la Urbe y en su verdadero "Rex".

"Es efectivamente el dios soberano, el dios de la ciudad, cuando ella se piensa como una entidad política, con su destino y sus ambiciones con respecto al mundo".

La evidencia de la soberanía de Júpiter brega por un sistema religioso coherente y no por esa polvareda de divinidades que, según ciertos testimonios, harían de la religión romana un verdadero caos. Dumézil explica esta aparente antinomia cuando admite en la religión vivida de los romanos un

proceso antropomórfico espontáneo. Los dioses principales están rodeados de fuerzas divinas, de "numina", señales o manifestaciones que el hombre debe conocer para intuir, a través de ellas, la voluntad de quien las dirige.

"Tengo la impresión –nos dice– que tal profusión es un brote religioso secundario y que aumentó en la medida que la religión romana envejecía. Muy pronto, en su historia, los romanos presentaron sus grandes divinidades como si estuvieran rodeadas de un equipo numeroso de auxiliares....".

Protesta contra la idea de comparar los "numina" romanos con eso que las religiones polinesias consideran como "mana". El "numen", de acuerdo con su etimología, es un signo visible, un movimiento de la cabeza o de la mano, por el cual una persona de gran dignidad hace conocer su voluntad. Detrás del numen está la persona del dios. Los romanos tuvieron una idea personal de los dioses y nunca consideraron que fuesen fuerzas ciegas e irrepresentables.

La palabra "deus" designa una persona, un gran dios como Júpiter o una pequeña deidad como "mater matuta". Dios es un término indoeuropeo y se encuentra, con variantes, en todas las lenguas que caen bajo esta designación. Esta filiación del término bastaría, por sí sola, para probar que los antepasados de los romanos llegaron a Italia con divinidades personales y con un politeísmo del mismo nivel que el de los indoiránicos.

Antes de dar por terminada la entrevista, Dumézil recordó la conveniencia de no adjudicar a los dioses romanos rasgos físicos precisos. Esto explica la ausencia de una mitología antropomórfica al estilo de la griega. Existió, no obstante, una organización social divina que se reflejó en el "ordo sacerdotum".

La religión ha sido siempre un territorio vedado para quien no participa de la fe tradicional, por

eso conviene, aunque sólo sea a título de simple hipótesis, dar a esos poderes invisibles que presidían la vida del romano "ese carácter de realidad que le atribuyen todas las civilizaciones".

No importa que no podamos decir, de acuerdo con testimonios fehacientes, en qué consistía esa realidad.

El romano prestaba gran atención a todas esas señales, "numina", que partían de los poderes invisibles y lo obligaban a mantener en constante vigilancia todos sus movimientos. Esta vigilia disciplinó su espíritu y afinó su conciencia para percibir la presencia de lo sagrado en todas las actividades que emprendía. Nada era indiferente a los "numina" ni podía sustraerse a su influencia.

Las fuentes para el estudio de esta religión son, en primer lugar, Catón, Cicerón y Tito Livio. En segundo lugar, Varrón, San Agustín y Plutarco. De todos ellos, Catón, por su proximidad a los orígenes, y Agustín, por su profunda experiencia religiosa, hubieran sido los mejor señalados para darnos una idea cabal de la "fides" romana. Pero San Agustín estuvo más atento a refutar que a esclarecer los contenidos de esa religión y Catón estaba demasiado preocupado por edificar sus fieles en los aspectos morales de las creencias romanas y se interesó poco por la teología, si es que efectivamente existió una cosa semejante en la civilización romana.

Cicerón, que se ocupó en alguna oportunidad de *La naturaleza de los dioses,* prometió con ese título sugestivo más de lo que pudo cumplir. Después de leerlo con la atención que merece por su facundia retórica, no hemos avanzado nada en el conocimiento del panteón romano y menos todavía en el de esa misteriosa experiencia sacral en que debe consistir el trato del creyente con sus dioses.

Varrón fue hijo de un movimiento cultural de corte racionalista y en sus *Antigüedades* se muestra

más como un sociólogo que como un hombre de fe. Gracias a él podemos conocer el valor político de la religión romana, sin que nos sea permitido conocer aquello que Cicerón llamó su naturaleza.

Ovidio nos legó los *Fasti*, en donde pasó revista a las festividades religiosas y a los diversos lugares donde se realizaban. La descripción es detallada y pulcra. Transmite de primera mano algunas de las fórmulas litúrgicas usuales.

Tenemos que conformarnos con referencias exteriores del culto y de tal modo que la unión de las noticias literarias con las epigráficas constituya un saber acerca de la religión romana lo más instructivo posible. Podemos conocer casi todo acerca del culto, pero muy poco de su espíritu profundo y esto, hasta el punto que muchos han creído que no lo tenía.

No interesa por ahora examinar la influencia que tuvo sobre Roma la mitología griega ni comprender hasta dónde los romanos asimilaron su influencia. Nos interesan los elementos más antiguos de su religión, esos que, según Dumézil, forman el fondo indogermano de ambas tradiciones.

Como anticipamos, existió en el panteón romano una deidad suprema: Júpiter, Djovis Pater o dios del cielo, con una jerarquía semejante a la de Zeus entre los helenos. El poder de este dios se manifestaba a través de los "númina" omnipresentes que, según la opinión de Dumézil, eran gestos o signos del dios, pero de acuerdo con otros estudios son mensajeros personales, ángeles o daimones, cuya buena voluntad se debía conquistar mediante ritos adecuados [10].

Esta profusión de intermediarios complicaba grandemente la vida religiosa del romano, quien, a sus preocupaciones mundanas, debía sumar estas

[10] CORBISLHEY, T.: *La religión de los romanos;* Cristo y las religiones de la tierra.

otras de carácter sobrenatural. Había númenes relacionados con la agricultura, la ganadería y en general con todos los actos de la vida cotidiana fueran de índole personal, familiar o política.

Pueblo campesino, su vida transcurría en torno del hogar doméstico y de las faenas rurales. El culto de Vesta, simbolizado por el fuego y los dioses lares, constituía, junto con la piedad a los muertos tutelares, el momento más fuerte y constante de su fe, el menos intelectual y el que con más fuerza perduró en los usos y las costumbres del pueblo.

La familia fue la base social de la Roma primitiva y en orden a la unidad doméstica encontramos un culto antiquísimo y de particular reciedumbre. La vida de la comunidad parental se desarrollaba en el hogar, donde ardía constantemente la llama votiva de Vesta. La ciudad fue concebida, como en todos los pueblos indogermánicos, como una proyección de la familia. En el templo estaba el hogar común cuyo fuego sagrado era protegido por los flámines y las vestales.

El culto familiar no concluía con el fuego de Vesta y se prolongaba en otras deidades protectoras, genios y penates, que inspiraban ritos y fiestas propias de la comunidad parental. En la casa estaba Jano, el espíritu de la puerta, habitualmente representado por dos rostros que miraban hacia fuera y hacia dentro de la mansión. Había también un buen número de deidades femeninas, hacendosas y prácticas, que intervenían en todos los instantes de la vida de la mujer. Lucina asistía a las parturientas y cuidaba de los niños como un ángel custodio. Cunina se inclinaba sobre la cuna mientras el infante dormía, Rumina le enseñaba a mamar, Statana a caminar y Ossipaga fortalecía sus huesitos.

San Agustín las recordó sin mucha ternura para decirnos que el pueblo de Israel se había formado

sin la asistencia de tantos dioses pueriles, que sus hijos se habían casado sin la ayuda de los dioses conyugales y se habían unido sus hombres y sus mujeres sin el culto de Príapo [11].

Estos múltiples dioses estaban emparentados con los "numina" agrarios, que eran también del resorte del "pater familiae". Los rebaños y las tierras labradas tenían sus protectores celestes. El dueño de un predio agrícola debía conocer los nombres y los ritos propiciatorios para preservar sus sembrados y los rebaños que pudiere tener, de las diversas plagas que los amenazaban. Nada se dejaba al azar y cada labor era iniciada con una ceremonia donde se pedía el auxilio de la fuerza divina correspondiente.

La vida social, regulada por un culto minucioso y una entrega activa a la protección de tantos dioses, no podía dejar de proyectar una benéfica disciplina en las actividades del alma. De allí nacieron los hábitos piadosos, la paciencia, la humildad y la confiada esperanza que tanto sirvieron para forjar la templada reciedumbre del carácter romano.

La evolución posterior de la religión no introdujo cambios notables en el fondo tradicional de estas creencias, pero al complicarse los ritos con algunas fantasías poéticas se banalizaron y la afectación trajo como consecuencia la superstición y posteriormente el escepticismo.

EL ORDEN FAMILIAR

En la familia y en el culto del hogar se formó el temple del romano. Allí adquirió la consistencia que debía convertirlo en hombre de costumbres

[11] SAN AGUSTÍN: *De Civitate Dei,* IV, 34. (Hay edición castellana. Ver la de Biblioteca de Autores Cristianos, bilingüe.)

austeras pero sin rigidez, solidario sin obsecuencias y siempre dispuesto a ofrecer la vida por su comunidad sin convertirse nunca en un profesional de la guerra.

La solidaridad con el grupo comunitario recibió el nombre de "pietas" o patriotismo. Cuando se formó la Urbe, los miembros de las familias fundadoras extendieron su "pietas" a toda la ciudad: "Dulce et decorum est pro patria mori".

La educación recibida por el romano en el seno de la familia obedecía a una finalidad distinta de aquella que orientó la paideia del joven griego. Ni los ideales estéticos del aristócrata ateniense, ni la parcialidad castrense del espartano. Su formación en el predio rústico tuvo un propósito práctico y si se quiere utilitario: cultivar la tierra y defenderla con tenacidad de sus enemigos: plagas, desastres y ataques armados.

Este origen campesino mantiene su sello a lo largo de toda la historia romana, y cada vez que el giro de los sucesos los llevó a pensar que decaían su primer movimiento de restauración fue hacia el campo, hacia la tierra. El romano vinculó sus virtudes con la "res rustica".

La casa romana conservó su origen agrícola. Tenía un gran patio donde se recibía el agua de las lluvias y que tanto recordaba a un corral. Sus huertas y sus jardines, a las que Grimal ha dedicado uno de sus mejores libros, eran la prueba de sus preferencias campestres.

Las tareas propias del campo robustecían el cuerpo de los jóvenes y, sin embellecerlo, le daban la dureza propia de los ejercicios sostenidos en largas jornadas de trabajo. No fue el romano un atleta de estadio ni el concurrente asiduo a los gimnasios. Alternaba la azada y el pico con la lanza y la espada, y adquiría en el trato con esos instrumentos una consistencia férrea y una paciencia de labriego. No tuvo en sus gestos ni en su apostura la con-

ciencia lúdica del aristócrata y hasta en sus sacrificios heroicos conservó un sentido claro de su valor práctico.

Se puede añadir que su educación no fue el resultado de una organización racionalizada del proceso formativo del hombre; se impuso al compás de las exigencias cotidianas de una vida dura. El campo de sus actividades era el agro y de allí pasó al terreno del combate sin perder de vista el propósito utilitario de una y otra faena. Esto explica que el espíritu romano no haya cedido nunca a las solicitaciones de las abstracciones ideológicas, ni fue tentado por el deseo de hacer una guerra sin finalidad política precisa.

Fue hombre austero, sobrio y cortante como una espada, pero supo siempre que la espada es un instrumento, un medio y no un fin en sí misma. Este pueblo tan combativo fue al mismo tiempo muy parco en sus elogios a las glorias militares. No obstante supo siempre que para alcanzar una paz durable habría que concluir con el enemigo. En este sentido fue definitivo.

La verdadera filiación en la familia romana no quedaba sellada por el acto natural del nacimiento. Ocho días después de haber venido al mundo un niño, se cumplía una ceremonia a la que asistían los miembros más importantes del grupo familiar. En esta oportunidad el nuevo vástago recibía su nombre propio, que era en realidad el de la gente ("gens"), y un prenombre que se anteponía al gentilicio. Así César, que llevaba el nombre personal de Cayo, pertenecía a la "gens" Julia y a la familia César. Cavo Julio César constituía su completa filiación. La mujer llevaba solamente el nombre gentilicio: Julia, Tulia o Cornelia. Como esto se prestaba a grandes confusiones en el seno de una comunidad tan numerosa, se usaron innumerables sobrenombres y diminutivos que permitían la individualización de las muchachas.

Pese a la triple designación masculina: Cayo Julio César, Marco Tulio Cicero o Cayo Cornelio Graco, se podían dar homonimias y esta circunstancia explica el recurso al mote, especialmente cuando se trataba de tocayos por partida triple como fue el caso de Publio Cornelio Escipión, el destructor de Cartago, y su homónimo, vencedor de Aníbal. El primero de ellos añadió a sus tres designaciones usuales la de Emiliano Africano Menor. El resultado no podía ser más pomposo ni más largo, pero servía para señalar su catadura militar. El propósito de tales fórmulas era indicar claramente los grupos familiares y con ellos la responsabilidad social que correspondía al que así se denominaba: "Erano nomi lunghi —escribe Indro Montanelli— posanti e imponenti, che gia di per se stessi caricavano un certo numero di doveri sulle spalle del neonato" [12].

Un romano que se respetaba era miembro de una familia y nadie que se sustrajera a sus vínculos tribales podía ocupar un lugar importante en el seno de la República. La historia familiar formaba parte de la realidad espiritual de un hombre y no podía aspirar a convertirse en una personalidad de relieve si no estaba adscripto por nacimiento o adopción a una importante comunidad gentilicia. De ella recibía su fuerza y la cohesión de sus relaciones políticas, a ella pedía explicaciones la sociedad entera cuando alguno de sus miembros no respondía con valor a las exigencias de su cargo.

El profundo sentido de la educación familiar romana no concluía en la adhesión del recién nacido a un orden histórico de esfuerzos, suponía también la recepción de todas aquellas influencias espirituales que gravitaban en su formación. En las primeras épocas de la República no hubo pedagogos esclavos para substituir a los padres, ni

[12] MONTANELLI, Indro: *Storia di Roma,* Milano, 1955, página 8.

siquiera maestros pagados: "En Roma —escribe Marrou— no se confiaba la educación de un niño a un esclavo. Es la madre quien lo educa y esto hasta en las familias de mejor linaje. La madre se honra permaneciendo en su casa para asegurar el cumplimiento de este deber sagrado que la convierte en servidora de sus hijos" [13].

Si no bastaba la madre, se elegía a una parienta que reuniera los requisitos exigibles para hacerse responsable de esa tarea. A partir de los diez años el niño, en todo lo que hacía a su educación, pasaba a depender del padre. Los maestros, cuando los había, realizaban una función dependiente de la paterna.

Marco Porcio Catón, llamado también el "Censor", es quizás, una figura excesiva para convocar su testimonio acerca de la educación romana, pero, dado el grado de obstinación que puso en revivir las virtudes tradicionales, nos sirve para hacernos una idea aproximada de lo que pudieron ser tales usos en la mejor época de la Urbe.

Narra Plutarco que Catón enseñó a sus vástagos las primeras letras, porque no quería que los niños tuviesen que agradecer a un esclavo tan excelente enseñanza. Luego les dio a conocer las leyes de la ciudad y los adiestró en el manejo de las armas, los curtió en los ejercicios para que pudieran resistir el frío y el calor y vencieran a nado las corrientes de los ríos. Con su propia mano escribió una historia de Roma y señaló en ella los hechos más salientes para que crecieran en la emulación de las grandes hazañas. Cuidó mucho la delicadeza corporal en su relación con los niños y no compareció desnudo delante de ellos, como solían hacerlo los griegos.

El romano de la época clásica, antes de contagiar-

[13] MARROU, H. L.: *Historia de la educación en la antigüedad,* Buenos Aires, Eudeba, 1965, pág. 283.

se de las costumbres helénicas, fue un varón grave y pudoroso. Un poco solemne, si se quiere, pero severamente apegado a una estricta diferenciación sexual [14].

A los dieciséis años el adolescente vestía la toga viril y se despojaba para siempre de los signos exteriores de la infancia. El padre lo colocaba junto a un amigo, con preferencia alguien que tuviera cierta importancia en la vida pública, para que lo iniciare en el aprendizaje de los negocios.

Un largo servicio militar completaba este primer ciclo del "curriculum" romano. Nadie podía iniciar con provecho una fructuosa carrera de honores si no había demostrado en el ejército que era digno de su sangre.

La educación familiar tendía a desarrollar en los jóvenes un carácter noble, porque no sólo insistía en el respeto a la tradición nacional, sino que acentuaba la fidelidad a las virtudes de la propia familia. "Cada una de las grandes casas romanas —observa Marrou— tenía ante la vida una actitud definida, un comportamiento fijo" [15]. Los padres trataban que los hijos tomaran en consideración tales hábitos y los reprodujeran en sus costumbres.

La crítica moderna suele considerar con cierto escepticismo la referencia a ciertos hechos reiterados por los miembros de una misma familia a través de dos o tres generaciones, como la famosa "devotio" de los Decio, repetida por el padre, un hijo y un nieto en 340, 295 y 279, respectivamente. En cada una de estas fechas y en el curso de una batalla decisiva un Decio se consagró a los dioses infernales para obtener el triunfo del ejército romano. La "devotio" imponía el sacrificio de la vida en un ofrecimiento expiatorio.

14 PLUTARCO: o. c., Marco Catón, XX.
15 MARROU, H. I.: o. c., pág. 237.

LA GUERRA

"Si vis pacem, para bellum" —decían los romanos con lacónica precisión. Sabían que es imposible alcanzar la paz si no se está en condiciones de luchar para obtenerla. Por esa razón su preparación militar fue larga y muy efectiva, pero nunca exclusiva ni enfáticamente belicosa.

Desde que pusieron en pie de guerra un ejército, su arma predilecta fue la infantería. En esto como en todas las otras faenas manifestaron su condición agrícola. Poseyeron una caballería, pero fue en el ejército un elemento de irrupción y choque. La colocaban en las alas para golpear desde allí a los enemigos y permitir la acción decisiva de los infantes.

La legión de soldados a pie tomó su técnica de la organización de los hoplitas griegos, pero se distinguió de ellos porque, en lugar de constituir una unidad compacta y única, se dividió en pequeños cuadros de gran movilidad, pero estrechamente soldados entre sí, a los que llamaron "manipuli". Estos grupos eran comandados por oficiales subalternos que obedecían las órdenes de los tribunos militares.

El ejército no fue profesional hasta la época de Mario. El servicio era un deber cívico y afectaba a todos los ciudadanos por igual. La posición de los soldados en las filas no respondía a criterios honoríficos, ni se tomaba en cuenta la vanidad o el honor de las familias más insignes; se distribuía de acuerdo con necesidades militares y teniendo en cuenta la veteranía mostrada en el ejercicio de las armas. Los reclutas formaban pelotones ligeros y eran usados con prudencia en donde podían acostumbrarse al peligro y adquirir experiencia sin comprometer la victoria. La fuerza decisiva de la legión romana estuvo siempre formada con veteranos.

El ejército romano evolucionó permanentemente

hasta adquirir esa constitución que fue su característica en los últimos años de la República y primeros del Imperio. Los cambios introducidos en su organización estuvieron ligados al ritmo de las guerras sostenidas por la Urbe y las innovaciones se impusieron cuando el impacto del adversario obligó a un cambio de táctica. Los galos le enseñaron el uso de la espada y sus choques furiosos a fraccionar el frente y constituir los "manipuli".

Este nuevo ordenamiento del combate dio profundidad a las tropas e impidió la ruptura inmediata del frente al recibir el golpe de la caballería. Las guerras con Pirro y con Aníbal terminaron su educación guerrera y definieron su estrategia. Con posterioridad a esos encuentros Roma ya no tuvo enemigos capaces de hacerle cambiar sus dispositivos militares y fue ella quien impuso las condiciones en que debían librarse los combates.

La disciplina militar fue severísima y la falta más leve era castigada con implacable rapidez. Los castigos iban desde una simple tunda de palos hasta la muerte infamante aplicada al desertor o al cobarde. La sanción podía caer sobre una legión entera, condenándola a la decimación, por la cual era ejecutado un soldado de cada diez. En caso de sublevación podía ser pasada totalmente por las armas y su nombre borrado para siempre de las listas militares.

Observaba Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, que la peculiaridad del Estado romano suponía una dura disciplina y el sacrificio de la personalidad en aras de la asociación. Según este filósofo, el Estado romano se forjó en la guerra y esta situación selló el carácter aristocrático de su organización político-militar: "No existe una unión ética y liberal, sino un estado violento de subordinación que deriva de la guerra".

La virtud romana por antonomasia fue la valentía, pero no en el sentido individualista y aparatoso

de los héroes griegos, según el testimonio de Homero, sino en su completa integración con el grupo táctico.

Creo que Hegel, con el propósito de ilustrar con un ejemplo histórico sus presupuestos filosóficos, exageró bastante la dureza romana y no dio su parte a las exigencias del corazón. En su sistema Roma encarna un momento del desarrollo del espíritu y de ahí nace la hierática fijeza que el autor de la Fenomenología impone a su cuadro histórico.

"La personalidad rígida, a quien vemos rechazar en la familia y en la gens las relaciones del sentimiento y del corazón, hace en el Estado la inmolación de todo lo concretamente moral, disolviéndose en una obediencia a una soberanía con la cual cada uno se identifica." [16]

Como toda visión monolítica ésta de Hegel es sólo parcialmente verdadera. De hecho el romano colocó, incluso sobre el interés del Estado, la "pax deorum", sin la cual la suerte de la ciudad corría el peligro de hundirse. Había que conciliar el favor de las deidades y para ello convenía proceder de acuerdo con los ritos y reglas tradicionales: forma conveniente, momento adecuado, lugar determinado y personal autorizado. Esta ejercitación ritual y el ofrecimiento del sacrificio tiene que mover a los dioses para que obren en interés de la ciudad [17].

Tal movilización de divinidades en favor de un plan político no significaba poner ese propósito sobre la voluntad de los dioses convocados; por el contrario, era admitir que sólo preocupándose por la justicia de su causa, los dioses accederían a defender los intereses de Roma. En buen latín

[16] HEGEL, G. W. F.: *Lecciones sobre la filosofía de la Historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, T° II, pág. 105.
[17] CORBISLHEYS o. c., pág. 139.

esto significaba poner el "ius divinum" sobre el "ius civitatis" y hace ingresar la piedad patriótica en el supremo interés de la piedad religiosa.

No se advierte en los usos romanos el ejercicio de una razón de Estado fríamente racionalista. Había en ese pueblo muchos compromisos religiosos para que no pusieran todas sus empresas bajo la protección divina y no desearan el amparo de esa justicia superior.

Los romanos hicieron lo posible para legar a la posteridad la imagen de un pueblo austero hasta la rigidez y solamente preocupado por ganar la guerra. Esta opinión se impone cuando se examinan los criterios que predominaron en sus empresas bélicas, pero no podemos olvidar que esos actos estuvieron siempre al servicio de una política.

EL IDIOMA

El latín clásico, en la organización de sus frases, tiene la brevedad concisa de un parte militar y en esta parquedad expresiva participó tanto el temperamento como la voluntad. Si César, en una demasiado célebre oportunidad, escribió: "Veni, vidi, vinci", no debemos hacernos muchas ilusiones sobre la espontaneidad de esa locución. Hubo mucho cálculo en su laconismo y tal vez la premonición de que estaba hablando para el mármol. Con todo reconocemos que el latín prestaba su genio a este tipo de frases. Había en él una predisposición natural a la expresión breve y clara.

El papel que Víctor Hugo cumplió en las letras francesas, Goethe lo asumió para toda la Europa ilustrada. No hay ningún prestigio universal que no haya recibido la sanción consagratoria de una de sus mejores frases. Cuando escribió que la lengua latina había sido forjada para grandes menesteres, la libró para siempre del oprobio que dos

mil años de teología habían amontonado sobre su recuerdo.

Los "dignos menesteres" para los que fue creada la lengua latina no se limitó al léxico jurídico ni a los epitafios que ornaban los mármoles de las tumbas romanas. Desde la época más antigua encontramos en Roma una poesía religiosa muy rudimentaria pero de gran expresividad. Este lenguaje rítmico había sido compuesto para ser acompañado por las flautas en el culto de los dioses. El "Carmen arvale" y el "Carmen saliare" son, quizá, los documentos literarios más viejos que conocemos del pasado romano.

El culto a los muertos inspiró en sus vates largas lamentaciones elegíacas llamadas ""neniae", donde se hacía el elogio del difunto y se le recordaba, por si lo hubiere olvidado, algunos detalles concernientes a la vida de ultratumba. Las "ne niae" son lamentos de una rudeza todavía bárbara, pero se advierte en ellos la música que usará Propercio para componer sus elegías amatorias.

Se ha discutido mucho esta vinculación poética, en parte porque destruye la leyenda del romano rígido e insensible. Se trató de hallar los antecedentes griegos de expresiones tan patéticas como delicadas: los amores de Propercio y Cynthia serían la versión romana de las quejas de Safo y Alceo.

Sin terciar en una discusión que excede mis conocimientos, considero, bajo la inspiración del simple buen sentido, que el estímulo no pudo obrar el milagro de una creación de la nada. Los romanos tuvieron vocación lírica y la manifestaron en los comienzos de su historia literaria. La influencia griega ayudó con formas expresivas más desarrolladas, al crecimiento de las virtualidades que estaban latentes en el idioma del Lacio y en el temperamento de sus habitantes.

El latín, como el italiano actual, fue una lengua

particularmente apta para la construcción de versos burlescos y las expresiones verbales de intención satírica. Esto prueba la complejidad del alma romana y los muchos matices psicológicos que deben considerarse para no exagerar la gravedad de aquellos varones tan inclinados, en otros aspectos, a la maledicencia procaz.

De esta veta humorística nació la fábula atelana, algo parecida a la comedia beocia, pero adscripta por la lengua y el espíritu a una modalidad típicamente latina.

Los epitalamios han reclamado un tono de broma desvergonzada y dieron fácil pábulo a referencias de color muy subido. Esto no debe hacernos pensar en la existencia de una sociedad de costumbres disipadas y cabe, para dar de ellos una interpretación adecuada, la ponderación de Marcial: "Aunque los versos son libres la intención de mi conducta es proba".

No conviene exagerar el valor literario de todas estas composiciones en verso. Fue el contacto con el mundo griego lo que permitió a los romanos superar el carácter popular de la literatura y alcanzar una expresión culta.

Los primeros pasos de esta transformación fueron dados por los griegos asimilados a la vida romana. Livio Andrónico fue uno de los primeros en transformar el latín en una lengua poética según los cánones helénicos. Se debió esperar todavía mucho tiempo para alcanzar el desarrollo que legaron Lucrecio, Horacio, Ovidio o Virgilio. La influencia griega no detuvo el proceso de crecimiento del genio latino, por el contrario, le sirvió de estímulo y lo alentó en la línea de su espiritualidad autóctona.

Los romanos creyeron que su "derecho" había nacido con su ciudad y así lo entendieron también sus historiadores. Desgraciadamente para nuestra curiosidad, muy poco, por no decir nada, queda de ese derecho primitivo. No obstante, y por respecto a una tradición venerable, no podemos dejar esa leyenda a un lado y suponer que el derecho nació al promediar el período clásico de la República Romana. Conviene admitir que en la Roma primitiva se incoa un proceso de creación jurídica que alcanzará en el futuro su pleno desarrollo.

La ausencia de fuentes escritas no testimonia, necesariamente, por la inexistencia de preocupaciones jurídicas. Pudo existir un fuerte derecho consuetudinario sin que sus usuarios se hubieren propuesto codificarlo y asentar una jurisprudencia por escrito. Villey opina que aquí, como en muchos otros pueblos, la práctica ha precedido a la codificación [18].

¿En qué consistía esa práctica? ¿Cómo se regulaba?

Las costumbres y los usos de los grupos familiares que habitaban Roma tenían el vigor y la fuerza de un derecho. Ellos servían de norma al litigante que reclamaba, ante el Colegio de los Pontífices, algo que suponía pertenecerle.

En sus comienzos el procedimiento fue rudo y directo. El querellante se presentaba ante el magistrado que servía de árbitro y declaraba: "Aio

[18] VILLEY, M.: *El derecho romano*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pág. 8 col. 2. (Hay un estudio más profundo del mismo autor en *Compendio de filosofía del derecho*, Pamplona, Eunsa, 1981, dos tomos. En la misma línea pero aparentemente sin contactos, ORTEGA Y GASSET, José: *Del imperio romano*, Obras completas, tomo VI, pág. 51, Madrid, Alianza, 1983.

meum esse ex jure quiritium". Esta antigua fórmula, conservada por Galo, manifiesta en su concisa brevedad la existencia del legendario derecho quiritario.

Ese "jure quiritium" incluía solamente a las comunidades gentilicias patricias y a los clientes que estaban bajo su protección familiar. Los plebeyos estaban fuera de este orden, y no por razones de origen servil, sino porque llegaron a Roma con posterioridad y no gozaban del estatuto religioso de las comunidades fundadoras. Fue la posesión de un rígido sistema gentilicio lo que favoreció el auge de las familias campesinas y les permitió, con el correr del tiempo, asentar una cierta prelacía sobre los comerciantes y artesanos ingresados a la ciudad con posterioridad.

LA ORGANIZACION PRIMITIVA

El derecho romano nos llevó a hablar de la comunidad gentilicia o simplemente "gens". Esta organización familiar, común a todos los pueblos indogermánicos, constituyó el complejo social más representativo del período arcaico. Como sus similares helénicos, estos grupos estaban vinculados real o legendariamente a un antepasado común y poseían, como base económica de su autonomía, un territorio llamado "pagus" y un jefe: el "pater gentis".

La unidad espiritual del grupo es el culto común, la adhesión al antepasado epónimo y el cumplimiento de las reglas consuetudinarias. El "pater gentis" encarna una autoridad de tipo religioso que se extiende a cada una de las familias integrantes de la "gens".

El grupo gentil podía tomar bajo su protección a personas que por su nacimiento no pertenecían a la comunidad. Estos fueron los clientes, cuya adopción daba lugar a una ceremonia religiosa

mediante la cual se les concedía la protección de los dioses tutelares de la "gens" y tomaban, para su uso, el nombre gentilicio. Podían participar del culto y ocupar el lugar a que los destinaba el cabeza de la comunidad.

La fuerza social de la "gens" dependía de su cohesión interior y del número de hogares que comprendía. El desarrollo político de Roma obligó a estas comunidades a aceptar la religión de la ciudad. Esto no significó el abandono de sus propias tradiciones ni su disolución en el nuevo ordenamiento político. Hasta muy avanzada la época imperial, Roma mantuvo la vitalidad de estos grupos y ningún candidato a una función pública importante podía alcanzar una posición si no lo apoyaba su "gens". No obstante la sana costumbre de vivir en el marco de estas comunidades, el Estado romano creció a sus expensas y dejaron de tener la importancia que habían tenido.

De la antigua constitución monárquica de Roma se sabe muy poco. La leyenda se apoderó muy pronto de los recuerdos que quedaron y lo que se puede leer entre líneas se pierden en las brumas de las conjeturas.

Se cree que de los siete reyes romanos que según la tradición precedieron el advenimiento de la República cuatro de ellos: Rómulo, Numa Pompilio, Tulio Ostilio y Anco Marcio pertenecieron a una supuesta dinastía latina de la que no se tiene ninguna noticia cierta. Los otros tres: Tarquino el Antiguo, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio habrían sido etruscos.

Si se admite la existencia de la reyecía y se asimila su papel al que desempeñaron sus semejantes de los pueblos indogermánicos, no es difícil conjeturar la existencia de un Consejo formado por los padres gentiles y de una asamblea integrada por los miembros en edad militar de esas coaceptando esa farsa de falsa lozanía. Los afei-

mó Senado y la asamblea de los guerreros recibió el nombre de "curiata", porque procedía de una división en treinta curias con un curión a la cabeza.

Surge la conjetura, nada más que plausible, que la monarquía etrusca buscó apoyo en los habitantes plebeyos para aumentar su poder a expensas de las gentes paisanas. Este proceso es generalmente descripto como si fuera parte del movimiento social que comienza con la toma del poder por los senadores. Como ya lo dijimos, la instalación de la República tuvo más bien un carácter reaccionario y fue provocada, en alguna medida, por la aproximación a la plebe iniciada por los reyes etruscos.

Para hacernos una idea adecuada de este trámite conviene distinguir la existencia de dos corrientes históricas que suelen mezclar sus aguas en cuanto no se las discierne con atención. Había una fuerte burguesía comercial y artesanal cuya expansión se apoyaba en la monarquía etrusca y aspiraba a desligarse de la tutela del consejo senatorial de procedencia patricia. En las ciudades donde esta fuerza ascendente triunfó, se impuso una constitución republicana oligárquica. El triunfo del Senado, por las razones históricas ya consideradas, impidió el avance de la oligarquía comercial, por lo menos durante un cierto tiempo, y dio el poder a los grupos pastoriles y agrarios, que se batían por los fueros de la tradición.

II

LA REPUBLICA ROMANA

LOS HECHOS POLITICOS

La caída del último monarca etrusco, Tarquino el Soberbio, puso en manos del Senado el gobierno de Roma. Los acontecimientos que sucedieron de inmediato a esta situación no son mejor conocidos que aquellos que les precedieron. Complica nuestra interpretación los esquemas forjados por los historiadores a la luz de una óptica demasiado influida por los prejuicios ideológicos. Dan la impresión que cada uno de ellos vio de Roma lo que quería ver y se formó de su historia una interpretación conforme a sus principios. No se importunaron mucho por examinar la documentación existente, con un espíritu atento al carácter "sui generis" de esa realidad.

Para unos, todo ese tiempo está totalmente ocupado por las luchas sociales entre una aristocracia senatorial y una plebe ávida por ocupar posiciones y alcanzar una representación política más conforme a las exigencias de una justicia distributiva. Esta imagen, sostenida con énfasis particular por el profesor León Bloch [1] hace espejar, en la antigua sociedad romana, los reflejos de una contemporánea concepción economicista de la histo-

[1] Bloch, León: *Luchas sociales en la antigua Roma*, Buenos Aires, Claridad, s. f.

ria. No obstante conviene reconocer que el esquema de Bloch no tiene una excesiva dureza doctrinaria. En alguna medida su interpretación de los hechos es amplia y da lugar a otras opiniones. Pero los apriorismos terminan por imponerse y una noción de "clase" demasiado gravada por la acentuación del "status" económico no deja ver la importancia que tuvo el régimen familiar en esos movimientos de ascensos y descensos sociales en el interior de la sociedad romana.

Dice Bloch que "cuando la casta dominante se trocó en una camarilla aristocrática, empezando a explotar conscientemente y con éxito sus ventajas materiales cuando sin vacilación alguna puso sus plenos poderes políticos al servicio de sus intereses económicos y transformó el uso en derecho, reglamentando el derecho público según las medidas de sus veleidades dominadoras, entonces debió empezar a cundir la oposición de la clase perjudicada, la plebe [2].

Esta visión del proceso arroja sobre el cuadro una luz demasiado moderna para no resultar falsa en sus líneas más generales. Las explicaciones que sobre el mismo período de la historia ofrece Teodoro Mommsen, adolecen, quizá, de una prematura nostalgia por la gestión imperial de César. No logra hacer entender bien, a pesar del espacio que dedica a las luchas sociales, cuáles fueron los resortes, las fuerzas de cohesión interior, que llevaron a la República a su indiscutible prelacía sobre la Italia central y antes que conquistara el resto de la Península. Si efectivamente hubo una crisis constante en la distribución de los poderes y una lucha sin piedad entre patricios y plebeyos, no se explica bien cómo esa situación no gravitó desfavorablemente en la unidad requerida por la guerra.

[2] Bloch, León: o. c., pág. 45.

¿Cómo podemos superar estos esquemas y comprender los sucesos desde una perspectiva que permita apreciar mejor la coherencia política de la clase dirigente y la unidad que logró mantener en Roma en medio de aquellos conflictos?

Habrá que observar su sólida proyección hacia afuera y comprender por qué razón sus movimientos interiores no comprometieron el empuje de la empresa política.

La expulsión de los etruscos detuvo, sin lugar a dudas, un proceso ascensional de la política romana pero no trajo, como consecuencia inmediata, una crisis que lesionara para siempre los resortes del gobierno. La aristocracia senatorial hizo frente al vacío dejado por la monarquía y halló en su experiencia los medios para sostenerse en medio de la conmoción provocada. Un reflejo de seguridad la llevó a procurarse una palanca ejecutiva que, sin perder el beneficio de una fuerte centralización del poder, garantizara la primacía del Senado.

Esta magistratura que reemplazaba al rey en sus prerrogativas políticas fue ejercida por dos pretores (cónsules), esto es colegas, que duraban un año en el ejercicio de sus funciones civiles, militares y comerciales.

La experiencia había enseñado a los senadores que ciertos hechos excepcionales podían obligar a fortalecer aún más la autoridad del ejecutivo y con este propósito crearon una magistratura viajera, opcional y extraordinaria, la dictadura. El dictador no podía prolongar su acción restauradora más allá de la solución del problema que la había hecho surgir. Fue un poder excepcional y suponía a su lado, como contrafuerza equilibradora, la presencia del "magister equitum" o jefe de la caballería.

Este auxiliar del dictador era una garantía, para el orden "equestre", de que no surgiera la tentación del poder personal y se tratara de mantenerse

en él con el apoyo, siempre posible, de la Asamblea Curiata.

Bloch sostiene, sin el alarde de una documentación fehaciente, que el patriciado romano extrajo su poder del ejercicio de las funciones burocráticas que había ejercido durante la monarquía etrusca. Habría que demostrar que en ese tiempo existió un aparato administrativo lo bantante complicado como para formar toda una élite en el ejercicio de sus funciones principales. No parece que la Roma primitiva diera para tanto y todo induce a pensar que los senadores tuvieron su poder de la constitución gentilicia del pueblo. La fuerza que sostenía su autoridad era la de esas comunidades intermedias.

El forcejeo político y social del estamento senatorial y el plebeyo se plantea también en el terreno de las comunidades familiares. Esto le da un estatuto muy diferente del de la lucha de clases tal como la plantea el marxismo. Las agrupaciones gentiles plebeyas tratan de alcanzar posiciones ventajosas adquiriendo una posición semejante a la de los patricios. La lucha no se efectúa de acuerdo con la contraposición revolucionaria oprimidos y opresores, sino por el deseo de lograr mayores privilegios. Es una querella de ambiciones y no de frustraciones.

Otro aspecto que conviene señalar, para comprender el carácter de las luchas sociales en la antigua Roma, es que la pugna por escalar posiciones se realiza desde la base familiar y no de una supuesta atomización masiva.

El esquema progresista, "ad usum populi", quiere que frente a la casta dominante se levante la multitud, la plebe, *detentora* de una situación que auspicia, necesariamente, la rebeldía. Conviene señalar que el término plebe señala una categoría de ciudadanos que, sin serlo de pleno jure, gozan de algunos derechos quiritarios y están em-

peñados en alcanzar otros a través de sus agrupaciones tribales. No todos los plebeyos son pobres, ni todos los patricios son ricos. Las situaciones familiares varían como sus fortunas y las condiciones que poseen para mejorar su estatuto social.

Los plebeyos no pertenecían de hecho ni de derecho a las agrupaciones gentilicias tradicionales, aunque se conocen entre ellos nombres que tienen sus resabios aristocráticos. Así Valerios patricios y Valerios plebeyos, Cornelios de uno y otro estamento, pero, es muy probable, que estos homónimos sean, por parte de los plebeyos, una suerte de usurpación o tal vez el resto de una antigua situación de clientes. De cualquier modo es síntoma de un esnobismo que ratifica el sello ambicioso y no revolucionario de las luchas sociales en la antigua Roma.

Estos ciudadanos libres que formaban la plebe en general no eran clientes de las viejas familias. Provenían de diversos lugares de Italia y su crecimiento se debió, como opina Rostovtzeff, a tres causas principales: la importancia comercial de Roma atrajo pobladores del Lacio y otras regiones cercanas; la industria desarrollada por el comercio hizo necesario el aporte de mano de obra artesanal, que se agrupó en corporaciones de oficios o gildas, de acuerdo con su importancia económica, y adquirió determinados derechos y privilegios. En la medida que Roma incorporó a su territorio nuevos distritos, la aristocracia perteneciente a los pueblos conquistados pasó a formar parte de Roma en calidad de ciudadanos pero con la condición de plebeyos [3].

Si las cosas sucedieron de esta manera, resulta un poco artificial separar las luchas sociales del contexto de la conquista, porque resultan, en al-

[3] ROSTOVTZEFF, M.: *Rome*, Oxford University Press, 1960. (Hay traducción castellana por Editorial Labor.)

guna medida, un aspecto de esta última. Los conflictos estamentales, para dar el nombre que corresponde, es la crisis inevitable del crecimiento de Roma.

Cada conquista de la Urbe planteaba un doble problema: anexionar un territorio e incorporar a la ciudadanía una cantidad nueva de habitantes que debían integrarse sin poner en peligro la primacía de quienes pertenecían a Roma de pleno "jure". Esto explica por qué razón las guerras exteriores y las luchas civiles se dieron al mismo tiempo sin poner en peligro la cohesión interior de la política romana. Da también razón de las diferentes categorías de plebeyos y de la falta de sentido de clase que éstos tenían.

Dije que Roma no participó con particular entusiasmo en la expulsión de los reyes etruscos y menos todavía sus clases populares, que tenían todas las de ganar con el sostenimiento de una monarquía progresista. Pero como el Lacio se comprometió a fondo en esta guerra, Roma no se pudo desentender de su conexión vital con el territorio latino y la gente que lo poblaba. Entró también en el conflicto y el patriciado comprendió la necesidad de reparar esa ausencia de espíritu libertario con una nueva versión de los hechos que fabricó más tarde a designio, convirtiéndose en los autores casi exclusivos de aquella liberación.

Integrar el Lacio y afianzar el prestigio como sucesores del dominio etrusco fue la primera empresa política que se propusieron los miembros del Senado romano. Se logró sin grandes dificultades, porque la misma necesidad que llevaba a Roma hacia el Lacio, impulsaba a esta región a desear la protección militar de Roma. Convertirse en la cabeza de la confederación latina fue un movimiento espontáneo y casi natural de su gravitación geográfica sobre la cuenca del Tíber.

En el año 449 a. de J. C. los romanos chocaron

con los sabinos y luego de infligirles una derrota terminante anexaron su territorio e incorporaron a título de ciudadanos a las principales familias sabinas. De este modo la suerte de ambos pueblos quedó unida y pudieron enfrentar, solidariamente, los peligros de algunos vecinos particularmente empeñados en no aceptar el desarrollo de la Urbe. Las sucesivas guerras contra los habitantes de Veyes y los Volscos redondeó el dominio romano sobre el centro de Italia y le permitió extenderse sobre las costas del Tirreno, el viejo mar de los etruscos.

Una anexión imponía otra y la superación de un peligro significaba la aparición de otro mayor. Los galos dominaban la parte norte de Italia a partir del siglo V a. de J. C. y con esa extraordinaria movilidad, característica de la raza celta, ocuparon un extenso territorio. En los umbrales del siglo IV los etruscos habían padecido sus reiterados ataques y en el 390 llevaron sus depredaciones hacia la misma Roma, saqueándola y convirtiéndola en un montón de cenizas.

Demasiado anárquicos para aprovechar políticamente sus condiciones militares, luego de destruir la ciudad, se retiraron dejando a los romanos la absoluta resolución de que había que terminar con ese pueblo de salteadores. La ocasión tardó en presentarse, pero era condición de la mentalidad romana no olvidar jamás un agravio ni descuidar a un presunto enemigo.

No habían concluido de reconstruir la ciudad cuando iniciaron los trámites pertinentes para dar a los galos la lección que la situación imponía. Reformaron el ejército, aumentaron el número de los ciudadanos bajo bandera y construyeron alrededor de la ciudad una muralla para protegerla de otra agresión. La tradición sostiene que ambas medidas fueron tomadas durante el reinado de Servio Tulio, un par de siglos antes, pero la

arqueología se empeña en sostener que fue después del incendio de Roma, es decir en pleno siglo IV.

No había terminado Roma de dominar el Lacio cuando se encontró con el peligroso vecindario de los samnitas, pueblo que ocupaba la región de la Campania y cuya capacidad militar Roma advirtió con harta frecuencia.

En un primer contacto las relaciones fueron pacíficas y, al parecer, acordaron una suerte de alianza defensiva frente a la presencia inamistosa de los galos. Cuando desapareció de las fronteras el enemigo común, el Samnio miró con ojos desconfiados los progresos romanos en torno de su propio suelo. Como estaban bastante ocupados en defenderse por el sur de los griegos, los samnitas no salieron al encuentro de este crecimiento amenazador de la República, pero comenzaron a prepararse para lo que pudiere suceder.

Los preliminares de esta guerra son confusos. Ambas potencias contaban con numerosos aliados entre los pueblos del centro de Italia y no todos muy seguros. La debilidad de las cohesiones explica, más que ninguna otra cosa, el giro que tomó la guerra, sus cambios de frente, sus modificaciones y su movediza diplomacia. Las únicas alianzas firmes para los romanos fueron aquellas que habían encontrado en la Urbe una protección y una razón de vida política.

En el año 326 a. de J. C. o 428 de la supuesta fundación de Roma, el ejército romano se apoderó de la ciudad de Rudra en la frontera de la Campania. Un año más tarde penetraron en el Samnio.

Los primeros encuentros fueron favorables a Roma, pero una hábil emboscada preparada por los samnitas en el valle de Caudium obligó al ejército romano a rendirse casi sin presentar combate. Fue una de las más amargas humillaciones de su historia. Las tropas romanas debieron poner-

se de rodillas y pasar arrastrándose bajo los yuguillos de sus vencedores. Por suerte para Roma, estos samnitas, aunque rudos luchadores, tenían una visión del futuro bastante reducida. Creyeron, con toda inocencia, que ofreciendo a los romanos una paz ventajosa, éstos abandonarían sus propósitos de conquista.

La política romana aspiraba, más que a la conquista, a la seguridad, y los samnitas cometieron un inmenso error al ofrecer una paz tan generosa luego de una humillación sin precedentes. Cuando lo advirtieron, era demasiado tarde y los romanos habían vuelto a penetrar en sus territorios.

La segunda guerra comenzó cuatro años más tarde de la humillación de Caudium y las primeras batallas se sucedieron en medio de las deserciones de las ciudades que especulaban con el triunfo de una u otra de las fuerzas en pugna. Los romanos, conducidos por el mejor de sus generales, Lucio Papirio Cursor, fueron ganando terreno y logrando una serie de objetivos militares que iban haciendo posible un desenlace triunfal.

Durante las acciones bélicas contra el Samnio, Roma debió hacer frente a una coalición etrusca y en esta situación se pudo advertir la tremenda vitalidad del pueblo romano que, atacado por dos adversarios de gran capacidad les infligió sendas derrotas. Etruscos y samnitas se vieron obligados a aceptar la paz impuesta por Roma y buscar la forma de concertar nuevas alianzas para derrotar al temible rival.

En el año 298 los enemigos de Roma creyeron llegado el momento de terminar con la incómoda república del Tíber. Los romanos, que habían visto con cierta anticipación venir el peligro, se lanzaron rápidamente contra cada uno de los miembros de la coalición y antes que éstos pudieran reunir sus fuerzas. En 295 derrotaron a los galos en la Umbría y los obligaron a retirarse más allá

del río Po. Volviéndose hacia los otros aliados, un poco desconcertados ante la velocidad del ataque, los derrotaron en un par de batallas más y los obligaron a firmar la paz.

Vencida la coalición, Roma mantuvo un fuerte control militar en el centro de Italia e incorporó a la ciudadanía romana a los elementos más asimilables e importantes de las poblaciones sometidas. Los territorios fueron convertidos en "ager publicus" y dados en propiedad a ciudadanos romanos para su explotación y cultivo.

La historia suele ser parca con respecto a la procedencia de esos ciudadanos, pero podemos suponer que muchos de ellos pertenecían a los mismos países distribuidos. De este modo se ligaba el interés de tales propietarios a la suerte de Roma y no se imponía a las poblaciones vencidas el patronato, siempre antipático, de los vencedores.

Roma se había extendido por el norte hasta el río Po y por el sur llegó a limitar con los estados griegos. En estas últimas fronteras encontró el vecindario de fuertes poderes políticos cuya sagacidad y experiencia no eran inferiores a la suya. Los griegos no encontraron de su gusto la incómoda presencia de la Loba y veían con gran recelo el crecimiento de la República.

La piedra de escándalo fue la ciudad de Tarento. Roma había concluido con ella un pacto por el que se comprometía a no pasar con su flota más allá del promontorio Lucinio. El compromiso, aceptado durante el lapso de la guerra contra los samnitas, resultó más tarde de una flagrante estupidez. Impedía a los romanos el acceso al Adriático con las consecuencias de una lamentable restricción de su comercio.

Violó resueltamente su tratado con Tarento y pasó con sus naves mucho más allá del indicado promontorio. Los tarentinos, directamente amenazados en sus vías marítimas, pidieron la protección

de Pirro, rey de Epiro y uno de los mejores generales de la época.

El clamor de Tarento lo puso en movimiento y aceptó convertirse en el protector de esa ciudad griega amenazada por el poder expansivo de aquella insólita Urbe. No obstante las miras de Pirro son más ambiciosas y sueña con una Italia unida bajos sus estandartes victoriosos. La destrucción del ejército romano le parece una excelente oportunidad para llevar adelante sus proyectos.

Se fijó dos objetivos inmediatos. Uno diplomático: destruir las alianzas que secundaban el poder romano y que Pirro creyó más frágiles de lo que en realidad eran. Otro militar y consistía en expugnar a Roma atacándola en todas partes hasta reducirla a defenderse en su propio territorio. Un ataque directo a la Urbe le pareció la maniobra más segura para destruir el sistema de alianzas que podían tener los romanos. Vencidos en el campo de batalla las ciudades tributarias no tardarían en sacudir sus yugos.

Pirro creía no sin cierta ingenuidad, que su inmisción en los asuntos itálicos no despertaría la sospecha de sus designios imperiales y que los pueblos aliados a la Loba caerían con facilidad en sus brazos salvadores.

La realidad no respondió exactamente a sus sueños y su marcha liberadora no tuvo el esperado eco en las poblaciones sometidas al dominio romano. La confederación itálica, lejos de romperse, se mantuvo con firmeza ante el ataque griego.

Faltaba el encuentro armado y Pirro confiaba en su caballería, en su experiencia militar y en sus cuerpos de elefantes. Este general griego, con todo el peso de la gloria macedónica en sus espaldas, no tuvo inconvenientes en ganar todas las batallas en sus sucesivos encuentros con los romanos, pero como se fue alejando cada vez más de sus bases sin poder destruir el frente enemigo, retornó a Taren-

to con el propósito de reclutar nuevos aliados y reanudar su proyecto.

La guerra recomienza en 279 y Pirro gana una encarnizada batalla en la que pierde lo mejor de sus tropas. Fue ese triunfo el que le sugirió la fa mosa frase: "Si ganamos otra batalla como ésta, habremos perdido la guerra".

De vuelta nuevamente a Tarento inicia desde allí negociaciones de paz con el Senado romano. Los senadores consideran detenidamente las proposiciones de Pirro y contestan con sesuda lentitud que si quiere la paz se retire de Italia.

En el ínterin Pirro ha sido convocado por las ciudades griegas de Sicilia para que enfrente allí el peligro cartaginés, y el voluble conquistador ve abrirse el horizonte de una nueva perspectiva bélica y cede al encanto de la aventura.

Los romanos aprovechan la ausencia del general griego y se hacen fuertes en toda Italia y dan un merecido correctivo a los pueblos que habían apoyado la campaña de Pirro. Tarento, que lo ve venir, clama nuevamente por el auxilio del rey de Epiro.

Esta tercera iniciación de las hostilidades toma a Pirro bastante desgastado y a los romanos muy bien instruidos por las derrotas anteriores. El efecto producido por los elefantes en las primeras batallas ha perdido su eficacia y cuando el general romano N. Curio Dentato los hace recibir a flechazos, los paquidermos emprenden ominosa fuga y siembran la confusión entre las filas de los soldados griegos.

Pirro se despidió de su proyecto de unificar Italia bajo la férula de Epiro y la dejó librada a la hegemonía romana. Desde el Rubicón hasta el estrecho de Messina, la ciudad del Tíber quedó como dueña sin rivales.

Roma fue una república aristocrática y este hecho político da, en gran medida, la clave de su evolución. De haber sido meramente una oligarquía comercial como Cartago, la ascensión democrática de la plebe hubiese terminado con ella en poco tiempo. Esto no sucedió por muchas razones que intentaré considerar, pero la primera de todas es que la aristocracia es un régimen más natural y sano que la oligarquía. El sistema selectivo de las oligarquías es el dinero y éste nunca crea buenos hábitos, a no ser que se considere tal la capacidad adquisitiva.

La aristocracia se funda sobre un talante y una cualidad y cuando está abierta, como la romana, al merecimiento de las clases más populares da a los ascensos el valor de una auténtica jerarquía.

¿En qué consistió la aristocracia romana y cuál fue su verdadera fuerza?

Responder a esta pregunta mediante una reflexión puramente abstracta es mal comienzo para un historiador. En primer lugar porque un régimen de gobierno no es nunca el resultado de una especulación ideológica, sino una situación histórica concreta que supone la existencia de energías y condiciones únicas. En segundo lugar, porque una definición clásica de la aristocracia, como el gobierno de los mejores, no dice nada sobre los valores reales en que se apoyan las excelencias de ese grupo y mucho menos sobre los medios con que se procura la selección de esos mejores.

Ante todo los romanos nunca consideraron el mejor a quien sobresalía por sus condiciones individuales. Una persona podía tener condiciones excepcionales pero la ausencia de arraigo en la sociedad, la falta de un ambiente familiar rico y poderoso, la carencia de relaciones efectivas de amistad, de prestigio, de solidaridad y alianzas familia-

res hacía que la acción de un hombre careciera de nobleza y certidumbre.

Sin lugar a dudas Temístocles fue, como persona, más talentoso y audaz que Arístides, pero era un advenedizo, un hombre nuevo. Esta situación incidía en su modo de concebir y asumir el poder. Su posición en la ciudad era una conquista demasiado personal para que no la sintiera como propiedad suya y la tratara en consecuencia. En cambio Arístides y con posterioridad el mismo Pericles en el auge de la democracia ateniense, dependían en gran parte de su linaje. El poder adquirido por ellos estaba ligado a un esfuerzo familiar y al prestigio de una estirpe para creerlo logrado en las peripecias de una aventura personal.

Cuando Platón especuló en torno de la constitución de una república paradigmática, su concepto de clase dirigente nació de criterios individualistas. Por eso insistió tanto en el valor de las instituciones educativas para efectuar la selección. Nunca tuvo en cuenta el valor selectivo del medio familiar. Si hubiere pensado en su propio caso y en todos esos recuerdos que con tanta nostalgia ligó a su infancia, no hubiera escrito cosas tan reñidas con la condición humana como algunas de las que sostuvo en su célebre república.

Roma fue un pueblo formado por familias y es en el seno de las estirpes donde debemos buscar el secreto de sus clases dirigentes. El aristócrata romano no es hijo de la improvisación y la aventura individual. Es resultado de un prolongado esfuerzo familiar. Sus raíces se hunden en un suelo rico en vínculos y tradiciones y esto hacía de él, con pocas o muchas condiciones, un producto profundamente elaborado por las energías históricas de la raza.

Quizás explique también la ausencia de genios excepcionales y da cuenta y razón de aquella piedad profunda que fue la raíz del patriotismo ro-

mano. Hasta César no tuvo individuos de una envergadura extraordinaria, no obstante pudo vencer a Pirro y posteriormente a un genio militar como Aníbal, gracias a la tenacidad, al empuje constante, de una clase dirigente que ponía toda su confianza en las virtudes de la raza.

El error de muchos historiadores en la apreciación de las luchas sociales en la República se produce porque no han sabido apreciar el valor de las comunidades gentiles y de los grupos familiares en la formación y el ascenso de las grandes personalidades romanas tanto patricias como plebeyas.

Nada de concesiones a la buena fortuna de un hombre aislado, una promoción social sin méritos en la comunidad respectiva no era concebible. Cuando un beneficio social cae sobre la plebe en sentido lato, es siempre a través de una institución defensiva que protege a la muchedumbre en cuanto tal y nunca en forma de derechos atomizados, capaces de introducir la anarquía en la conducción de los cuerpos políticos.

Las guerras extendieron el poder y la influencia romana, pero crearon un par de problemas que los romanos solucionaron de acuerdo con sus usos tradicionales. El primero fue el de la anexión de los pueblos conquistados y el segundo la colonización de las tierras nuevas.

Para comprender las soluciones dadas por Roma, conviene recordar que no procedió conforme a un criterio normativo único. En cada caso tuvo en cuenta las circunstancias particulares que rodeaban el hecho y procedió de acuerdo con una prudente y bien determinada respuesta a la situación planteada.

La versión de un dominio que extiende por todas partes un modelo jurídico ha sido lanzada por algunos historiadores demasiado influenciados por la consideración especial del derecho romano. La ver-

dad es distinta y todo hace suponer que en cada conquista procedieron de acuerdo con criterios impuestos por la ocasión política.

La anexión de un territorio suponía la creación de un vínculo, lo más sólido posible entre el pueblo conquistado y el conquistador. Este vínculo no podría existir si todos los colonos asentados en el nuevo país no estuvieran sostenidos por la doble fuerza de la religión y los intereses. Se trataba de no renunciar a la colonización de las tierras conquistadas ni de llenarla de gentes extrañas a la suerte de Roma. Como tampoco contaba con una cantidad suficiente de patricios para llenar a Italia con pobladores descendientes de su aristocracia campesina, echó mano de la plebe y la convirtió así en una suerte de aristocracia provinciana.

La ausencia de documentos hace que no se pueda dar una idea bien fundada de los medios arbitrados para cada caso. Se puede conjeturar que fue en estas situaciones donde el genio romano se mostró a la altura de su innegable capacidad política, de otro modo no se podría explicar la solidez y la duración de sus conquistas.

Los patricios eran propietarios de predios rurales. La libertad de testar les permitía conservar la tierra en manos de sus descendientes más indicados. El "assiduus" era el heredero, los otros, aunque pertenecientes por su ascendencia al mismo estamento, fueron llamados "proletarii".

Los padres romanos tenían interés en asegurar el porvenir de estos hijos y las tierras conquistadas como botín de guerra ofrecieron la oportunidad de una instalación especialmente buena para los "proletarii". De esta suerte Roma se adjudicaba dos triunfos: instalaba su exceso demográfico fuera de la Urbe y mantenía un vínculo social estable con los colonos que procedían de sus mejores familias.

Los plebeyos ricos se encontraron muy pronto en una situación semejante y disponían de un cre-

cido número de "proletarii" para colocarlos fuera de la ciudad. En un comienzo la distribución entre unos y otros proletarios se hacía totalmente en beneficio de los patricios, que recibían las mejores tierras y los lotes más extensos.

La extensión que correspondía a un proletario plebeyo estaba determinada por la decisión de la Asamblea Centuriata. Este era un cuerpo consultivo de carácter militar, pero que tenía algunas prerrogativas relacionadas con asuntos de la conquista.

La Asamblea Centuriata nació en la República y su organización siguió la evolución de los cuerpos militares. Estos, según uno de los censos más antiguos que se conocen, estaban distribuidos de la siguiente manera: 18 centurias de jinetes constituidas por personal de patricios y plebeyos en condiciones de poder pagar y mantener sus cabalgaduras. Las 18 centurias eran consideradas fuera de las clases que estaban bajo las armas y sólo se convocaban en caso de peligro grave.

Los ciudadanos simplemente pudientes formaban la primera clase constituida por ochenta centurias. La segunda, tercera y cuarta clase estaban integradas por veinte centurias cada una y pertenecían a ellas los ciudadanos de condición económica intermedia. Una quinta clase pertenecía a los más pobres habitantes de Roma y contaba con treinta centurias.

Este tipo de organización ponía en manos de los ciudadanos más ricos la mayoría de los votos de esta asamblea. La elección se hacía por centurias y no por cabeza, de tal modo las 18 centurias de caballería y las ochenta de la primera clase tenían más votos que todas las otras juntas, aunque sus centurias no tuvieran cien hombres cada una como se podía suponer por el nombre.

La Asamblea Centuriata se reunía por convocación expresa del cónsul y otra autoridad con impe-

rio. Lo hacía de acuerdo con las exigencias de un ceremonial militar y no cívico. Las facultades de la Asamblea se extendían al orden legislativo y judicial y llegaba hasta la designación de los magistrados más importantes.

Este cuerpo democrático nominalmente tenía el poder supremo, aunque la decisión estaba en manos de los ciudadanos más ricos e influyentes. Para evitar la garrulería que nace en todas las asambleas, se observó en ella un carácter severamente castrense y sus miembros no podían discutir las medidas propuestas a su consideración. Se las aceptaba o rechazaba sin otro comentario.

No era un grupo deliberativo y decía sí o no a las proposiciones que le sometía el cónsul o el propio Senado, pero tal afirmación o negación tenía valor de ley o de veto. El Senado ratificaba lo resuelto por la Asamblea. Esto daba a las decisiones un itinerario complicado, lleno de cautelas aparentemente ociosas, pero fundamentalmente útiles para conservar el equilibrio de las fuerzas republicanas.

El pueblo decidía así, en última instancia, sobre las medidas que hacían a su interés pero no legislaba, ni aconsejaba, ni discutía. Esto evitaba la actuación desordenada de los agitadores que, de otro modo, no hubiesen tardado en aparecer como sucedió efectivamente al fin de la República.

La evolución de este cuerpo no habla de una democratización progresiva, pero sí de un aumento de poder de las clases medias. No se trató de cambios o variaciones ideológicas, sino de la incorporación de nuevas fuerzas al orden romano. Habría que considerar si este aumento de poder no sucedió a un traspaso de la riqueza de un medio social a otro.

La extensión del imperio prohijó negocios y combinaciones financieras de todo título y éstos no beneficiaron únicamente a la clase senatorial. Se hicieron nuevas fortunas y éstas hicieron sentir muy

pronto su peso en la conducción de los negocios públicos.

Los marxistas pueden hablar de la plebe como si este estamento constituyese una clase social en el sentido económico del término, tal como lo exige la jerga revolucionaria. Como hemos dicho en más de una ocasión, los plebeyos lucharon para incorporarse al orden patricio y lo hicieron desde sus agrupaciones familiares. En esta suerte de carrera por ocupar posiciones ventajosas, hubo plebeyos que trataban de subir y otros que trataban de frenarlos para evitar que al hacerse demasiado fácil, el ascenso perdiera valor. La importancia de las comunidades gentiles mantuvo siempre su prestigio y no fueron pocos los patricios que se hicieron adoptar por una familia plebeya para poder hacer una exitosa carrera política.

TRIBUNADO

En el año 493 a. de J. C. fue creada una nueva magistratura que, en alguna medida, resucitó prerrogativas reales y en otra apareció como un poder nuevo. Esta potestad recibió el nombre de tribunado.

Tuvo su nacimiento en la Asamblea Centuriata, que destacó dos de sus miembros para que sirvieran de contrapoder a los cónsules. Los tribunos asumieron los poderes negativos de la Asamblea y se limitaron, en sus primeros momentos, a vetar las decisiones de los cónsules o del Senado. Esto les permitía parar la máquina del gobierno. Prerrogativa peligrosa y que obligó a la Asamblea a rodear la potestad tribunicia de todas aquellas garantías que le permitieron vivir largos años y evitar las malas disposiciones de los perjudicados por sus vetos. Se les dio un carácter sagrado como a los antiguos monarcas. "Su autoridad —escribía Polibio— se imponía al mismo Senado".

En la medida que Roma crezca y los nuevos ciudadanos se van incorporando a su derecho, el tribunado aumentará sus potestades. En la época de Cayo y Tiberio Graco llegó a ser una de las magistraturas más poderosas y estuvo por encima del consulado. Los Gracos fueron unos de los primeros en padecer en carne propia esta hipertrofia del tribunado. El porvenir estaba en él, no porque respondiera a las exigencias del progresismo revolucionario como parecen creer los historiadores de izquierda, sino porque se colocó en la línea del desarrollo del poder personal, que librará más tarde a Roma de la presión de los grupos financieros.

El tribunado surgió para proteger a los ciudadanos que por sus precarias condiciones económicas no podían ser inscriptos en una categoría privilegiada. Estos ciudadanos fueron la verdadera plebe y acostumbran a reunirse con sus tribunos en una asamblea que se llamó "Consilium Plebis".

Se impuso la necesidad de redactar un código que reuniera las leyes para la defensa de esos ciudadanos. El Senado destacó una comisión de diez patricios, "decem viros", para que se encargara de la faena. La comisión recopiló una serie de máximas jurídicas y las inscribió en doce tablas —Tabularum libellus— y que, según la opinión de Tito Livio, es la fuente del derecho público y privado de Roma: "Fons omnis publici privatique juris".

OTRAS MAGISTRATURAS

Las guerras obligaron a Roma a extender su dominio. La dilatación del territorio complicó el campo de la acción militar, administrativa y civil. Hubo necesidad de crear otras magistraturas para mantener en pie el aparato estatal y hacer frente a las nuevas situaciones. Los magistrados designados fueron puestos bajo la potestad de los cónsules y les

fueron asignadas funciones muy bien determinadas para evitar conflictos de jurisdicciones.

Los cónsules dejaron de ser llamados pretores. Este último título se le dio a un magistrado que hacía las veces de comandante en el ejército y de juez en tiempo de paz. Directamente subordinado al pretor, aparece el cuestor a cargo de una tarea complicada con los asuntos financieros y le suceden los ediles a cuya cuenta corren las cuestiones edilicias, puentes y caminos. Los ediles fueron dos y vendrá el tiempo en que el ejercicio de esta función puede marcar para siempre el éxito o el fracaso de una carrera política. A su cargo corría la dirección de los juegos y espectáculos públicos. La largueza y liberalidad del edil hacía mucho para su futura promoción a un puesto más alto en la jerarquía de la potestad romana.

El aumento de la población y la necesidad de tener al día los padrones donde figuraban los ciudadanos libres, obligó a crear una magistratura especial, la censura. El censor era el encargado de forjar las listas de las clases y las centurias. Vigilaba todo lo referente a la moral y las buenas costumbres públicas. Catón, llamado el Censor, fue la encarnación egregia de esta función.

La censura se convirtió en una de las magistraturas más importantes de la República. Como los cónsules y los tribunos, los censores fueron en número de dos y duraban cinco años en su mandato. Posteriormente, y como una consecuencia inevitable de esa importancia, se redujo su duración a dieciocho meses.

Era un poder peligroso y se debía tener sumo cuidado en la elección del censor. El honor de todos los ciudadanos estaba sometido a su juicio y no escapaba a su competencia ni la vida privada de los romanos. El era el encargado de asegurar la situación jurídica de un miembro de la República

y no debían ser pocas las tentaciones que acechaban a un funcionario de esta naturaleza.

El censor, tenía, además, bajo su férula, en el orden administrativo, la distribución del "ager publicus". Cuestión muy delicada y que la República debía enfrentar para cuidar los intereses que se debatían en torno de las tierras. De la prudencia con que se manejara este problema dependía el porvenir romano y su influencia en los países que pasaban a depender de su imperio.

A propósito de esta cuestión, insistimos en una observación que hemos hecho con anterioridad: una versión puramente económica del hecho, aunque puede parecer muy lógica y muy humana tratándose de bienes materiales, no sirve por sí sola para explicar el éxito político de una empresa conquistadora. La codicia es una pasión muy extendida y puede convertirse en causa eficiente de muchas aventuras, pero la inteligencia con que se procede en la organización de un imperio no se explica únicamente por el deseo de poseer cosas. Hay algo más y esto corresponde a la sagacidad y el tino político que se ponga en equilibrar los intereses y armonizar la competencia de las ambiciones.

El poder inherente al censor era tremendo. El Senado creyó conveniente rodearlo de controles para impedir un crecimiento excesivo. El primer recaudo aparece con claridad en el carácter colegiado de la censura porque distribuía la responsabilidad entre dos colegas. Uno de ellos podía vetar las medidas tomadas por el otro si así lo consideraba prudente. Las decisiones tomadas de común acuerdo no duraban en sus efectos más allá del período correspondiente a la censura. Concluido el ejercicio del cargo, otro censor podía modificar las resoluciones adoptadas por su antecesor.

En el año 100 a. de J. C., mucho después del período que estoy considerando, la censura, como consecuencia de las responsabilidades que pesaban

sobre ella, se convirtió en la más alta jerarquía a que podía aspirar un romano.

LOS CAMBIOS EN LAS INSTITUCIONES

La imaginación plástica de los griegos tenía una tendencia marcada a tipificar las realidades humanas y a convertirlas en versiones invariables de un "eidos" particular. Este formalismo ha pasado también a la mentalidad contemporánea, aunque en el interior de un esquema ideológico, saturado de evolucionismo. Donde los griegos vieron la realización de un tipo, nosotros creemos percibir la proyección de un movimiento progresivo que comienza en la monarquía y culmina en la democracia, como si el curso inevitable de un gobierno fuera de la soberanía de uno solo a la participación isonómica de todos. Este movimiento conoce el paso, casi tan fatal como todo el proceso, de una situación intermedia cumplida por la aparición de las oligarquías financieras.

Los esquemas históricos, pese a sus apariencias, suelen ser profundamente falsos en tanto tratan de encerrar una realidad viviente en las redes de su prisión conceptual.

Cuando se trata de interpretar la historia romana conviene poner especial atención en dos circunstancias paralelas: las necesidades políticas que impone la conquista y las luchas por prevalecer que libran los diversos grupos sociales que han hecho a Roma. La batalla por el poder atenta contra la unidad impuesta por la conquista. La contradicción tiende a encontrar su equilibrio en el fortalecimiento de la organización estatal y el debilitamiento consecuente de los poderes intermedios.

Cualquiera sea el bando que triunfe, la consecuencia es siempre la misma. Se puede decir, ya que la necesidad de esquematizar termina por im-

ponerse, que las exigencias de la conquista impuso la creación de una serie de medidas que, por su índole, tendían a la constitución de un poder personal unificador y éste, llevado por la fuerza de su dialéctica centralizada, se vio forzado a debilitar las organizaciones familiares y gentilicias.

El proceso puede verse como un ascenso de la plebe o como un debilitamiento del patriciado. Desde el punto de mira de las auténticas conquistas humanas esto no significa gran cosa. Los pobres y menesterosos aumentaban en Roma cada día y esta situación hacía que se debía contar con ellos para cualquier aventura política. Incluidos en los cuadros familiares y defendidos por las organizaciones patriarcales, actuaron a la sombra de sus jefes naturales. Cuando fueron multitud y dejaron de pertenecer a las comunidades gentiles, entraron en el ejército como soldados profesionales o formaron parte de las facciones que seguían la suerte política de un caudillo. Fueron ellos los que sostuvieron a César y respaldaron la aventura del poder personal.

Así como desaparecieron las comunidades intermedias fagocitadas por el crecimiento de la organización estatal, desaparecieron las magistraturas que servían de contrapoderes y se sumaron a la del magistrado único que figurará, como era de esperar, como tribuno de la plebe y el encargado de defender los intereses de la muchedumbre.

Examinemos el proceso en sus raíces más remotas y observemos el cambio que se produjo cuando se hizo la distribución del proletariado urbano sin tomar en cuenta su pertenencia a los grupos familiares o gentiles. A partir del 304 a. de J. C. la clasificación domiciliaria se hizo con criterio puramente territorial, y los habitantes, procedieran de familias patricias o plebeyas, fijaron su domicilio de acuerdo con una división geométrica de la ciudad.

En esta nueva línea se inscribe la organización de los comicios tribales con "Consilium Plebis". Suerte de asamblea multitudinaria e inorgánica que vota "per capita" y no por centurias como sucedía con la antigua organización de tipo militar que conocimos con el nombre de Asamblea Centuriata.

Se ha discutido mucho con respecto al origen y a las prerrogativas de esta nueva asamblea. No pensamos ser excesivamente lógicos cuando suponemos, en la excelente compañía de León Homo, que la Asamblea Tribal y el "Consilium Plebis" fueron una sola cosa y reemplazaron a la Asamblea Centuriata cuando se produjo la unión del proletariado patricio y plebeyo. En ese preciso momento se llamó Asamblea Tribal y sus decisiones tuvieron fuerza de ley para todos los estamentos.

Por ese tiempo la estructura del poder había cambiado pasando de los jefes de los grupos gentiles a los plutócratas. Estos últimos fundaban sus prerrogativas en la posesión de una gran fortuna personal y no en el apoyo de las antiguas fuerzas familiares de carácter rural. Esto no significa que las comunidades gentiles hubieran desaparecido totalmente. La clientela seguía siendo una importante realidad y las alianzas familiares funcionaban como en sus buenos tiempos.

El paso de la República Senatorial a una plutocracia mixta de patricios y plebeyos con fortuna quedó sellado con la Ley Hortensia, que no sé por qué sinrazón algunos historiadores consideran como si fuera un triunfo del pueblo contra la autoridad de los clanes. Sin duda fue un rudo golpe para las antiguas organizaciones y, en apariencia, consolidó el poder de la Asamblea Tribal, en realidad benefició a la oligarquía que a través de esa asamblea dispuso de una excelente arma para combatir la influencia conservadora del Senado.

En ese preciso momento la constitución republicana alcanza el punto de equilibrio que tanto alabarán Polibio y Cicerón y que consistió, fundamentalmente, en una armónica dosificación de los intereses personales con el bien común de la ciudad.

Si consideramos los rasgos jurídicos de esta constitución se nos aparece como un orden legal fundado esencialmente en las costumbres y con tendencia a poner el estado ciudad bajo el control de una oligarquía que no ha roto todavía los vínculos con las antiguas organizaciones gentiles. Las fuerzas familiares dan al conjunto un cierto tono aristocrático que no logra ocultar totalmente el temible poder de las finanzas. Los grandes magistrados de la República tratan de restar valor a las decisiones senatoriales y afianzar la presión de las clases medias.

El carácter consuetudinario de la ley romana da a la constitución una gran aptitud para acomodar sus cuadros jurídicos a las exigencias del momento e imponer así modificaciones y cambios oportunos. Al mismo tiempo la fidelidad a las costumbres impide que esa movilidad se convierta en revolución permanente. El romano nunca perdió de vista los valores de la tradición ni dejó de sostenerse en ellos a pesar de su gran oportunismo político.

Cicerón, que quizá soñaba con imitar a sus maestros griegos cuando escribió sus reflexiones sobre la República, al fin se contentó, como buen romano, con hacer el elogio de la constitución de su patria. Porque ésta, al revés de esas constituciones que parecían haber salido armadas de la cabeza de un solo legislador, nació del concurso de muchos ingenios y se consolidó en el paso secular de las generaciones.

LA ORGANIZACION DEL DOMINIO HASTA LAS GUERRAS PUNICAS

Luego de la guerra con Pirro, Roma se convirtió en la potencia dominadora de la península itálica hasta el estrecho de Messina. Pocas ciudades en la antigüedad habían alcanzado tan vasto poderío sin renunciar a una constitución pensada para el ámbito de un modesto municipio. Esta situación debió agudizar su ingenio y su inventiva para crear las cláusulas jurídicas que le permitieran dominar ese enorme cuerpo político.

Las ciudades anexadas lo fueron según diferentes condiciones impuestas en sendos tratados. En todas ellas Roma se reservó un dominio militar y financiero que obligó a las ciudades de Italia "a no declarar la guerra a ningún estado extranjero, ni firmar convenios internacionales, ni acuñar moneda. En cambio, un tratado, un convenio o una guerra sostenida por Roma las obligaba a todas. La moneda romana tuvo curso legal en toda Italia" [4].

Estas fueron las medidas más generales, pero en cada uno de los casos Roma obró de acuerdo con la situación y no según un modelo válido para todos los casos. De esta manera cada una de las ciudades que entró bajo su dominio en la confederación itálica gozó un estatuto propio.

La necesidad de hallar algunos rasgos comunes a estos diversos tratados nos obliga a proceder de acuerdo con un orden que tome en cuenta las concesiones fundamentales hechas por Roma a sus asociadas. La primera de estas concesiones es el derecho de ciudadanía. Muchas ciudades recibieron el pleno derecho a la ciudadanía romana, "civitas optime jure", como aquellas que pertenecie-

[4] MOMMSEN, T.: *Historia de Roma*, Buenos Aires, Joaquín Gil, 1953, T° 1, pág. 440.

ron al Lacio y a la Sabelia. Otras tuvieron un derecho de ciudadanía sin sufragio. Esto quería decir que sus habitantes eran ciudadanos romanos y como tales gozaban los privilegios inherentes a su dignidad y debían cumplir con las obligaciones correspondientes: formaban parte del ejército, eran juzgados, si tenían que serlo, de acuerdo con los usos legales romanos, pero no podían elegir autoridades ni ser elegidos.

La ausencia de fuentes documentales para adquirir una información minuciosa de los diferentes regímenes a que estaban sometidas las ciudades componentes del dominio, obliga a proceder con mucha cautela. Roma no sólo procedió de un modo especial frente a cada ciudad, sino que también lo hizo con respecto a los distintos grupos humanos que componían la población del territorio conquistado. En general dio la ciudadanía a los elementos más poderosos y progresistas para ligarlos a su suerte. Estos nuevos ciudadanos eran asimilados por el ejército y colocados en posiciones que tenían en cuenta su valor y su dignidad para participar de las glorias militares.

No dominó sobre un mundo uniforme y homogéneo espiritualmente igualado por una propaganda de tipo ideológico. La Italia de esa época estaba constituida por poblaciones muy diferentes y esto hacía difícil la reducción a un común denominador. Lamenta Piganiol la pérdida de la documentación que hubiere permitido comprender "esa interesante originalidad". Lo único que aparece como ingrediente de uniformidad es el dinero. Su aparición acompaña el despertar de los intereses mercantiles que junto con las influencias helenísicas "complican, refinan y pervierten los espíritus y las instituciones" [5].

[5] PIGANIOL: *Historia de Roma*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, pág. 107.

III

LAS INSTITUCIONES DE LA REPUBLICA

LA REPUBLICA COMO REGIMEN

Examinamos algunas de las instituciones romanas en la medida en que la explicación de los hechos históricos así lo imponía. Ahora consideraremos la constitución republicana en sus principales órganos con especial atención a sus funciones y a los cambios que en ellas se operaron. Cicerón había señalado que esa constitución no fue la obra de un genio solitario, sino la de muchas generaciones que concurrieron con su laboriosidad y su patriotismo. Este hecho le quitaba las asperezas de una improvisación y la consolidaba con la experiencia histórica de los siglos.

La palabra república es de origen latino y puede descomponerse, etimológicamente, en "res" - cosa y "publica". Ambas palabras significan en una ciudad el ámbito de los intereses comunes como opuesto a los privados. El paso de la monarquía a la República dado en 509 a. de J. C. significó un cambio en el detentor de la soberanía que transitó, al menos en teoría, del monarca al pueblo romano.

No obstante, el pueblo no ejerció por sí mismo y mediante su instalación en asamblea permanente

las prerrogativas con que lo investía su nueva constitución. Lo hizo a través de tres órganos esenciales: Senado, magistraturas y asambleas. Cada uno de las cuales tuvo su composición particular y sufrió, a lo largo de la historia republicana, muchas transformaciones, tanto en la constitución como en las funciones.

El primer cambio que se puede observar reside en el carácter electivo de las magistraturas republicanas y de la responsabilidad que tales funciones imponían ante el pueblo reunido en asamblea. Si se examina con alguna atención, la modificación no fue tan grande como parece, porque si bien las magistraturas monárquicas eran de mayor duración, su responsabilidad ante el soberano, en este caso el rey, no era menos. Es un prejuicio progresista suponer que una soberanía que no puede ejercerse o se ejerce dificientemente a través de una asamblea significa un adelanto notable con respecto a la soberanía personal.

Para evitar los inconvenientes de este precario ejercicio del poder, la República Romana estable ció el *consulado*.

CONSULADO

Nació junto con la República y tuvo por propósito hacer frente a las necesidades del gobierno con un fuerte poder central. Los cónsules, en número de dos, fueron elegidos entre los patricios y reemplazaron al rey en sus funciones políticas por el tiempo que duraba su mandato que era solamente de un año. En el comienzo de la nueva constitución se turnaban en el gobierno de la ciudad gobernando cada uno durante seis meses, pero cuando la conquista complicó los asuntos del Estado hubo un cónsul militar y otro administrativo.

Cumplieron funciones ejecutivas, legislativas y

judiciales. En razón de estas últimas fueron llamados pretores, título que equivalía al de un juez. La necesidad de separar el poder judicial de los otros dos obligó a crear una pretura separada del consulado.

El carácter anual del mandato consular tenía por propósito evitar la prolongación del ejercicio de un poder capaz de tentar la aventura del monarquismo. Por una razón semejante se estableció la colegialidad, tratando de que uno y otro cónsul se controlaran mutuamente.

La potestad de los cónsules tenía otra limitación en la llamada "provocatio ad populum" o apelación que se hacía ante la Asamblea Curiata cuando se trataba de la aplicación de una pena capital a un ciudadano romano.

Terminado el período por el que habían sido nombrados los cónsules debían dar cuenta de su administración ante el Senado y podían ser perseguidos mediante acción criminal por no haber cumplido con sus obligaciones.

El poder de los cónsules sufrió en el transcurso del tiempo serias limitaciones y durante un cierto período, entre 445 y 367 a. de J. C., fue suprimido en beneficio de la censura y el tribunado militar. Su restablecimiento posterior no significó el retorno a una situación anterior ni a la integridad de sus antiguas funciones. En cuanto a la anualidad de su duración fue también modificada por causa de las guerras que impusieron, en muchas ocasiones, la prórroga de los mandatos militares.

CUESTURA

Los cónsules acostumbraban elegir a dos personas del estamento patricio para que los ayudaran en la administración de la hacienda pública y en algunos procesos judiciales de cierta importancia.

Estos auxiliares fueron llamados *cuestores*. Cuando aumentó la complejidad de los asuntos del Estado aumentó su número y finalmente estos magistrados fueron elegidos directamente en los comicios tribales.

DICTADURA

Fue una magistratura de carácter excepcional y elegida directamente por los cónsules en caso de un grave peligro público. Cuando el *dictador* asumía el cargo cesaban los otros poderes y él permanecía en su puesto mientras durase el peligro que había causado su convocación. Para prestarle ayuda en su difícil tarea se encontraba a su lado el "magister equum" o jefe de caballería.

ASAMBLEA CENTURIATA

Algo dijimos de su composición cuando nos referimos a los orígenes de la República. La componían todos los ciudadanos en condiciones de portar las armas y se reunía en el campo de Marte bajo la presidencia de un cónsul. Las prerrogativas de este cuerpo cubrían cuestiones legislativas y judiciales. Existen datos muy precisos con respecto al número de centurias que participaban en la Asamblea y a los votos que cada clase de centuria tenía. La clasificación se hacía de acuerdo con las rentas que poseían los ciudadanos.

Caballeros (fuera de clase) con más de cien mil ases de renta: 18 centurias.

Primera clase: con más de cien mil ases de renta anual: 80 centurias.

Segunda clase: con más de setenta y cinco mil ases: 20 centurias.

Tercera clase: con más de cincuenta mil ases de renta: 20 centurias.

Cuarta clase: con más de veinticinco mil ases de renta: 20 centurias.

Quinta clase: con más de once mil ases de renta: 30 centurias.

Fuera de estas categorías militares formaban los llamados "capitii censi", que eran convocados a filas en caso de peligro muy grave para la ciudad.

La Asamblea sólo podía ser convocada por un magistrado que tuviera imperio: dictador, cónsul o pretor. Se elegía un día que los augurios dieran por propicio y se la reunía en el campo de Marte en formación militar. Allí el funcionario que había pedido la realización del acto presentaba ante la Asamblea la proposición que quería poner bajo consideración —"rogatio"— que debía ser aceptada o rechazada.

La interrogación se hacía por centurias comenzando por las de los caballeros y concluyendo en los ciudadanos de quinta clase. La consulta terminaba cuando el asunto había sido rechazado o aceptado por mayoría absoluta. De esta manera la cuestión quedaba terminada si los caballeros y los ciudadanos de la primera clase se habían expedido en completo acuerdo.

Las rogaciones presentadas a la asamblea podían ser de tres tipos: elegir los grandes magistrados de la República; aprobar o vetar leyes que decidían sobre la paz o la guerra; sentencias judiciales que exigían la "convocatio ad populum".

La decisión de la Asamblea requería, con posterioridad, la "auctoritas patruum" o ratificación por parte del Senado. Sin esto sus resoluciones no eran válidas.

La Ley Hortensia, dictada en el año 287 a. de J. C., dio el título de Asamblea a la reunión de las tribus y fueron las resoluciones de este último cuer-

po popular las que tuvieron fuerza de ley. De cualquier modo la Asamblea Centuriata permaneció como una institución militar encargada siempre de votar las leyes concernientes a la paz y a la guerra. Su composición fue más democrática.

TRIBUNADO

Los tribunos fueron magistrados pertenecientes a la plebe.

Como los cónsules, existían en número de dos y, en un principio, fueron directamente elegidos por la Asamblea Centuriata y posteriormente por la de las tribus.

Tenían potestad de vetar las resoluciones del Senado y de los cónsules y hasta tal punto que podían detener con su sola voluntad todos los resortes del gobierno. Poder extremadamente peligroso y que obligó a tomar todas las precauciones posibles para preservar la vida de unos magistrados tan expuestos a la vindicta de los poderosos. Sus personas fueron consideradas sagradas y tenían algunos de los atributos de los antiguos reyes.

La jurisdicción del tribuno estaba limitada a la ciudad. Fuera de ella, los cónsules, y, en caso de necesidad, los dictadores, asumían la plenitud del poder público.

Sólo la dictadura podía suspender la actuación del tribuno. Sucedía también que la falta de unanimidad en las decisiones de ambos tribunos provocaba una intersección de funciones que vulneraba el ejercicio de la potestad tribunicia. Esta interferencia podía darse espontáneamente o ser provocada adrede por quienes tenían interés en que sucediera tal cosa. Pese a estas limitaciones fue un poder extraordinario y luego de conducir el ascenso de la plebe, produjo el advenimiento del poder personal en la figura del emperador.

Los proletarios de ambos estamentos, gracias a la tesonera acción de los tribunos, fueron mejorando su situación dentro y fuera del Estado. A partir del año 267 ambos magistrados tuvieron el derecho de sentarse entre los senadores y un siglo más adelante, fue la primera magistratura de la República.

Para ese tiempo la división social de Roma no respondía más al clásico modelo de patricios y plebeyos. Era simplemente entre ricos y pobres. Estos últimos constituían una decidida mayoría y los tribunos se convirtieron en sus defensores legales dando unidad y coordinación a sus movimientos políticos. Con Tiberio y Cayo Graco se advirtió el enorme poder que alcanzaban los tribunos cuando sabían usar sus prerrogativas para adquirir popularidad y prestigio. El temor de que en el tribunado podía incoarse la restauración de la monarquía, llevó a Sila, en el interregno de su reacción pro senatorial, a borrarlo de la constitución romana. Vuelto a la vida con Pompeyo culminó en la gestión de César y Augusto.

Los tribunos de la plebe fueron asistidos en sus funciones por ediles de procedencia también plebeya y que, junto a las actividades tradicionales del edilato, sustituyeron a los tribunos en cuestiones de menor cuantía.

CONSILIUM PLEBIS

Se conoce mal la constitución de esta suerte de asamblea plebeya y se sabe muy poco de su composición, sus facultades y la modalidad de sus elecciones. Como en general se confunde a los plebeyos con aquella parte del pueblo romano que estaba desposeído de propiedades y derechos, se incurre fácilmente en error cuando se da de esta asamblea una interpretación de tipo revolucionario.

Sabemos que en este Consilium se elegía a los tribunos y a los ediles plebeyos. Probablemente la votación se hacía "per capita" y las disposiciones de tales plebiscitos no pasaban de la designación de esos funcionarios.

LAS DOCE TABLAS

Muy poco sabemos de la situación de los plebeyos con anterioridad al período clásico de la República. Se supone que el advenimiento del nuevo régimen no les fue favorable y, en alguna medida, les restó algunos privilegios que habían adquirido durante el período de la reyecía etrusca.

Los derechos del patriciado se relacionaban con las tradiciones religiosas y fue en ese preciso terreno donde las familias plebeyas debieron luchar con más tenacidad para poder entrar en los cánones sagrados: matrimonio, testamento, adopciones. Hacía falta un cambio en la aplicación de los misterios litúrgicos para que las prerrogativas tradicionales se abrieran a estos extraños.

Terencio Harza, cuando fue tribuno de la plebe, propuso, en el año 451, nombrar una comisión de diez miembros con el cargo de codificar las leyes que fueron comunes a patricios y plebeyos y evitar así el recurso a las costumbres, tan difíciles de determinar en los casos litigiosos. Estos diez varones, "decem viros", luego de vencer la tenaz resistencia de los elementos más conservadores, propusieron un código en diez tablas, al que sumaron dos más, luego que un levantamiento derrocó a uno de ellos, Apio Claudio, que tuvo la pretensión de erigirse, contra los usos constitucionales, en una suerte de dictador.

TRIBUNADO MILITAR

Decir que la República evolucionaba fatalmente hacia el Imperio no es una verdad histórica que se imponga por la observación de los hechos ni por el estudio de las instituciones romanas. No obstante sucedió que la dominación alcanzada por Roma en tan vasto territorio prohijó magistrados y hábitos de gobierno que con el correr del tiempo facilitarán la opción imperial.

Una de esas magistraturas fue el tribunado militar. Fue un jefe que la República ponía a la cabeza de mil hombres y que en sus comienzos estuvo directamente bajo las órdenes de los cónsules.

Los tribunos militares crecieron en número en la misma medida en que el ejército aumentaba la cantidad de soldados incorporados a sus filas. Elegidos directamente por la Asamblea Centuriata, se atendía en especial a sus condiciones demostradas en la guerra y no a su situación de patricio o de plebeyo.

SENADO

No se hubiere dicho nada de la República sin una prolija referencia a la composición, carácter, potestad y facultades de esta columna de la constitución romana.

Existió en tiempo de los reyes y cumplía el papel de un Consejo Consultor de la Corona. A partir de la declaración de la República, hecho que produjo el propio Senado, se convirtió en el órgano principal del gobierno de Roma. De allí salieron las leyes, las magistraturas y los edictos que importaban a la vida administrativa del Estado. Las finanzas de la República estuvieron totalmente en

sus manos y quien entiende algo de gobierno, comprenderá lo que esto significa.

Durante casi tres siglos, desde la fundación de la República, sus miembros fueron trescientos y representaban las comunidades gentiles más importantes del país. Posteriormente su reclutamiento quedó librado al juicio de los cónsules y dictadores, más tarde al de los censores cuando estos magistrados lograron su mayor poderío. Exclusivamente patricios hasta el año 400 a. de J.C., posteriormente se incorporaron también los plebeyos.

El lugar donde los senadores se reunían para sesionar se llamó "curia" y estuvo ubicado frente al foro de la ciudad. Para que este cuerpo de grandes magistrados actuara, debía ser convocado por un funcionario "cum ius agendi cum patribus" y esto sólo competía al dictador, los cónsules o pretores y posteriormente también a los tribunos.

Todo miembro de una magistratura con derecho a la silla "curul" pasaba a formar parte del Senado. Dionisio de Halicarnaso aseguró que el Senado lo podía todo en materia de paz y de guerra y que si bien no hacía las leyes, era él quien las preparaba y las ratificaba promulgándolas.

Era dueño del tesoro y sólo con su autorización se podía extraer fondos para enfrentar un gasto extraordinario de tal manera que no hubo en Roma una acción política de importancia que no contara con su beneplácito.

Las sesiones eran presididas por el 'princeps senatus", dignidad que correspondía al más antiguo de sus miembros. Le seguían en orden jerárquico los que habían ocupado el cargo de cónsules, pretores, ediles, tribunos y cuestores.

La sesión comenzaba luego de una consulta a los dioses a la que sucedía la apertura del debate con una información general acerca de los asuntos de mayor interés público y en especial el de aquel que había provocado la sesión.

Para votar favorablemente una resolución bastaba la aprobación de la mitad de los senadores y a veces menos. Cuando esa resolución no sufría el veto de algún funcionario autorizado para poder hacerlo se convertía en "senado consulto".

Durante las luchas civiles en el siglo II a. de J. C. el Senado fue el centro de la reacción conservadora. Abatido en parte por los Gracos y luego por la reforma del ejército debida a Mario, se levantó con Sila y se mantuvo con Pompeyo, para caer nuevamente bajo el tribunado casi imperial de César. Augusto lo convitrió en un instrumento de su poder personal.

Para ese tiempo el Senado había cambiado completamente el carácter de su reclutamiento. Su número pasaba los novecientos y había entre ellos muchos provincianos que debían a César todo cuanto eran.

LA CONSTITUCION REPUBLICANA

Resulta faena difícil y hasta un poco engañosa tratar de definir la viva fisonomía de la constitución romana. Fue un sistema de usos y costumbres no escritas, que, mediante un régimen de tipo aristocrático, ejerció una soberanía directa pero con poderes distintos que se controlaban y limitaban mutuamente.

Al carácter consuetudinario de sus leyes debió Roma la continua movilidad de su constitución y su gran adaptabilidad a las circunstancias por las que atravesó su historia. El derecho positivo de Roma fue un instrumento dúctil, siempre al servicio de su crecimiento político. Esto le hizo decir a Ihering, en su *Espíritu del derecho romano*, "que su derecho público fue un compuesto de historia y de estadística".

Pensada para una situación política limitada a un municipio creció con la expansión de la ciudad y amplió, al mismo tiempo, los cuadros jurídicos de todas sus instituciones. Esta aptitud para sacar las leyes del marco limitado por la religión local, dio a Roma un lugar especial en el ámbito de la ciudad antigua y le permitió convertirse en la capital de un sistema político nuevo.

Esta elástica adaptabilidad del derecho romano sirvió para ligar la Urbe a los pueblos vencidos sin destruir su dignidad ni reducirlos a simples súbditos. Guglielmo Ferrero en el prefacio de su *Nuova Storia di Roma* asegura que esa historia puede resumirse "en un gran esfuerzo para adaptar las instituciones de una pequeña ciudad aristocrática a la tarea casi sobrehumana de regir un gran imperio".

Ferrero, y casi todos los estudiosos que consideraron la constitución de Roma, señalaron su aristocratismo. No obstante esa unanimidad, se nos presenta una pequeña duda en el uso de ese término para distinguir el régimen romano. La aristocracia se compadece con la existencia de un esfuerzo educativo que tiende a formar en el aristócrata ciertos hábitos de conducta que el romano no tuvo muy en cuenta: distinción en el atuendo, elegancia en tono de la conversación, el ejercicio de aptitudes lúdicas en relación con una gratuidad lujosa, etc.

A pesar de la ausencia de tales preocupaciones, no se puede decir que la minoría dirigente de Roma haya sido una oligarquía tal como la descripta por Aristóteles en su tratado sobre la Política y mucho menos una democracia.

Los autores de formación liberal o decididamente revolucionaria observan en la evolución de la República las señales de un progresivo democratismo que advierten, de modo particular, en el advenimiento del orden plebeyo al goce de los derechos que fueron otrora privilegio de los patricios.

En más de una oportunidad marqué el carácter

familiar que tuvieron estas conquistas y significaron más un ascenso de las comunidades plebeyas que un descenso de las patricias. La democratización es un proceso de nivelación por lo bajo, nunca por lo alto. Moral y materialmente hablando, los plebeyos ganaban sus puestas cuando se hacían dignos de la condición de patricios.

El poder efectivo mantenido por las minorías se hacía sentir en las modalidades del sufragio: en la Asamblea Centuriata los caballeros y la primera clase de ciudadanos tenían más votos que todas las demás y en la Asamblea tribal fueron los pequeños propietarios los que sumaban una notable mayoría de votos.

Conviene señalar, por último, que no tuvo el romano una distinción clara en el ejercicio de los poderes. Las atribuciones ejecutivas, legislativas y judiciales de los distintos magistrados tenían, pese a la confusión, un cierto equilibrio y un efectivo control mutuo en sus funciones. Esto es lo que admiraba Montesquieu cuando escribió en su *Esprit des Lois* "que el gobierno de Roma fue admirable, porque desde su nacimiento, sea por el espíritu del pueblo, la fuerza del Senado o la autoridad de ciertos magistrados, estuvo constituido de tal modo, que todo abuso de poder pudo ser siempre corregido".

EVOLUCION DE LA CONSTITUCION ROMANA

Señalado el carácter único del papel desempeñado por Roma en la configuración del mundo antiguo, conviene explicar, en la medida de lo posible, el espíritu de esa actividad formadora.

Los etruscos dieron a los romanos una lección de grandeza que estos rudos pastores del Lacio recogieron con cuidadosa exactitud. Cada una de

las ciudades etruscas reconocía la existencia de una suerte de rey —"lukume"—, cuyas insignias, corona de oro, toga, cetro y silla curul pregonaban su origen divino o por lo menos el de su "auctoritas".

Con la caída de la monarquía etrusca el poder pasó al "Concilium Patrum" y éstos trataron, por todos los medios, de mantener la estructura administrativa y cultural impuesta por los etruscos. El "lukume" fue reemplazado por dos funcionarios destacados por el Senado y se trató que la "auctoritas" encarnada por ellos y la institución senatorial conservaran las insignias y los poderes de su origen sagrado.

La población quedó dividida en dos grupos, no tanto por la situación económica como por el estatuto religioso que cada uno de ellos poseía. Quienes poseían los vínculos tradicionales con los dioses del lugar gozaban de los derechos y privilegios que esos lazos religiosos suponían. Tenían también las obligaciones con respecto al gobierno y a la defensa de la ciudad. Eran los padres de Roma y su estamento constituyó el patriciado.

Las cosas pudieron haber quedado en esa situación si el espíritu o el destino de la Urbe no hubiera llevado a los Padres a requerir el concurso de la plebe para apoyar su gestión. Esto significó entrar en transacciones sociales con los recién llegados y concederles derechos que la religión reservaba para los miembros del "populus". Acto inédito en la ciudad antigua y que abrió, para el derecho romano, la perspectiva de una jurisdicción que rompía el fundamento tradicional del culto.

Otro aspecto de la historia romana poco tratado por los historiadores es que el expansionismo romano favoreció también a los pobres y encontró en las clases menos pudientes una fervorosa participación. Como escribe Mario Atilio Levi en su libro *La lucha política en el mundo antiguo*: "La característica de la evolución política romana consistió

en la gradual resolución de las cuestiones políticas que separaban el patriciado de la plebe, antes incluso de que se obtuviese un estado de completa igualdad jurídica entre las dos comunidades. Anulando el problema que les tenía separado en el derecho público, es decir, sagrado, las dos comunidades seguían constituyendo dos capas de la misma ciudadanía, provistas de un diferente estado jurídico y cívico. En efecto, no obstante en el nuevo orden los plebeyos continuaron sin poder ser elegidos para las funciones públicas y sin tener el derecho de recíproco 'conmercium et connubium' con el patriciado, para el que ya eran ciudadanos, aunque seguían siendo, en algunos aspectos, extranjeros" [1].

Al cuerpo de las leyes escritas obtenido por la plebe para el reconocimiento de su ciudadanía se lo llamó *Ley de las doce tablas*. Era un primer esbozo de codificación donde ya se advierte esa autonomía jurídica que adquirirá el derecho romano, hasta que se convierta en la manifestación del derecho por antonomasia.

Al incorporarse a la ciudad con sus derechos y obligaciones, especialmente aquellas de carácter militar y político, el peso numérico de la plebe se hizo sentir cada día con más fuerza. No obstante, como lo hemos advertido en diferentes oportunidades, no significó una democratización de la constitución romana en el sentido ateniense. Escribe Mario Atilio Levi que cuando se superó "la antigua distinción entre patricios y plebeyos, que reflejaba arcaicas formas de la organización del Estado, asumió la totalidad del poder una capa predominante de la sociedad romana gracias a la riqueza y a la posesión de los medios de trabajo: tierra y capitales. Los nuevos notables, patricios plebeyos, al acceder

[1] LEVI, M. A.: *La lucha política en el mundo antiguo*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pág. 213.

al Senado por el nacimiento o la carrera realizada, tuvieron en esa asamblea el instrumento de su poder" [2].

El mismo autor explica el carácter "sui generis" de la evolución política e institucional de Roma atribuyéndola a sus orígenes mezclados. Cuando los enemigos de la Loba expandieron la leyenda del "asilo de Rómulo" se referían precisamente al conglomerado cosmopolita que habitaba la ciudad de las siete colinas al convertirse en refugio de aquellos que escapaban de sus antiguos hogares por distintos motivos, pero siempre por haber roto los lazos que los ataban a la religión ancestral.

Se hace difícil una evolución tan positiva del derecho romano a partir de la situación que hacía de su población algo tan heteróclito. Tendemos espontáneamente a pensar que una capacidad tal para la apertura se funda en una inteligencia práctica más abierta y en un mejor entendimiento para los valores de la cosa pública. Una causa no impide el ejercicio de la otra obra y si existió entre los romanos una actitud intelectual tan aguda para la organización política, la mezcla y la heterogeneidad de sus componentes la maduró en la multiplicidad de sus experiencias.

Levi suma a las razones del múltiple aporte racial el hecho de que los dioses romanos "no estaban emparentados con los héroes vivientes entre los hombres" y por lo tanto no había quienes descendieran directamente de ellos. Más que antepasados, fueron fuerzas divinas capaces de colaborar con cualquiera que tuviera la virtud de la "pietas". Por esa razón el nacimiento no fue tan importante en Roma, como en las ciudades donde la estirpe descendiente de un dios lo era todo. Recordamos la tenaz oposición que puso el pueblo de Atenas a su jefe Pericles, cuando éste quiso hacer reconocer la

[2] Ibid.

ciudadanía del hijo que había tenido con Aspasia y que era, en mucho mayor medida que sus legítimos, el heredero de sus condiciones espirituales. Pero Atenas, a pesar de su gran inteligencia y su democratismo, fue una ciudad cerrada a todos los que no descendían, por ambos progenitores, de los padres de la estirpe.

"La práctica romana, de la que se deriva la separación del vínculo de ciudadanía respecto al del origen común y también la separación del concepto de protección divina de un lazo directo entre las divinidades y una concreta comunidad humana, representaba en el mundo antiguo una inovación no menos revolucionaria que la afirmada por la filosofía y la política ateniense en el siglo V, cuando se encontró en la razón humana la fuente de la legislación y de la soberanía, que hasta entonces sólo se había visto en la voluntad divina" [3].

DESARROLLO ESPIRITUAL

La mezcla de las poblaciones y sus respectivas tradiciones religiosas puede haber influido para que el derecho romano se independizase de su tradición y se convirtiera en el fundamento de un orden jurídico autónomo. Pero aquí no se detuvo la evolución espiritual de Roma y, aunque en los otros aspectos de su crecimiento no fue tan original, debemos admitir que, con la ayuda de Grecia, supo conquistar un lugar algo más que decoroso en el terreno de las letras humanas.

Para que los romanos pudieran tener algo comparable a Homero se precisaron muchos siglos y un conocimiento cada día más perfecto de la literatura helénica. Tenney Frank, en su libro llamado *Life and literature in the Roman Republic,*

[3] Ibid.

asegura que cuando los romanos alcanzaron el estadio de su autoconciencia y sintieron la necesidad de expresarse a sí mismos, existía ya en la literatura griega un alto nivel de desarrollo en las formas de su expresión. Los romanos, que estuvieron siempre en contacto con ese mundo y admiraban la cultura y la lengua de la Hélade, supieron aprovechar esa ventajosa proximidad para acelerar su propia evolución espiritual.

La influencia helénica partió, como era lógico esperar, de la Magna Grecia. Es opinión de Pierre Grimal que el acontecimiento determinante fue la adhesión de Tarento, luego de las dolorosas guerras sostenidas con Pirro.

Livio Andrónico es, quizás, el primer autor de origen griego que dejó un testimonio literario escrito en la lengua del Lacio. Usó el ritmo saturniano que, según los eruditos, se cultivaba en la poesía oral de los pueblos itálicos. Estos trabajos de Livio rompen con la tradición de la poesía anónima y aparecen —según Grimal— revestidos de una dignidad literaria hasta ese momento desconocida. "Con ellos, es la idea de una cultura intelectual la que penetra en la conciencia romana, y de una ciencia puesta al servicio de la lengua y del pensamiento que son, precisamente lo que necesita la ciudad" [4].

Livio Andrónico había nacido en Tarento y llegó a Roma en el año 272 cuando todavía era un niño y en calidad de esclavo. Para aumentar el peso de su influencia se ha dicho que fue como profesor del idioma griego que entró en la Urbe. Está probado que esto no pasa de una buena intención por parte de algún admirador de sus escritos. Era esclavo y uno de los tantos de lengua griega que entraron en Roma por esa época y se

[4] Grimal, Pierre: *Le siécle des Scipions*, Paris, Aubier, 1953.

convirtieron, cuando tenían cierta cultura, en pedagogos, instructores o maestros de lengua.

Livio Andrónico hizo algunas traducciones de las que no subsistieron más que fragmentos. Eran versiones de Homero, y Grimal se admira que haya elegido un autor que todo romano culto podía leer en su idioma original. Considera muy probable que Livio Andrónico, al emprender esa tarea, aparentemente obvia, buscaba un metro latino capaz de hacer frente a la versificación de una epopeya. Si eligió la Odisea en lugar de la Ilíada, habrá que buscar la explicación en el carácter mediterráneo que tuvo este poema. Además, hacía eco a la leyenda, muy expandida entre los romanos, de que Eneas, uno de los héroes sobrevivientes de Troya, había sido el antepasado de los mellizos fundadores de la Urbe Condita.

Lo que subsiste del trabajo de Livio Andrónico es poco y en general malo. Pero en los escasos testimonios que pueden observarse se encuentra la voluntad del autor de romanizar el panteón griego, dando a los dioses nombres latinos.

Esta traducción —nos dice Grimal— lejos de ser la tentativa pedante y sin porvenir de un maestro de escuela, es un acontecimiento de enorme importancia en la historia espiritual de Roma. No significa, como pretenden algunos autores, una invasión dominante del helenismo, sino una adaptación de la poesía griega a una disposición ligüística que la había merecido. "Se inscribe en una tradición que la prepara y la explica" [5].

No contento con introducir la epopeya de Homero, salieron de sus manos juegos escénicos que tuvieron la ocasión de ser representados en algunos teatros de Roma.

Muy poco sabemos del teatro helenístico y cuando se trata de responder por la originalidad

[5] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 35.

de las piezas de Livio Andrónico, se tropieza con el vacío más absoluto con respecto a sus antecedentes. ¿Fueron de él? ¿Fueron simples traducciones de obras anteriores? No sabemos nada.

Si es cierto lo que decía Tito Livio con respecto a los orígenes del teatro romano, éste habría nacido de ciertos juegos propios de las pantomimas etruscas, y su antigüedad, según el testimonio del gran historiador podía remontarse hasta el 384 a. de J. C.

Esta fecha, por su antigüedad, destruye la hipótesis de un teatro romano totalmente influido por el griego. Estas piezas se llamaron "saturae" y habría que preguntarse, con Grimal, si influyeron en las adaptaciones intentadas por Livio Andrónico.

Por el momento nos interesa destacar el desarrollo del latín escrito. No importa que sus modelos hayan sido tomados, desde muy temprano, de la literatura griega. El genio particular de la lengua, su gusto por las sentencias, asomó pronto, y esto prueba una vez más el temple jurídico de sus cultores.

Cicerón, en los últimos años de la República, hacía el elogio de la elocuencia y consideraba a Atenas la cuna de las artes oratorias, pero consideraba "que en muchas cosas nuestros ingenios llevan ventajas a los de las otras naciones" no tanto por el ornamento retórico de sus discursos cuanto por la preocupación del bien público que expusieron siempre "con pocas y enérgicas palabras" [6].

En esto consiste el arte del bien decir y bien escribir: expresar con pocas palabras y muy bien escogidas lo que pensamos acerca de cualquier asunto, sin dar lugar a muchas confusiones. La retórica romana fue siempre fiel a su fondo jurídico y en esto no hizo más que abrevar en el hontanar profundo de la raza.

[6] Cicerón, M. T.: *Diálogos del orador*. (Hay edición castellana).

IV

LAS GUERRAS PUNICAS

CARTAGO

Hija de la antigua Fenicia, recibió el sortilegio Mediterráneo la influencia legendaria del ciclo troyano y se inscribió, como una cualquiera de las ciudades griegas, en la mitología de los héroes helénicos.

Detrás de la fachada mítica, tributo rendido a la moda de la época y tal vez a la necesidad política de reclamar una herencia cultural prestigiosa, se ocultaba un fuerte poder financiero de claro cuño fenicio. El nombre mismo de la ciudad, Kart Hadach, significaba en lengua púnica la ciudad nueva. Una suerte de Neapolis como aquella que los griegos fundaron sobre el Tirreno.

Desgraciadamente para los futuros historiadores, los romanos la redujeron a polvo y con tanto entusiasmo que de ella no quedó un testimonio para dar cuenta de sus primeros pasos en el mundo. En cambio conocemos su fin con un lujo macabro de detalles. Este fin ejemplar y terrible aleccionará siempre sobre dos aspectos dignos de ser tomados en cuenta por el historiador: el carácter artificioso de ese imperio exclusivamente plutocrático instalado en Numidia por una oligarquía comercial proveniente de Tiro y Sidón, y, en segundo lugar, lo que significó, en esa época, un arreglo de cuentas a la romana.

Antes de penetrar con alguna atención en los detalles del arreglo a la romana, conviene decir algo sobre el espíritu del pueblo cartaginés a través de los escasos testimonios que dejó.

El dominio que tuvieron los fenicios sobre Numidia recuerda un poco al que ejercieron los etruscos sobre la Italia central. La diferencia entre uno y otro radica, principalmente, en la mayor centralización política del poderío cartaginés. Los etruscos dividieron más sus fuerzas y junto a Roma erigieron otras ciudades importantes que obedecían a su potestad. Cartago fue única y cuando cayó, cayó con ella todo el imperio púnico.

Heredera de Tiro y de Sidón, sostuvo el prestigio comercial e industrial de aquellas grandes ciudades. Como ellas tuvo un gusto intenso por las aventuras marítimas y la piratería costera, cultivó el arte de la púrpura y supo unir el culto de Afrodita con las preocupaciones financieras.

En un rubro de gustos más caseros se dio con ingenio a la agricultura y aprovechó con talento las posibilidades del suelo y el clima de Numidia. Colaboró con su intensa producción agrícola la mano de obra barata provista por los nativos del lugar, y, como los cartagineses fueron excelentes ingenieros, en el despliegue de una frondosa red de regadíos, llenaron la región de huertas y de jardines donde abundaban los frutos de los países tributarios del Mediterráneo: hortalizas, olivos, citros y una abigarrada profusión de flores ornaban sus colinas y subían por los mármoles de sus palacios hasta las azoteas.

Trabajaron los metales y para proveerse de la materia prima necesaria para el desarrollo de la industria metalúrgica, explotaron con éxito las lejanas minas de España en cuyas costas fueron fundadas algunas factorías.

Para mantener activo el tráfico que exigía su comercio crearon una poderosa armada y se adue-

ñaron de la mitad occidental del Mediterráneo antes que los romanos pudieran llamarlo Mare Nostrum.

Una ciudad tan perspicaz no podía mirar a Italia con ojos indiferentes. Pronto descubrió las posibilidades económicas de la Península y mantuvo algunos encuentros armados con griegos y etruscos. Unos y otros advirtieron la peligrosidad de este enemigo que dominaba el mar y cuyas flotas incansables rodeaban por todas partes los puertos de Sicilia. Pirro, llamado por algunas ciudades griegas de la isla, hizo todo lo que pudo para alejar a los cartagineses pero le sucedió lo de siempre: luego de haber ganado unas cuantas batallas perdió finalmente la guerra, como si hubiera sido inventado a propósito para ilustrar su leyenda.

Los navegantes cartagineses figuran entre los más audaces de la historia y es fama que sus exploradores bordearon largamente las costas atlánticas del Africa algunos siglos antes que los portugueses. Sus caravanas de camellos no quedaron a la zaga de sus buques y atravesaban regularmente el desierto de Sahara para entrar en contacto con los legendarios etíopes.

A la amplitud de su comercio correspondió una organización financiera adecuada. Conocieron el papel moneda y supieron respaldar su valor con el oro que guardaban en sus arcas. El dinero cartaginés logró dominar sin rivales la cuenca occidental del Mediterráneo.

Pueblos con menos experiencia comercial y todavía bárbaros en materia de técnica financiera no podían competir con ellos y para beneficiarse con las ventajas de su organización entraron en la esfera de sus intereses, ya como tributarios o como simples clientes o aliados.

Este imperio marítimo no fue solamente un poder financiero; su poderosa armada y su no menos

fuerte infantería de marina respaldaban con sus armas la extensa red de sus intereses. Las ciudades tributarias pagaban religiosamente sus impuestos bajo pena de incurrir en un castigo ejemplar si se vislumbraba en ellas alguna veleidad libertaria.

Los dirigentes de esta empresa llevaron en Cartago una vida cuya magnificencia y esplendor estaba muy lejos de la austera simplicidad que tanto alabó Catón el Censor en su homenaje al temple romano. Poseían palacios y edificios gigantescos, hasta de doce pisos de altura, rodeados de jardines y con lujosas piletas de natación donde se doraban al sol los hijos de estos duros comerciantes.

En esas suntuosas residencias vivían estos hombres de cuerpos menudos, de rostros aquilinos, morenos o pelirrojos, pero que manejaban con severa competencia sus empresas sin dejarse ablandar por las riquezas.

Poco sabemos de sus costumbres y no mucho más de su lengua, que perteneció al grupo de las llamadas semíticas, como el hebreo o el árabe. Los dibujos de vasos y relieves nos los muestran con sus largas barbas, pero sin bigotes, como para hacer resaltar aún más los rasgos caprinos de sus caras.

Fue una sociedad de ricos. Los pobres no sólo pertenecían a otro estamento, sino también a otra raza o a los subproductos decadentes de la propia estirpe, indignos, por falta de aptitud para mantenerse en la esfera de los que dirigían el negocio. El tipo humano que cultivaba el cartaginés no estuvo hecho para soportar la pobreza. Podía aguantarla por momentos, como una imposición aciaga del destino, pero luchaba denodadamente contra ella sin que jamás la encontrara digna de suscitar su admiración, ni siquiera el reconocimiento de su dignidad. El pobre que no hacía nada para hacerse rico no era una persona honorable ni

encontraba en la sociedad de Cartago una situación decorosa.

Las mujeres, cuando no tenían otro capital que su belleza, podían dedicarse a la prostitución sin desmedro de su respetabilidad. La fortuna amasada en ese comercio no era peor considerada que otra. El dinero estaba bajo la protección de Afrodita y consagraba la suerte de quien lo poseía.

Aristóteles comparó Cartago con la república de los lacedemonios en cuanto a la especialización exclusiva de su clase dirigentes: militar en los espartanos, comercial en los púnicos. Ambos grupos humanos vivieron sobre la espalda de una población extraña a las leyes de la ciudad y esto les permitió introducir en su gobierno, sin peligro mayor, un elemento democrático.

Como Esparta, tuvo una institución semejante al eforado, compuesta de ciento cuatro miembros elegidos entre los personajes más representativos de la banca, la industria y el comercio, santa trilogía cartaginesa y canon infalible para medir cualidades.

Poseyó también, siempre al decir de Aristóteles, una magistratura análoga a la realeza que estuvo asistida por un colegio de ancianos o Senado. El rey tenía carácter electivo y el consejo de ancianos, encallecido en la concertación de negocios, atendía más las exigencias financieras de la empresa estatal que a las tradiciones morales o religiosas. Los cartagineses creen —opinaba el Estagirita— "que en la elección de los gobernantes debe tenerse en cuenta no sólo sus cualidades sino también su riqueza. Es imposible que quien no tiene muchos recursos pueda gobernar bien y tenga ocios para hacerlo" [1].

[1] ARISTÓTELES: *Política* (Hay variadas ediciones castellanas. Se recomienda la del Instituto de Estudios Políticos de Madrid).

Es difícil saber lo que opinaría Aristóteles del ocio entendido a la manera púnica. La palabra tuvo, en la escuela de Atenas, un significado filosófico de una dignidad desconocida en Cartago. Denotaba el tiempo que el hombre concedía a su perfeccionamiento espiritual. El cartaginés no conoció esta inquietud, no tuvieron eso que los latinos llamaron "otium cum dignitatis". Su vida fue puro negocio tanto en la dimensión personal como en aquella más alta de la política. Aristóteles, después de haber hablado de la necesidad de poder vacar para gobernar, dice que la ley de Cartago "estimó más la riqueza que la virtud y esto hace avarienta a toda la ciudad".

De eso se trataba: toda la ciudad era avarienta y cuando alguien alcanzaba la riqueza era para tener más y no para dedicarse a los juegos olímpicos, a la filosofía o simplemente a la pederastía pedagógica, que era el escalón más vasto y concurrido de la vida ociosa griega.

El dinero hace al hombre. Si esta máxima, que nunca ha sido del todo falsa, se aplica con rigor, no se pueden evitar los inconvenientes provocados por una valoración tan mezquina de la vida. Los cartagineses fueron lógicos y cuando una parte de la población sentía envidia de los poderosos y esa envidia ponía en peligro la concordia civil, estos últimos recurrían al soborno y enriquecían a todo probable caudillo de una rebelión armada. La subversión fue también una manera eficaz de hacer fortuna y convenía desarmar las testas populares sumándolas a la oligarquía.

El medio fue usado con éxito para apagar fuegos revolucionarios y muchas colonias cartaginesas nacieron de algún conato de guerra civil y crecieron para mantener en alto el prestigio de la riqueza púnica.

Con estas condiciones excepcionales para tener una vida larga y próspera, los cartagineses pudie-

ron haberse mantenido algunos siglos más en la cartelera, si Dios no hubiera dado al pueblo romano las condiciones que le dio o si le hubiese concedido a Cartago todo el dinero que precisaba para poder cumplir un plan oneroso de sobornos. Desgraciadamente para los púnicos el dinero se acabó y mal puede uno amar las riquezas si al final tiene que repartirlas con todos aquellos que las envidian sin tener condiciones para adquirirlas. Los cartagineses supieron esto y para enfrentar situaciones extremas tuvieron su ejército y su armada. Cuando conocieron las intenciones y la capacidad combativa de la Loba advirtieron que había que emplearse a fondo. Se trataba de una nueva fuerza que todavía no había exprimentado el cansancio de la saciedad.

Hace unos años Fayard editó en Francia el libro de Jean Paul Brisson *Carthague ou Rome?*, en donde este historiador, en la perspectiva de una visión progresista de la historia, trató de revivir a la luz de los descubrimientos arqueológicos y de algunos nuevos testimonios, los famosos episodios de las Guerras Púnicas. El autor quería que en esta suerte de antigua guerra mundial, Cartago fuera la potencia democrática y Roma la encarnación del abominable imperialismo militar.

Pese a las pequeñas o grandes trampas que se esconden en el fondo de una opinión tan moderna de la historia antigua, algo de esta tajante dicotomía se da en el combate de estos dos pueblos. Efectivamente para Cartago "la guerra había sido siempre un medio para alcanzar otros fines" y prefirió la acción diplomática, que le permitía obtener los mismos resultados con mucho menos gasto. Cuando una expedición guerrera se imponía, contrataba mercenarios y bajo la dirección de un jefe cartaginés iniciaba las hostilidades o procuraba contenerlas cuando ya el adversario había iniciado su ofensiva.

"Simplemente —sintetiza Jean Paul Brisson— su jerarquía de valores mantenía la guerra en la medida de un medio al que se apela solamente cuando hace falta sin sentir la necesidad vital de su ejercicio. Jerarquía inversa a la de Roma para quien la guerra era su razón de ser" [2].

Confirma su juicio sobre Roma aduciendo que se trataba de una ciudad militar, tanto por su estructura social que distribuía la ciudadanía en cinco clases según el papel que cada una de ellas desempeñaba en el ejército, como por el hecho de que ninguna carrera política podía hacerse si no era al término de una excelente prparación militar.

"La guerra representaba para Roma un elemento vital y la ciudad se hubiese sentido deshonrada si hubiera confiado a mercenarios el cuidado de su obra más importante. No hacer la guerra era para Roma condenarse al inmovilismo. Actitud que los cartagineses no podían entender" [3].

Las características del imperio marítimo sostenido por los cartagineses hablaban claramente de sus propósitos. Eran puntos de dominio sobre las costas separados entre sí por grandes espacios de agua "que no ofrecían ninguna estabilidad ni se dejaban cernir por ninguna frontera".

PRIMERA GUERRA PUNICA

La Italia romana terminaba en el estrecho de Messina y éste no era lo bastante ancho como para detener el paso de los romanos. Al otro lado de esta angosta franja de agua se extendían las tierras feraces de Sicilia, cuyo destino interesó siempre a demasiada gente.

[2] Brisson, Jean Paul: *¿Carthague ou Rome?*, París, Fayard.
[3] Ibid.

Sicilia era, en su casi totalidad, griega, y quizá por eso desconocía tanto los beneficios como los inconvenientes de una unidad política sobre el fraccionamiento en ciudades. Estas estuvieron siempre divididas y para poder sostener una independencia amenazada sabían ofrecer sus encantos, con hábiles meneos diplomáticos, a las potencias que podían ayudarlas en los momentos de mayor apremio.

Cartago había puesto sus ojos en Messina, mientras vigilaba estrechamente a Siracusa, cuyas veleidades hegemónicas se habían hecho sentir años antes durante la tiranía de Hieron. En esa célebre oportunidad Messina había solicitado la ayuda púnica contra Siracusa. Una vez que la obtuvo y fue salvada por los cartagineses, no tuvo más remedio que tolerar la permanencia de sus salvadores, que se quedaron en la isla con el propósito firme de no irse más.

Esta presencia tan cercana y tan peligrosamente fuerte alarmó a los mamertinos y como Roma estaba a un paso, con sus legiones siempre listas, la llamaron en su auxilio.

El Senado romano no era un aparato que se ponía en movimiento por cualquier golpe de aire. La invitación de los mamertinos fue recibida con gravedad y provocó sesudas reflexiones durante un cierto tiempo. Si se les prestaba ayuda, había que disponerse a entrar en guerra con Cartago. Esto significaba una lucha larga y muy problemática en cuanto al resultado; si no se atendía al pedido, la presencia de los púnicos en la punta de la bota era algo poco tranquilizador y cuyo peligro aumentaría con el tiempo.

Luego de discutir largamente el asunto y medir sus consecuencias, el Senado aceptó la responsabilidad de la guerra, y las legiones romanas entraron en movimiento. Se cruzó el estrecho y se

hizo pie en tierra siciliana. Este fue el comienzo de la primera Guerra Púnica.

Hieron de Siracusa vio el desembarco romano y luego las legiones que entraban en combate junto a los mamertinos. Comprendió con claridad que allí se jugaba el destino entero de Sicilia. A pesar de tener una inteligencia política de primer orden, se ofuscó y buscó la alianza de los cartagineses. Unido a las fuerzas púnicas intervino en el asalto a Messina, pero fue rechazado. El fracaso le advirtió sobre el error de su elección y, abandonando a sus aliados, firmó con Roma una paz por separado.

Los romanos no hacían remilgos cuando entraban en juego sus intereses políticos: pactaron con Siracusa y comprendieron el provecho que podían sacar de una ciudad notoriamente experta en cuestiones marinas, especialmente cuando se había entrado en guerra contra una talasocracia del tamaño de Cartago.

La guerra en Sicilia duró veinte años, desde el 264 hasta el 241 a. de J. C. En esta larga confrontación de fuerzas y de ingenio los romanos probaron sus grandes condiciones bélicas tanto en acciones de tierra como en el mar. En su cotejo con la armada cartaginesa comprendieron el valor de los ingenieros navales de Siracusa —la patria de Arquímedes—. Gracias a ellos infligieron a los púnicos algunas derrotas notables.

Los cartagineses quedaron sorprendidos cuando fueron abordados por los barcos romanos, que arrojaban sobre sus buques unas suertes de pontones a través de los cuales la infantería llevaba la lucha hasta los puentes de sus navíos.

El encuentro naval decisivo fue en Marsala y aunque el resultado de la batalla resultó incierto, los cartagineses bajo las órdenes de un Amílcar —que no era el padre de Aníbal— sufrieron pérdidas irreparables. Obligados a pedir la paz, el

general romano Atilio Régulo les impuso condiciones tan duras que los obligó a reanudar las hostilidades y a pelear hasta el fin.

Felizmente para los púnicos, el ejército romano, siempre conducido por Régulo, sufrió una tremenda derrota ante la pericia estratégica del mercenario espartano Xantipo, que los cartagineses habían contratado para esa oportunidad. La batalla fue cerca de Cartago, en Túnez, y del fuerte ejército de Régulo sólo dos mil hombres pudieron volver a Roma con la narración del encuentro. Fue un mal año para la Loba y durante un largo tiempo debió quedarse para lamer sus heridas.

La guerra se reanudó en Sicilia, cuando los cartagineses pusieron sitio a Palermo bajo la dirección del general púnico Asdrúbal. Esta vez no los acompañó la suerte y más de veinte mil cartagineses quedaron en el campo de batalla.

Fue en esta ocasión cuando apareció en las filas cartaginesas el primero de los Barca que debía inmortalizar el nombre de esta famosa familia: Amílcar. Este capitán creyó conveniente cambiar la táctica seguida hasta ese momento en la lucha contra Roma e inició una serie de operaciones ofensivas sobre diversos lugares del litoral italiano. Estos golpes de comando aumentaron las dificultades porque atravesaba la ciudad del Tíber. El Senado estaba aterrado y con las arcas del tesoro casi exhaustas. Con todo, la guerra no podía ser contenida y debió apelarse a los grandes recursos.

Los hombres más ricos de Roma probaron una vez más que sus intereses estaban estrechamente ligados a la causa de la República y como sus fortunas dependían de la buena conducción de los negocios públicos, pusieron todo cuanto tenían en equipar una nueva escuadra y designaron para comandarla al cónsul Lutacio Catulo.

En el año 241 Catulo infligió a la armada car-

taginesa una derrota definitiva que la expugnó del Mediterráneo como fuerza combativa. Cartago debió pagar a Roma un tributo de 3.200 talentos y la posición de Roma en Sicilia fue indiscutida.

La derrota conmovió profundamente a los cartagineses y hubo en la ciudad una serie de levantamientos que hicieron todavía más grande el desastre. Roma observó estas luchas civiles sin intervenir, pero luego se hizo pagar esa neutralidad exigiendo la entrega de Córcega y Cerdeña y mil doscientos talentos más para reponer su armada y asegurar el dominio de la cuenca occidental del Mediterráneo.

SEGUNDA GUERRA PUNICA: ANIBAL

Amílcar Barca fue el hombre del destino en cuanto advirtió que no se podía continuar la guerra en el mar. Roma vigilaba celosamente cualquier movimiento de su adversario y a la primera sospecha estaba dispuesta a caer sobre los cartagineses con todo el peso de su poder.

En el año 237 Amílcar emprendió por su cuenta la reconquista de España y se instaló en ella para armar un ejército que le permitiera un enfrentamiento exitoso contra la Loba. Tenía consigo a sus cuatro leoncitos: su yerno Asdrúbal y sus tres hijos: Aníbal, Asdrúbal y Magón.

La conquista de España escapa de la historia de la república cartaginesa y, en gran medida, de su espíritu. Fue una hazaña particular de la casa de los Barca. Los cartagineses estaban moralmente deshechos y no se atrevían a desafiar a Roma. La decisión y la organización de la segunda Guerra Púnica fue privativa de Amílcar y sus inmediatos sucesores. Estos habían jurado sobre el altar de Baal Haman, un demonio particularmente sangriento, que destruirían a Roma.

Afianzada su situación en España, los Barca se

lanzaron a reclutar huestes para armar un poderoso ejército. Estaban en esa faena cuando murió Amílcar y lo sucedió en la obra su yerno Asdrúbal, que demostró, con los hechos, ser un digno sucesor de su suegro.

Baal Haman debe haber sentido una predilección particular por el mayor de los Barca, Aníbal. Cuando en 221 a. de J. C. Asdrúbal perece en una reyerta que la historia no ha podido aclarar, Aníbal es elegido como general por sus soldados para continuar la obra paterna.

Era el hijo mayor de Amílcar y probablemente nació en el año 246 a. de J. C. Acompañó a su padre a España cuando apenas tenía nueve años y a los veinticinco le sucedió en el mando. Se hizo cargo de ese nuevo estado que Piganiol llamó "de los bárcidas" y con un claro esquema estratégico inició sus preparativos para llevar la guerra sobre Roma.

El Senado romano estaba enterado del crecimiento y la peligrosidad de esa nueva fuerza y trató de detenerla firmando un tratado con Aníbal en el que éste se comprometía a no pasar las fronteras del río Ebro.

Cuando se está al servicio de un demonio conquistador como Baal Haman, los acuerdos son letra muerta y no era el mayor de los hijos de Amílcar quien se ataría las manos por una promesa impuesta por la necesidad.

En el año 218 Aníbal asedió la ciudad de Sagunto, aliada de Roma, y dejándola rodeada por un ejército a las órdenes de su hermano Asdrúbal, atravesó rápidamente el Ebro y los Pirineos con un ejército de cuarenta mil infantes, nueve mil jinetes y una treintena de elefantes. Con estas tropas, donde militaban íberos y numidas, realizó la famosa travesía de los Alpes y se descolgó por el norte de Italia para llevar a la Península su guerra contra Roma.

Todo esto puede decirse en un par de líneas, pero su realización fue una de esas hazañas militares que dejan en la historia una huella imborrable y hacen de sus conductores uno de los más gloriosos capitanes que se conocen.

El Senado romano, muy sorprendido pero no asustado, puso treinta mil infantes y catorce mil jinetes bajo bandera y los colocó a las órdenes de P. Cornelio Scipio, quien, habiendo sido cónsul en 216, tomó el mando de una expedición contra la España púnica y trató de alcanzar a Aníbal en el valle del Ródano sin poder lograrlo. De retorno a Italia, se puso al frente de este nuevo ejército y fue derrotado en Tessino por el caudillo cartaginés. Herido en combate, en cuanto se restableció partió nuevamente a España, donde cumplió las funciones de pro-cónsul entre los años 217 y 211. Murió en una emboscada.

La batalla de Tessino convirtió a Aníbal en dueño de la Galia Cisalpina y allí reclutó entre los galos, siempre mal dispuestos contra Roma, sus mejores soldados.

T. Sempronius Longus, colega de P. Cornelio Scipio, fue encargado por el Senado de preparar una expedición contra Cartago a partir de Sicilia, pero en vista del desastre fue rápidamente convocado a asistir a su colega en la lucha contra Aníbal. Se encontró con Scipio en Trebia, pero apurado por demostrar sus condiciones militares atacó a Aníbal sin esperar el apoyo del otro ejército. Derrotado también por el general cartaginés, desapareció de la escena política.

El camino a Roma estaba expedito, pero el general cartaginés tuvo que retirarse a sus cuarteles de invierno y esperar "il grido dell'acquila marzia" antes de iniciar la nueva ofensiva.

En la primavera del 217 dio Aníbal la orden de marcha. Polibio narra los sufrimientos de su ejército en medio de los pantanos y teniendo que

enfrentar dos veces a los romanos en las llanuras de Etruria. Su primer encuentro fue con C. Flaminius al borde del lago Trasimeno donde el cónsul romano quedó tendido en el campo de batalla junto con quince mil de sus soldados.

Roma estaba solamente a treinta kilómetros, pero Aníbal advirtió que el estado de sus tropas no le permitía poner sitio a una ciudad protegida entonces por un fuerte recinto amurallado. Se retiró y mientras reaseguraba la situación del ejército trató de atraer a su causa a las ciudades de Italia central. Esperaba un éxito semejante al obtenido con los galos, pero su diplomacia fracasó y "todas las ciudades permanecieron fieles a sus compromisos con Roma" [4].

Los romanos se dieron cuenta de que no podían dar tregua a su enemigo si no querían perecer. La conciencia de que no podían derrotar a Aníbal en un combate frontal, los llevó a emplear otra táctica. Se le hizo una guerra de desgaste con el propósito de dejarlo poco a poco sin soldados. Aníbal, que no logró reclutar tropas en Italia central, se retiró hacia el sur y trató de provocar allí un levantamiento general contra Roma. Tiempo perdido, el prestigio de la Loba permaneció firme y el cartaginés no pudo alcanzar su objetivo.

Roma intentó enfrentarlo nuevamente y, con el cónsul C. Terentius Varro a la cabeza de sus tropas, presentó batalla en Cannas, donde Aníbal volvió a triunfar, pero sin poder convertir la derrota romana en desastre. Varro juntó a los fugitivos y rehízo las filas de su ejército.

La batalla de Cannas figura como una de las obras maestras del arte militar. Nos ahorraremos una descripción, que ha hecho Polibio con mano diestra, e indicaremos brevemente sus consecuencias políticas.

[4] Polibio: III, 90 (Hay edición castellana de su *Historia Universal*).

Muchos creen que Aníbal perdió el tiempo al no atacar directamente a Roma luego de Cannas. Otros sostienen que igualmente a lo sucedido en Trasimeno no quedó en condiciones de comenzar un sitio. Sabía bien que los romanos se jugarían enteros en la defensa de la ciudad y que antes de llegar a sus murallas tendría que vencer varios ataques en los que el vigor y el fanatismo romano se emplearían a fondo para detenerlo. Esto provocaría un deterioro que sería imposible reponer con prontitud y asegurar así la victoria. Creyó más prudente esperar y observar si la derrota de Cannas cambiaba la posición de los pueblos aliados a Roma. Mientras tanto pidió refuerzos a Cartago, pues necesitaba reponer hombres y materiales.

Roma, cercada por los soldados de Aníbal, derrotada en Cannas, abandonada por una parte de las ciudades aliadas que jugaron la carta del caudillo cartaginés, pasó una de las situaciones más difíciles de su larga historia. La situación se complicó cuando Aníbal obtuvo el apoyo de Macedonia y las falanges griegas comenzaron a invadir Italia.

Reconozco que los cotejos que suelen hacerse entre Roma y Cartago son bastante triviales cuando no puramente retóricos, pero examinando la situación provocada por Aníbal es difícil resistir la tentación y no correr el riesgo de una comparación. La guerra ha favorecido a Aníbal. Este tiene en su favor las batallas ganadas y el genio militar que los romanos no poseen. La iniciativa bélica, el apoyo macedónico y el de algunas ciudades de Italia son puestas que militan por Aníbal. Por lo demás la lucha se dirime en tierra romana y esto va siempre en perjuicio del dueño del territorio.

Aníbal no cuenta, sin embargo, con el respaldo de su propia nación. Esta ausencia se hará sentir cada día con más fuerza, y en tanto ese apoyo

se haga cada vez más necesario. Roma, en cambio, posee muchos recursos y la fuente inagotable de su tremenda energía patriótica. Como no podía derrotar a Aníbal en un encuentro frontal, aplicó la misma táctica que le había dado tan excelentes resultados al caudillo cartaginés, y abrió contra los púnicos un frente en España y otro en Africa.

LOS ESCIPIONES

La familia Scipio tuvo la gloria de llevar a feliz término la segunda Guerra Púnica y terminar con los triunfos de Aníbal mediante una estrategia hábil y al mismo tiempo encarnizada que tomaron de su adversario.

Publio Cornelio Scipio Africanus fue quien terminó la conquista de la España púnica y que luego de abrir el frente de Africa batió a Aníbal en la batalla de Zama.

Con anterioridad, el padre de este Escipión que llevaba idéntico nombre, y su hermano Gneo, habían retomado Sagunto y mantuvieron en el territorio español el prestigio de las armas romanas gracias a una permanente vigilia guerrera. En ella derrotaron, en sucesivos encuentros, a las tropas cartaginesas apostadas allí y cuya misión era el reclutamiento de soldados para sostener el ejército de Aníbal.

Ambos Escipiones murieron en una emboscada que tendieron los cartagineses por el año 211 a. de J. C. El Senado romano los reemplazó por C. Claudius Nero, el vencedor de la batalla de Metaura.

La carrera de Publio Cornelio Scipio Africanus se inició a raíz de la muerte de su padre y en el preciso momento en que el Senado romano convocó una asamblea para elegir un pro-cónsul que

se encargara de los asuntos españoles. Como nadie se presentó como candidato al cumplimiento de tan difícil misión, un joven de veinticinco años, hijo de uno de los generales muertos en la emboscada, pidió el cargo para sí. Era contra la costumbre, porque el joven Scipio apenas había iniciado el curso de los honores y carecía de la experiencia suficiente para que el Senado le confiara un cargo de tanta importancia. La Asamblea se hizo responsable de la designación y Publio Cornelio Scipio Junior partió para España con el grado de pro-cónsul y todos los poderes que le permitieran emprender las acciones que considerara indispensables.

Scipio se apoderó de Cartagena, base principal de las operaciones bárcidas, y de allí inició con brío una ofensiva total poniendo en práctica lo que había aprendido de su gran adversario. Dice Polibio que antes de llegar al teatro de las operaciones "estudió con gran cuidado la topografía de los sitios que quería atacar, el régimen de los vientos, la amplitud de las mareas y todas las posibilidades que el terreno podía ofrecer a una defensa" [5].

A sus condiciones guerreras y a su buen conocimiento de la ciencia militar de la época, unió el encanto de su juventud, de su generosidad y nobleza. Pronto se granjeó la adhesión entusiasta de cuantos tuvieron la oportunidad de servir y combatir bajo sus órdenes. Esto le facilitó también la difícil tarea de conquistar la simpatía de los españoles, no siempre bien dispuestos para con el dominador romano.

Un primer encuentro con Asdrúbal en los campos de Bailón quedó un poco indeciso y las tropas cartaginesas lograron salir del trance sin grandes pérdidas rehaciéndose rápidamente para volver al

[5] Ibid., III, 57.

ataque en tierras de Andalucía. En una segunda batalla, Scipio los derrotó por completo y tuvo en sus manos el dominio de España. El Senado romano lo convocó a la Urbe y Scipio fue recibido por el pueblo con muestras de grandes esperanzas.

Contra la opinión de los senadores y de su portavoz, Fabio, Scipio sostuvo la tesis de atacar a los cartagineses en Africa. Los viejos se resistieron pero la Asamblea apoyó el pedido y se le concedió el mando de las tropas que enfrentarían a los púnicos en Zama.

La gran batalla final contra Aníbal se produjo en el año 204 y en ella se encontraron al fin los dos más grandes generales de la época: Aníbal y Scipio. Parece que antes de dirimir el pleito por la fuerza los dos jefes tuvieron una entrevista, pero no se llegó a ningún acuerdo.

El combate comenzó mal para los cartagineses, porque Massinisa, jefe númida y poseedor de una intrépida caballería, se pasó al campo romano con todas sus huestes. La fuerte ayuda redobló la audacia de Scipio y le facilitó la realización de una maniobra aprendida de Aníbal y que consistía principalmente en algunos movimientos con tropas montadas.

La victoria de Zama puso fin a la segunda Guerra Púnica. Aníbal y Scipio concertaron una paz que si bien no salvaba a Cartago de las duras condiciones de una franca derrota, garantizaba la existencia de la ciudad.

La oligarquía cartiginesa perdió, en ese largo cotejo bélico, gran parte de sus antiguas virtudes, y el pueblo púnico, que nunca había tenido una clase dirigente noble, se vio de pronto gobernado por un montón de plutócratas que envidiaban más las excelencias de Aníbal y le tenían más miedo que a los romanos. El Senado cartaginés entró en trato con el de Roma y acusó a Aníbal de querer proseguir la guerra sin consi-

derar sus intereses ni sus opiniones. El resultado fue un canje miserable por el cual Cartago obtenía una precaria paz a cambio de la cabeza de su gran caudillo.

Aníbal no era hombre de entregar su vida sin resistencia. Se refugió en Grecia, en donde se convirtió en una suerte de asesor militar del rey Antioco. Cuando los romanos derrotaron a Antioco, Aníbal buscó refugio en Creta y luego en Bitinia. Rodeado en todas partes por sus implacables enemigos se dio muerte ingiriendo un fuerte veneno. Dice la leyenda que antes de morir habría dicho: "Devolvamos la tranquilidad a los romanos, dado que no tienen la paciencia de esperar la muerte de un viejo como yo".

ESTADO ESPIRITUAL DE ROMA DURANTE LAS GUERRAS PUNICAS

La descripción de los principales sucesos que jalonan las luchas entre cartagineses y romanos dan una versión demasiado apolínea de los hechos. Decisiones militares tomadas con clara inteligencia de los objetivos propuestos, una diplomacia llevada a buen término con astucia y refinamiento, medidas financieras y comerciales precisas y perfectamente controladas, estrategia, táctica, espionaje, juego de rumores, etc., todo esto habla en el claro mediodía de un lenguaje racional y perfectamente comprensible para todos.

¿Fue todo así? ¿O detrás de esta fachada de factura geométrica se ocultaba un espíritu más primitivo y movido por los oscuros daimones de la religión antigua?

Grimal advierte, en su monografía sobre el tiempo de los Escipiones, acerca de la existencia de

un fondo tenebroso de sacrificios y expiaciones que hablan muy alto en torno de un montón de fuerzas oscuras en franca contradicción con el cuadro de racionalidad militar que hemos descripto.

Hasta las Guerras Púnicas la República romana se movió en un ámbito cultural de intereses que podemos llamar helenísticos. Probablemente el crecimiento espiritual de Roma hubiere seguido esta línea de desarrollo si los acontecimientos suscitados por las Guerras Púnicas, especialmente por la segunda, no hubiesen removido un fondo mucho más antiguo sacando a la luz las misteriosas energías de sus tradiciones seculares.

"Roma percibió que el mundo griego había sido el espectador, a menudo malevolente, de su lucha. Sus ejércitos hollaron tierras griegas, sus diplomáticos tomaron contacto con los reinos orientales y concertaron alianzas y complicidades. Toda su política se levantó al nivel del helenismo y la invadió el sentimiento de su propia superioridad, especialmente cuando pensó que Aníbal, formado en la escuela de la estrategia griega, no pudo acabar con la obstinación de los países latinos..." [6].

Este retorno sobre sí misma la llevó a buscar en sus creencias ancestrales el vigor espiritual que necesitaba para restaurar su seguridad y lograr el triunfo sobre el enemigo. "Ya con sacrificios expiatorios de carácter brutal y arcaico, o bien con el desarrollo de géneros poéticos como el teatro y la epopeya —fenómenos que en aparien cia son independientes los unos de los otros, y aun contradictorios, pero todos tienden a probar que Roma, bajo la presión del peligro extremo, está en camino de tomar una nueva conciencia de eso que ella es y de conquistar un lugar origi-

[6] GRIMAL, Pierre: *Le siécle des Scipions,* Aubier, Paris, 1953, pág. 57.

nal en la espiritualidad del mundo mediterráneo" [7].

La derrota de Roma en la batalla de Cannas fue motivo para un reencuentro sobrenatural con los viejos misterios de la raza. Se buscó la causa religiosa del desastre y se trató de reconquistar la benevolencia de los dioses ofendidos con un sacrificio terrible. Dos vírgenes destinadas a conservar el fuego sagrado de la ciudad habían cometido el sacrilegio de abandonarse en los brazos de un amor culpable. Una de ellas se suicidó y la otra fue sepultada viva en una cueva. Su seductor recibió de la mano del sumo pontífice una paliza ritual que le costó la vida.

Para aplacar la irritación de los dioses y purgar el crimen se recurrió al sacrificio de seres humanos. Un galo y una gala, un griego y una griega, fueron ofrecidos a los daimones para que su cólera cayera sobre los pueblos a que pertenecían ambas parejas.

Paralelamente a estas medidas religiosas, de probable procedencia etrusca, afirma Grimal que se envió una embajada a Delfos para obtener del viejo oráculo helénico un consejo y una seguridad de protección.

"Roma no podía renunciar totalmente a esta parte importante de sus tradiciones, aquellas que había contraído en su relación tan positiva con el helenismo" [8].

Añade que esta vinculación religiosa con Delfos era también de origen etrusco, de manera que el recurso al santuario debe tomarse como un salto atrás en la línea de sus relaciones culturales con Grecia.

La religión romana, además de sus fuentes etruscas, tenía otras que se pierden en los orígenes de los pueblos latinos. En el año 217 se de-

[7] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 70.
[8] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 71.

claró una primavera santa, sacrificio cruento que consistía en el holocausto de todos los hijos varones nacidos en ese año. Para evitar el dolor de ese antiguo rito, se lo reemplazó por el destierro de todos esos niños cuando alcanzaran la edad en que podían abandonar la ciudad. Ese mismo año el dictador Fabio erigió en el Capitolio un altar al dios Mens, representación divina de la inteligencia, que tanta falta hacía para poder combatir la sagacidad de Aníbal.

Los dioses eran convocados, como en los ciclos troyanos, para engrosar las filas de los soldados y proteger con fuerzas sobrenaturales a aquellos que merecían sus favores por la piedad demostrada. Pero a la inversa de lo que sucedía en Homero, las fuerzas llamadas en ayuda por los romanos pertenecían a un mundo religioso mucho más primario y antiguo que aquél de la aristocracia olímpica.

La faz nocturna de la Roma demoníaca se revela en la crueldad de los sacrificios expiatorios. Si existió en Roma una inclinación manifiesta por la serenidad apolínea del racionalismo griego, las Guerras Púnicas, en el lapso de su duración, la hicieron abandonar como a una tentación peligrosa. Suponía un espejismo paralizador ante los griegos que armaban los brazos de los enemigos de Roma.

"Así las más graves innovaciones religiosas se explican, en última instancia, no por el auge de un cosmopolitismo —imposible en esos años de acoso militar y moral— ni por el aturdimiento de los romanos. Roma estuvo lejos de abandonarse a la desesperación y perder la fe en su misión y en su destino. Fue por el surgir de una conciencia más aguda de su personalidad nacional y racial. El movimiento espiritual comenzado por la obra de Livio Andrónico, el advenimiento de la conciencia itálica en Roma se continúa y se acentúa. Solamente que

el cuadro se amplía y la patria latina tiende a convertirse en única beneficiaria" [9].

LA TERCERA GUERRA PUNICA

La última etapa de la guerra contra Cartago no se inició inmediatamente a la derrota de Zama. Es probable que la astuta oligarquía cartaginesa haya pensado que la entrega de su general a los romanos era algo absolutamente necesario para asegurar la paz al resto de la república.

La sociedad púnica había cambiado mucho durante la guerra. Massinisa se había convertido en un rey y quería gobernar Numidia sin la protección de Cartago. Protección que la derrota sufrida hacía bastante ilusoria. Roma seguía los pasos de la ciudad fenicia sin bajar la guardia bajo ningún pretexto.

Cartago restableció, en alguna medida, su comercio y, dentro del mutismo aconsejado por las circunstancias, se reservó para el futuro una perspectiva mejor. No podía dejar de pensar que la suerte de Roma, como sucedió con la suya propia, conocería también un ocaso. Mientras tanto se limitaba a observar, desde sus azoteas, la lucha que la Loba había emprendido en Macedonia.

Roma leía estos pensamientos en los rostros poco francos de estos insidiosos adversarios y trató, de acuerdo con los medios a su alcance, de que los cartagineses no prosperaran demasiado. La desconfianza y el temor creció a uno y otro lado del Mediterráneo. Roma creyó oportuno apoyar las pretensiones de Massinisa y se declaró partidaria de un estado numida independiente y aun capaz, si la historia lo ayudaba, de incorporar a Cartago bajo su corona.

[9] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 76-77.

Antes de terminar la segunda Guerra Púnica los romanos debieron intervenir en Macedonia e infligieron a la patria de Alejandro dos desastres navales de gran importancia política: Egina, en 210, y Lemos, en 208. A estas operaciones sucedieron sendas medidas sobre tierras griegas que pudieran asegurar el éxito. En 205 el rey de Macedonia, Filipo, como el padre de Alejandro, concertó una paz con la Urbe que permitió a ésta atender mejor sus asuntos pendientes con Cartago.

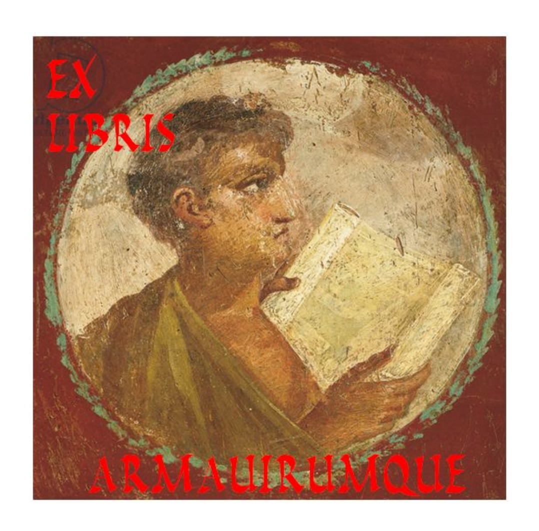
Cartago, en 151 a. de J. C., cansada de las pretensiones cada día más apremiantes de los numidas, sin pedir la debida autorización a Roma, se armó contra ellos y se aprestó para el combate. Los romanos acudieron con presteza en apoyo del aliado numida e impusieron a los cartagineses condiciones de paz tan duras y brutales que éstos no tuvieron más remedio que luchar contra los romanos.

La ciudad se aprestó para la defensa y se armó como pudo para ofrecer una resistencia feroz que contrastaba notablemente con los hábitos pacíficos y más bien voluptuosos de sus habitantes. La dureza romana fue la autora de ese milagro y Publio Cornelio Scipio Emiliano debió someter la ciudad a un sitio implacable antes de entrar en ella como triunfador. Tres años duró la agonía de Cartago y, finalmente vencida, lo que quedó de su población fue vendida como esclava.

No es una de las páginas más nobles de la historia de Roma, pero sí aquella que habla con más elocuencia de su inclinación implacable a arreglar sus asuntos bélicos de un modo definitivo.

"Escipión Emiliano dejó sus tropas para saquear libremente la ciudad entre los humeantes escombros, luego procedió a la distribución del botín y envió el navío más rápido de su flota para avisar a Roma de la victoria. El viejo Catón había muerto sin ver la realización de su más

ardiente deseo, pero su sombra debió temblar de satisfacción en ese mundo subterráneo donde todavía debía animarlo su odio implacable. Roma podía respirar tranquila, las vergonzosas derrotas que le había infligido Aníbal estaban vengadas" [10].



[10] Brisson, Jean Paul: o. c., pág. 372.

V

EL OCASO DE LA REPUBLICA ROMANA

LAS PROVINCIAS

Polibio fue griego. Conviene tener presente este hecho cuando se convoca su testimonio en el proceso histórico de Roma. La Loba fue para él un estado ciudad y buscó la explicación de su éxito, antes que en cualquier otra parte, en la reciedumbre de su constitución política. Como buen discípulo de Aristóteles alabó la distribución de sus clases y el papel principal que le tocó jugar a los ciudadanos de mediana situación. Fue un orden jurídico que tendía al armónico equilibrio de todas las fuerzas republicanas.

Cuando Polibio estuvo en Roma y permaneció en esa ciudad como prisionero de guerra, la República del Tíber, aunque todavía llena de recursos y vitalidad, entraba en el interregno crítico del que el general historiador no pudo dar cuenta y razón, si es que efectivamente percibió la peligrosa hondura de la situación.

La ley, como norma que ajusta y regula las pasiones de los hombres introduciendo en sus entrecambios la gracia y el equilibrio, nace de una visión apolínea del orden político. Los griegos no

habían renunciado a ella y aunque sacudidos por todos los vientos de la violencia que entró en sus naciones luego de la epopeya alejandrina, seguían creyendo que la ciudad estado era el ámbito cabal donde se podía desarrollar en su plenitud la vida del hombre.

Los romanos nacieron con otra disposición espiritual y la ley significó para ellos, más que una "regula mores", una concesión para adecuar sus derechos, una garantía de su efectividad. Por esa razón la ley venía siempre impuesta por los hechos que ella tendía a hacer ingresar en el orden de eso que podemos llamar, provisoriamente, la "pax romana".

La conquista de la cuenca del Mediterráneo trajo consigo una serie de transformaciones políticas y sociales que hicieron de la vieja constitución republicana un instrumento inadecuado para dar solución a los problemas que diariamente presentaba la realidad. Los romanos los fueron resolviendo como pudieron y en la medida que debieron enfrentarlos, sin que nunca cayeran en la tentación de preverlos en el esquema "a priori" de ua regimentación ideológica.

Los conflictos sociales nacidos en el calor de la conquista no tuvieron nunca la dureza dialéctica que le presta, muchas veces, la interpelación marxista. Individuales o colectivos, simples o complejos, fueron siempre tensiones de poder y de fuerza que auspiciaron soluciones en las que se los reconocía o rechazaba, sin pretender introducir en el resultado ningún condimento de justicia ideal.

Sabemos que la quimera no fue el fuerte de los romanos. Tuvieron confianza en la resolución por la espada, pero nunca creyeron que ese instrumento pudiera ser la clave de un dominio verdadero. La ley tenía que venir a transformar la dura imposición del hecho con una situación conforme a las exigencias de la vida en común.

Cuando se trató de organizar el estatuto de las provincias conquistadas, se analizaron las reales condiciones en que la conquista había sido hecha y se tuvo en cuenta la índole particular de la relación que ese territorio tuvo con Roma. Muchos de los nuevos estados vasallos pudieron ser incorporados sin grandes inconvenientes. La confederación romana los admitía en calidad de súbditos sometidos a la ley militar —"foedus aequum"— y para esa ocasión se usaba designar un magistrado especial, con una jerarquía dentro del ejército y dotado de los instrumentos que hicieran falta para el ejercicio de sus funciones.

Los mandatos militares extraordinarios y las prórrogas sucesivas de los mismos serán una exigencia de gobierno impuesta por la extensión del dominio y que al fin incidirán negativamente en la suerte del régimen republicano. Esas magistraturas, nacidas en las duras necesidades de la guerra, tenían implícitos muchos elementos de gobierno personal para que no suscitaran en los elegidos el deseo de imponer en Roma los criterios que tan buen resultado daban en las provincias sometidas. La solución imperial es un hecho político que surgió de los territorios conquistados y que se volcó más tarde sobre la misma Urbe como una lógica gravitación de ese inmenso cuerpo.

La relación de Roma con los países dominados tiene dos momentos. En una primera fase la ciudad capital intenta, sin salir del marco republicano, dar una solución adecuada a sus extensas posesiones. Los partidos políticos, de factura puramente económica, juegan en esa oportunidad el papel de factores negativos. Trenzados en lucha sin cuartel hacen imposible la solución al problema. Sus intereses sectoriales convierten el gobierno de las provincias en un saqueo permanente y en una lucha feroz por ver quién roba más. Las tentativas de Tiberio y Cayo Graco, la de Livio Druso, como las

de Mario y Sila, ilustran con sus sangrientos episodios el desarrollo de este primer momento.

La segunda fase se incoa en la primera y nace de los instrumentos creados por Roma para sostener la organización imperial. Se puede decir, con más rigor, que es el Imperio mismo, en la persona de sus hombres representativos quien impone a Roma el régimen que debe trocar el saqueo en un gobierno.

Mario y Sila fueron hombres del Imperio y en sus respectivas gestiones políticas intervinieron, ya como jefes de facciones ciudadanas o bien como generales a la cabeza de sus legiones profesionales. No impusieron la monarquía porque no tuvieron el genio para hacerlo o porque fueron impedidos por sus compromisos partidarios. Puede ser también que Roma no había sufrido lo suficiente, a causa de las guerras civiles, para renunciar a sus vicios constitucionales.

Antes de examinar la primera fase de este proceso político, conviene decir algo más acerca de las formas de dominio que Roma adoptó en sus provincias. El empirismo práctico de los romanos fue el mejor elemento de éxito. Los países que habían estado bajo el dominio de Cartago pasaron al de Roma sin que aparecieran cambios muy notables en sus relaciones con ambos poderes. El gobernador de la ciudad y el ejército a sus órdenes fueron romanos. Hubo también un pretor y un cuestor encargados de cobrar los tributos que en parte eran usados para mantener el aparato local de gobierno y en parte pasaban a integrar el tesoro de Roma.

Merced al cobro de este tributo la ciudad capital sostuvo sus fuerzas armadas sin ceder a la costumbre griega de hacerlo en nombre de una confederación. Esto explica que la situación jurídica de los estados vasallos no fuera la de aliados, sino la de súbditos.

"Concepción extraña a las ideas dominantes en las ciudades greco-itálicas y adquirida, probablemente, en las dinastías macedónicas de Oriente", escribe Rostovtzeff [1].

La explicación de esta política, en la relación concreta con España, nació por el hecho de haber sido la península ibérica una posesión particular de los Barca. La cosa se complicó cuando se trató de imponer un estatuto a las ciudades de tradición helénica. Eran pueblos cultos, muchos de ellos autónomos y con un nivel de cultura que Roma admiraba.

Algunos de estos estados fueron sumados al dominio romano en calidad de aliados, pero sin marina ni ejército propios. Otros, todavía mejor apreciados, fueron incorporados en la misma situación que las ciudades de Italia. Los hubo también —el caso de Siracusa— que vieron reemplazada su tiranía local por un gobernante dependiente de Roma, pero que hizo modificaciones en el régimen legal de la ciudad.

El resto de Sicilia fue ordenado de acuerdo con la jurisprudencia asentada en Siracusa. De esta manera Roma mantenía sus vasallos en una red de potestades e intereses muy complicada y al mismo tiempo muy dúctil. Nunca sacrificó la variedad de las situaciones al gusto de la uniformidad impuesta por el espíritu racionalista.

Los romanos se encontraron en el mundo helénico luego de haber aceptado gran parte de sus presupuestos intelectuales. Esto los hizo obrar con discreción y gobernar a esos pueblos sin aplastar bajo el peso de una potestad extraña las costumbres vernáculas.

Roma respetó siempre las tradiciones y hasta en época de mayor escepticismo tuvo con respecto a las creencias de sus súbditos un cauteloso cuidado,

1 Rostovtzeff, M.: *Rome;* Oxford University Press, 1960.

que expresaba al mismo tiempo estima de la fe ajena y temor a los dioses, cualesquiera fuera su procedencia.

Reconocían a la vida una clara primacía sobre la obra exclusiva de la razón. No creyeron bueno ni conveniente entrar a saco en los sentimientos religiosos bajo el pretexto de que podían ser poco razonables o simplemente oscuros y salvajes. Si alguna vez se metieron a censurar una práctica religiosa, lo hicieron para defender otras aceptadas por todos, o para evitar se pecara contra la vida, el decoro o la salud mental. Su choque contra el cristianismo se hizo en nombre de la tolerancia y bajo la acusación de su exclusivismo. El culto monoteísta era de un Dios único y los romanos no podían admitir que se vaciaran sus altares en beneficio de ese solo Dios.

Los pueblos que constituyeron el Imperio Romano no estaban ligados a la ciudad capital de acuerdo con un esquema jurídico simple. Existía una red muy compleja de alianzas, vasallajes, asociaciones y subordinaciones que solamente la mente práctica, al mismo tiempo sutil y memoriosa del romano, podía comprender y reconocer en sus mil detalles.

Cuando terminó la tercera Guerra Púnica, Cartago fue también anexada a la República Romana y se convirtió en la ciudad cabeza de la provincia de Africa. Las situaciones claras y distintas forman parte del lado soleado de las relaciones de Roma con los pueblos vencidos. Existe también un costado oscuro, sombrío, y éste fue acentuándose en la medida que el poder y las tentaciones alimentadas por las riquezas a disposición de los magistrados fueron corrompiendo cada vez más la moral de los hombres públicos. Catón ha sido siempre un ejemplo demasiado chillón para que no sospechemos que se consideraba a sí mismo como una suerte de milagro moral. Sus conatos reaccionarios y la insta-

lación a gritos de sus pregonadas virtudes hace pensar que se trataba de un artículo de lujo, de una excepción y no de un caso habitual.

El gobierno de las provincias, en especial de aquellas que pertenecían al pueblo romano —"praedio populi romani"—, era una función extraordinariamente lucrativa. Los funcionarios encargados de su administración hallaron en sus tareas la manera más cómoda de hacer fortuna y como la pobreza, más que una prueba de santidad, era considerada un oprobio, no tenían ningún escrúpulo en volver llenos de oro, aunque hubiesen partido sin un cobre. Las provincias griegas, que tenían una larga veteranía administrativa, se protegieron mejor de estos abusos. Apelaban con frecuencia ante el Senado romano y armaban tal escándalo que sus quejas fueron muchas veces oídas, especialmente si coincidían con los agravios políticos que el Senado podía tener contra esos gobernadores.

En las provincias alejadas, y con poca aptitud para las querellas litigiosas, las reclamaciones se perdían en las sordas orejas de los administradores y nunca llegaban a donde podían ser recogidas con fruto. Conviene recordar estas circunstancias para comprender mejor los sucesos que llevaron la República a su ocaso.

LOS GRACOS Y LA SOLUCION AGRARIA

Ferrero atribuye los primeros triunfos de Roma a un factor esencialmente moral: la austeridad de la clase dirigente. La explicación, si se mira todo el curso de la historia romana, es un poco corta. Sin merma para su prestigio y sin ningún abandono en la vía ancha de los triunfos, Roma, después de las Guerras Púnicas y la conquista de Macedonia, formó una clase dirigente mucho más culta que el viejo patriciado semirrural y, por supuesto,

mucho menos severa en todo cuanto respecta a las costumbres, sin ser, por ello, menos agresiva y eficaz.

Se ha dicho que Grecia conquistada conquistó a sus orgullosos conquistadores y les impuso un modo de vida y un gusto por los refinamientos que estaba muy lejos de la sencillez tan vigorosamente propagada por el viejo Catón el Censor.

"I primi trenta anni del secolo secondo avanti Cristo —escribe Guglielmo Ferrero— furono per l'Italia una di quelle etá felici, in qui anche qui comincia con poco capitale puo far fortuna, perché il tenor di vita, i desideri, l'industria, il comercio, le idee, l'audacia, tutto insomma ingrandisce rapidamente e insieme" [2].

Los males correspondientes a esta situación no tardarán en nacer. No había terminado el siglo II a. de J. C. cuando los desmanes de la nueva oligarquía, su codicia desatada y su sentido puramente crematístico de la conquista produjeron su inexorable consecuencia: la pauperización de los ciudadanos comunes, el abandono de los predios solariegos, la imposibilidad de competir con las explotaciones agrícolas en gran escala que se hacían con esclavos y sobre las tierras públicas.

El problema preocupó a los romanos: ¿Cómo se podía obrar para que esta situación no destruyera la República? La medida aparentemente más sensata era el restablecimiento de la clase media agrícola. Una mirada retrospectiva a las pasadas glorias bastaba para atribuir a este estamento todas las virtudes heroicas y los bienes merecidos por la ciudad.

Puestos ante el signo manifiesto de la decadencia, los ojos se volvían por sí solos al pasado y buscaban solución en las lecciones de la historia.

[2] Ferrero, Guglielmo: *Grandezza e decadenza di Roma*, Fratelli Treves, Milano, 1907, t. I (Hay traducción castellana, prácticamente inhallable en librerías).

Expediente fácil, ilusorio e ingenuo. Los hermanos Tiberio y Cayo Graco fueron los encargados de proponerlo a la consideración del pueblo y de la clase senatorial. Como promotores fueron también los primeros en recoger la amarga cosecha de esta falsa solución.

Bloch decía que si toda la aristocracia hubiera pensado de la misma manera que los Gracos y no se hubiere arredrado ante los necesarios sacrificios, la duración y vitalidad de la República aristocrática habría podido prolongarse por algunos siglos más.

No obstante, añadía a continuación, volviendo por los fueros de su esquema marxista, que ese idealismo solamente se puede encontrar en algunos individuos. La *clase* no puede renunciar nunca a sus intereses y privilegios.

Esta entelequia sociológica que se llama la clase asume la responsabilidad de haber desoído la voz de sus mejores representantes. La profecía de Bloch tiene el encanto de una admonición llena de nostalgia, lo que la hace también un poco innecesaria. Nunca sobremos lo que pudiera haber sucedido de tener éxito la tentativa de los Gracos. Tal vez no se pueda decir con absoluta certeza que era un plan descabellado, pero existe la seguridad de que muchos factores reales se oponían a su realización y la famosa solución agraria tenía la desgracia de no ser francamente aceptada ni por sus posibles beneficiarios, sin hablar, por supuesto, de quienes la distribución del "ager publicus" lastimaba en sus intereses.

Para los primeros se trata de volver a la gleba, a la mansera y a la pala. No solamente de gozar de una propiedad trabajada por otros, sino de labrar uno mismo la heredad. Esta perspeciva bucólica no entusiasmaba demasiado a los hombres que se habían acostumbrado a vivir en la ciudad.

Pese a todos mis esfuerzos por hallar en Tiberio Graco algunos rasgos de inteligencia política, no

logro alejar de mi mente la imagen de un "mediocrón" solemne e infatuado con sus recetas de moralina agrícola. Sin duda sabía hablar bien y, como manejaba con facilidad los temas que agradan a la gente del pueblo, fue escuchado con pasión.

"Los animales feroces —decía— tienen su guarida, su lecho, su escondrijo, en cambio los ciudadanos que combaten y mueren por Roma nada poseen a no ser el aire y la luz del sol. Se los ve vagando, sin casa ni hogar, con sus mujeres y sus hijos.. Cuando nuestros generales en el fragor de la batalla exhortan a los soldados a defender los templos y las tumbas familiares contra el enemigo, no se preguntan si queda alguno de esos romanos dueños todavía del altar sagrado donde reposan sus mayores. Estos así llamados dueños del mundo no son dueños ni de una mota de tierra donde puedan ser enterrados y honrados por los suyos. Combaten y mueren por el lujo y la riqueza ajena."

El plan de reforma agraria propuesto por Tiberio Graco fue concebido con anterioridad por Cayo Lelio, quien, en 140 a. de J. C., lo había presentado ante el Senado para que fuese considerado por los padres de la ciudad. El proyecto no pasó de allí, hasta que en 134 a Tiberio se le ocurrió la idea de hacerlo votar directamente por la asamblea del pueblo sin pasar vista al Senado. Era, como escribe Adcock, un reto a las costumbres". La situación empeoró cuando el otro tribuno, en ejercicio de sus funciones, Octavio, vetó la proposición de Tiberio.

El mayor de los Gracos carecía de esa prudencia que asegura una larga vida y, como tal vez amaba más la fama que la existencia, "invocó al pueblo contra su colega de tribunado y lo hizo deponer por el voto de la plebe" [3].

[3] Adcock, F. E.: *Las ideas y la política de Roma*, I.E.P., Caracas, 1960.

Era un nuevo desafío a la costumbre, además al Senado, a la constitución y al simple buen sentido. Todos cuantos conservaban un adarme de cordura política lo abandonaron y se encontró solo en lucha contra la oligarquía cogobernante.

Durante el tiempo de duración de su mandato tribunicio estuvo amparado por el carácter sagrado de su magistratura. Cuando venció su tiempo trató de hacerse reelegir, pero fue derrotado por sus opositores y quedó así, sin defensa, frente a los puñales del enemigo.

Adcock hace suya la opinión de Last, quien atribuye a los constitucionalistas haber impedido la reelección de Tiberio y haberlo librado así a un injusto crimen. Con la muerte de Tiberio se inauguró en Roma la costumbre nefanda de eliminar por el asesinato a los opositores más notables.

La ley agraria no fue derogada, pero su vigencia se limitó a resultados muy pobres por la oposición que halló entre los explotadores del "ager publicus" y el poco entusiasmo que tuvo el proletariado urbano para reclamar la posesión de sus predios.

Diez años después de la muerte de Tiberio, en el año 124 a. de J. C., fue elegido tribuno de la plebe su hermano Cayo Graco. Heredero de las inquietudes de su mayoral resucitó el expediente que había sido archivado y en parte por vengar la muerte de Tiberio y rescatar su memoria del olvido y en no pequeña parte por satisfacer sus propias convicciones, inició una ruidosa campaña para que la ley sobre el "ager publicus" renaciera de sus cenizas. Más hábil que Tiberio, tomó una serie de medidas políticas para respaldar sus propósitos.

En primer lugar trató de contrapesar la influencia del Senado captándose el apoyo de la clase de los caballeros —"equites"— mediante unas concesiones oportunas establecidas en una ley que llamó judiciaria. Esta medida legal creaba en beneficio de la clase "equestre" el monopolio de los tribu-

nales que entendían todo lo concerniente a los delitos cometidos en provincia. Esto significaba poner en manos de los financieros y capitalistas más recientes una poderosa palanca de poder que hasta ese momento manejaba la antigua oligarquía senatorial.

No conforme con otorgarles este privilegio, Cayo les hizo conceder las adjudicaciones por cobros de impuestos. Regalo magnífico –opina León Homo– que el segundo de los Gracos ofrecía a los caballeros para sumarlos a su causa.

Ambas leyes fueron reforzadas con otras dos que tendían a asegurarle el apoyo de una clientela más amplia y popular: la ley frumentaria y la colonial. Una quinta ley concedía la ciudadanía romana a todos los habitantes de Italia.

Cayo creyó tener a sus enemigos en las manos, pero el orden senatorial no dormía. Su larga experiencia política le permitió comprender que la mejor medida para combatir el prestigio del joven tribuno era entrar con él en una competencia demagógica. Comisionó a otro tribuno del pueblo, Livio Druso, para que aumentara el tenor de los ofrecimientos hechos por Cayo al pueblo sin miedo a las exageraciones. El pueblo tragó el anzuelo y la popularidad de Cayo fue reemplazada por la de Druso.

La facción oligárquica no se contentó con esta derrota impuesta a Cayo y buscó por todos los medios la ocasión para librarse de él. Acusado de haber instigado la muerte de los lictores de Opimio fue perseguido y asesinado.

"Como su hermano Tiberio, caía víctima de las ideas políticas que había defendido y de los procedimientos revolucionarios que había empleado para asegurar su éxito. La ley agraria, herida en su persona, pero esta vez de muerte, no tardó en seguirlo a la tumba" [4].

[4] Homo, León: *Nueva historia de Roma;* Iberia, Barcelona, 1949, pág. 152/3.

Mario encarnó la nueva clase que entró en lucha contra la aristocracia senatorial y fundó el movimiento que llevaría a Roma hasta la solución monárquica de César y Augusto.

De origen oscuro, se desconocía su apellido gentilicio, no tuvo otra instrucción que aquella recibida en el ejercicio de las armas. Ignoraba el griego, pero lejos de sentirse disminuido ante quienes lo sabían, tuvo para con ellos un jocoso desdén. No entendió nunca por qué razón un buen romano perdía el tiempo aprendiendo el idioma de sus esclavos.

Designado legado en la guerra que llevó el general Metelo contra Yugurta, Mario conquistó una popularidad poco común e inició desde las filas una campaña para hacerse elegir cónsul. Los soldados todavía pertenecían al viejo ejército cívico y como la mayor parte de ellos tenían familiares en Roma, iniciaron una propaganda epistolar entre sus parientes para apoyar la candidatura de Mario.

"Conduciéndose en todo de esta manera, Mario se hizo popular entre los soldados —escribía Plutarco—. Pronto llenó el Africa y la misma Roma con su fama y con su nombre, porque los del ejército escribían a los suyos que no se vería el término de la guerra con Yugurta hasta que Mario no fuere elegido cónsul" [5].

Estas intrigas y otras no menos astutas que los historiadores cargan a su cuenta hicieron de Mario un cónsul y con él se formó en Roma el partido democrático.

Una de las promesas que había asegurado su elección fue la de concluir la guerra con Yugurta que Metelo arrastraba de manera lamentable y, lo que es peor, sospechosa. Mario cónsul se hizo cargo

[5] PLUTARCO: Cayo Mario, XII.

del ejército y dio cuenta del jefe numida en un par de golpes felices que tuvieron la virtud de consolidar su prestigio. Inmediatamente después se dio a la faena de convertir el ejército cívico en un ejército profesional, incorporando en sus filas a un proletariado que reclutó en cualquier parte y que halló en la situación de soldado un aliciente para conseguir un lugar en el mundo. Al cambiar la modalidad del reclutamiento hizo del ejército un instrumento que desde ese momento estaría al servicio de los generales felices.

Lucio Sila, cuestor de Mario y uno de los héroes en la guerra contra Yugurta, concentró pronto la mirada de la clase senatorial, que veía en él a un seguro albacea capaz de librarla de la presión populista de Mario. Sila era un joven aristócrata que hasta poco antes de entrar en el ejército había llevado en Roma una vida de señorito disipado. En el ejército demostró que era digno de sus antepasados y muy capaz de convertirse en un auténtico jefe de guerra.

Durante su primer consulado, Mario debió atender numerosos peligros que amenazaban las fronteras del Imperio, especialmente aquellas que lindaban con las poblaciones germánicas. Mario dio a la República la seguridad que ésta esperaba y la ciudadanía se acostumbró a depender de la espada de un buen soldado.

Fue el peligro ante las depredaciones cometidas por los cimbros la que llevó a los romanos a elegir a Mario por segunda vez cónsul, contrariando "la ley que no permitía elegir ausentes, y contra aquella que prohibía una reelección inmediata" [6].

Reelecciones ilegales recayeron sobre Mario en varias oportunidades, de tal modo que las prórrogas sucesivas de sus mandatos consulares convirtió su gobierno en una suerte de monarquía electiva

[6] Ibid. Cayo Mario, XII.

impuesta por la necesidad de la guerra y que, por supuesto, ignoraba hipócritamente su nombre.

Era Mario cónsul cuando estalló la guerra de Italia cuyo punto de partida fue en un pueblo de los Abruzzos, pero que muy pronto se extendió por todo el centro de la Península. El resto de los italianos se mantuvo en una expectativa ansiosa y con la secreta esperanza de que Roma sufriera una seria derrota para entrar en la contienda.

El Senado, una vez más, dio muestra de su gran pericia diplomática y aseguró, en primer lugar, la adhesión de algunos pueblos indecisos. Luego pasó a considerar la situación de las ciudades que se sometieron con facilidad y realzó su alianza con algunos privilegios. Las más recalcitrantes sufrieron, frente a los generales romanos, una prolija derrota que las dejó en la imposibilidad de hacer más daño a la República.

Mario aprovechó el triunfo para proceder con generosidad con los vencidos y aseguró para su partido el reclutamiento de una amplia clientela itálica.

La figura de Sila había crecido peligrosamente y ya se proyectaba como una sombra amenazadora sobre el prestigio de Mario. Este se hacía viejo y su gusto por la demagogia lo había llevado a hacer concesiones demasiado grandes a sus caudillos populares, quienes, como es de uso, abusaban de sus poderes. La clase senatorial complotaba para sustituirlo y el pueblo mismo lo veía como a una figura en decadencia.

Los conflictos internos de la Urbe, las intrigas de sus enemigos y los desatinos de sus lugartenientes superaron la autoridad de Mario y minaron la poca energía que le quedaba. Se dice que para ese tiempo había perdido el sueño.

Sila, vencedor de Mitrídates, fue llamado por el Senado para que pusiera fin a las inquietudes de Roma, amenazada por la ira y el temor senil del

anciano Mario. La entrada de Sila en Roma a la cabeza de sus tropas y el suicidio de Mario puso fin a esta primera etapa del movimiento popular. Sila asumió la dictadura y prolongó su mandato durante diez años en los cuales trató de devolver al Senado su majestad y sus prerrogativas.

LA DICTADURA DE SILA

Lucio Cornelio Sila ilustra una situación política muy especial en la historia de Roma y un talante humano difícil de comprender para quien ve los grandes hombres bajo los rasgos que la posteridad fabrica para ellos. Plutarco, muy prolijo en la recopilación de anécdotas, nos presenta un hombre muy rico en disposiciones y aptitudes y, al mismo tiempo, lo bastante complicado para que no llame la atención del lector el monstruo que va emergiendo poco a poco de esa excelente naturaleza. Descendiente pobre de una familia aristocrática, pasó su mocedad en diversiones viciosas viviendo a expensas de algunas cortesanas enamoradas de su juvenil belleza y su audacia descarada. Esta doble vertiente de voluptuosidad y arrogancia, de coraje y disipación, explica la tenacidad demostrada en sus años de soldado, su resistencia sobrehumana para superar las fatigas de la guerra y la viciosa frecuentación de la canalla romana en sus momentos de abandono.

Las malas lenguas de la Urbe dijeron siempre que debió su fortuna, bastante grande, a una herencia que le dejó una de sus amantes llamada Nicopolis. El anecdotario de Sila es enorme y su extensión no guarda proporción con la inseguridad de las fuentes de donde emana. Una cosa es segura: que recibió una cierta cantidad de dinero de procedencia no familiar y esto no tenía nada que ver con hábitos de trabajo y gusto por el ahorro. Ese dinero le permitió iniciar su carrera política y co-

sechar alguna popularidad por la generosidad con que manejaba los bienes, fueran privados o públicos.

Nombrado cuestor en el ejército de Mario, intervino activamente en la captura de Yugurta con una espectacular operación de comando. Mario no desconfió inmediatamente de él y lo mantuvo como a uno de sus lugartenientes en las guerras contra los cimbros y los teutones. Cuando en el 99 a. de J. C. volvió a Roma, tenía conquistada fama de buen soldado y podía continuar con decoro el curso de los honores, pero en lugar de velar por su prestigio y seguir el camino de la buena fama preparado por el rumor público, sostiene su leyenda que pasó cuatro años alternando con prostitutas y gladiadores, como para probar su versatilidad amatoria y su versación en todos los vicios del repertorio griego.

Su genio chancero, su buen gusto literario, su educación artística y sus conocimientos del mundo alegre hicieron de él un candidato insustituible para la magistratura de edil, a cuyo cargo corrían todas las fiestas de la ciudad. Ya edil puso toda su fantasía al servicio de los espectáculos públicos y conquistó en esas faenas a muchos ciudadanos de Roma.

Luego de edil, pretor. El "curriculum" lo exigía y también la necesidad de componer un poco la fortuna comprometida en el edilato. La guerra de Capadocia le permitió llenarse de oro y con él pagó generosamente las deudas contraídas y todavía le quedó dinero para mantener en Roma un partido a su servicio.

Es curioso advertir —esto ofrece un nuevo aspecto de la personalidad de Sila— que este campeón de los derechos aristocráticos no sentía por las personas de su medio social ningún respeto. Tampoco manifestó inclinaciones especiales por la plebe y así como despreció sus conquistas sociales, no tuvo

ningún escrúpulo en usar su influencia cuando tuvo necesidad de ella. En el año 86 a. de J. C., en ocasión de la guerra con Mitrídates, presentó su candidatura al consulado y logró su designación.

Cuando se trata de Sila es imposible eludir el anecdotario. A propósito de su ascensión al consulado, se habló muchísimo de sus fructuosas amistades femeninas. Evidentemente eran especulaciones tendientes a desdibujar su imagen aunque todas ellas destacan un hecho muy importante en la política romana y es el de las alianzas familiares. Es sabido que Sila se casó varias veces y nunca, en sus relaciones matrimoniales, descuidó los vínculos que podían favorecer su carrera. Su cuarta esposa, Cecilia Metela, era hija del pontífice máximo y presidente del Senado. Esto sumaba muchos puntos a favor de su candidatura y lo convertía, pese a los malos antecedentes, en el hombre fuerte de la oligarquía senatorial.

Dispuesto a llevar a buen fin la guerra contra Mitrídates, Sila preparó sus bártulos sin pensar que el viejo Mario pudiera albergar la ilusión de conducir él mismo la lucha contra el famoso rey. Por medio del tribuno Sulpicio Rufo, Mario trató que la Asamblea de la Plebe revocara la elección de Sila y lo designara a él como general de esa expedición. Sila apresuró sus disposiciones y se puso a la cabeza del ejército acampado en Nola. Volvió con sus tropas a Roma y depuso a Sulpicio Rufo haciéndolo asesinar por uno de sus hombres de confianza al que luego mandó a decapitar para que su crimen no quedara impune. Esto es lo que se llamó humor sileano y revelaba la imperturbable frialdad con que tomada sus decisiones.

No sabemos si fue también un rasgo de humor negro o una simple equivocación, pero dejó en Roma, como cónsules a Gneo Octavio, representante del patriciado senatorial, y a Cornelio Cinna como portavoz de la plebe. No había llegado a ponerse

en contacto con el enemigo, cuando en Roma estalló la bomba que suponía la aproximación de estos dos hombres.

La revuelta no es fácil de seguir en todas sus alternativas. Hubo una fuga de Cinna y un retorno de Mario a la cabeza de sus legiones. Su entrada en Roma fue una masacre de senadores y de miembros de la vieja nobleza. Proclamado cónsul junto con Cinna, Mario logró mantenerse en el poder por dos años más, gracias al terror que sembró entre sus enemigos.

La guerra contra Mitrídates puso nuevamente de relieve las condiciones militares de Sila, en quien se aliaban la fuerza del león y la astucia del zorro, según el gusto romano por los cotejos zoológicos. Las complicaciones propias de la contienda bélica, sumadas a las querellas intestinas de la ciudad de Roma, lo obligaron a usar con generosidad de ambas virtudes. Venció a Mitrídates y también a Valerio Flaco, quien había sido enviado por Mario para reemplazarlo en el ejército.

Sin el apoyo de su gobierno —había sido declarado rebelde— y por ende sin dinero para pagar a sus legionarios, Sila se vio obligado a vivir sobre el terreno y tomar en los países conquistados lo que precisaba para proseguir la campaña. Atenas fue minuciosamente saqueada después de un corto asedio y con el botín obtenido pagó a sus tropas. Toda Grecia sufrió las implacables requisas del general romano, quien a pesar de su admiración por la cultura helénica, no ahorró a sus habitantes ningún mal trato. Dueño de un respetable tesoro dio la orden de marchar contra Roma para restaurar la autoridad senatorial desconocida por Mario y Cinna.

Ambos cónsules del partido popular se prepararon para enfrentar las legiones de Sila. Fue uno de los encuentros más sangrientos que se libró en Roma y en él perecieron más de cien mil hombres.

Mario, antes de caer prisionero y conociendo el carácter de Sila, se suicidó. Su cabeza, arrancada de su tronco, fue expuesta en el foro romano como un trofeo del vencedor.

Sila entró en la Urbe en el mes de enero del 81 a. de J. C. y su dictadura se prolongó dos años, en los que se esforzó, vanamente, por restaurar el prestigio de las instituciones aristocráticas y rebajar el poder de la plebe. Restauró muy poco, pero rebajó bastante. El miedo a sus procedimientos sumarios se extendió a todas las clases y mientras se mantuvo en el poder nadie osó reclamar sus derechos.

Tuvo las condiciones requeridas para instaurar la monarquía pero, probablemente, no quiso. Su ambición, que no era pequeña, se satisfizo con mucho menos. En cuanto a las ideas políticas no trascendió el ámbito constitucional republicano al que quiso, por un simple reflejo familiar, aristocrático.

"Terminada la reforma —escribe León Homo— todo estaba dispuesto para el funcionamiento del nuevo orden. No quedaba más que un obstáculo y era, precisamente, el poder excepcional que tenía Sila y la situación ilegal de su prolongada dictadura" [7].

Como creyó haber logrado su propósito renunció a los lictores. Sus últimos años los pasó en compañía de una joven belleza llamada Valeria y en la menos grata de una horrible enfermedad que lo deformó totalmente. Dicen que enfrentó la muerte con la intrépida frialdad con que había enfrentado todos los peligros de la vida y las responsabilidades del poder. Terminó de escribir sus memorias y se le atribuye la confección de un epitafio en el que se alababa de haber pagado siempre sus deudas: a los que le sirvieron, con servicios; a los que le ofendieron, con la muerte.

[7] Homo, León: o. c., pág. 165.

INTERLUDIO SENATORIAL, PRINCIPADO DE POMPEYO

No había muerto Sila cuando uno de sus partidarios, Marco Emilio Lépido, cónsul en el año 78 a. de J. C., pidió la supresión de casi todas las medidas tomadas por el dictador.

Fue, por provenir de Lépido, una proposición audaz. Se ponía en abierta oposición al Senado y hacía casi insostenible su situación personal. Pero la antigua energía de la clase senatorial había pasado y el levantamiento de los campesinos de Etruria la obligó a pensar en esa nueva guerra. Lépido, encargado de sofocarla, se puso a la cabeza de la rebelión y, poniendo sus tropas de vanguardia, marchó contra Roma. No tuvo éxito y atacado de tisis galopante murió durante el sitio de la Urbe.

El orden tan difícilmente logrado por Sila exigía una espada para poder sostenerse y los hombres del Senado no eran hombres de guerra. Hacía falta también un excelente tino político para superar las convulsiones que agitaban todo el Imperio y los senadores sólo contaban con sus prejuicios.

Otro hombre que inició su carrera militar al lado de Sila fue Gneo Pompeyo y a él eligió el Senado para que mantuviera la paz. Pompeyo valoró la situación y trató de salvar la República sin conceder a la oligarquía senatorial más de lo que podía exigir.

Como Mario, era un hombre nuevo y entró en la carrera de honores bajo los mejores auspicios. Joven, de excelente porte, inteligente y bravo, había salvado la patria del peligro que significó el ejército de Quinto Sertorio, antiguo oficial de Mario, y que se había levantado en España contra Roma.

Elegido cónsul junto con Marco Licinio Craso —vencedor de Espartaco— se aprestó a enfrentar las dificultades de un gobierno que preveía muy complicado. Su colega Craso, según se decía en

Roma, había hecho una cuantiosa fortuna comprando casas incendiadas y sacando de ellas cuanto podía gracias a un grupo de bomberos especialmente entrenados. Era inmensamente rico y sólo le faltaba el lustre militar para aspirar a las más altas funciones del Estado. El levantamiento de los gladiadores encabezado por Espartaco le dio la oportunidad de adquirir ese prestigio e iniciar un curso de honores respetable.

Pompeyo, como militar, el mejor después de Sila, y Craso, como financiero, eran hombres de realidades y comprendieron ambos que si Roma quería sobrevivir tenía que dejar de ir a la zaga de una agrupación anacrónica que carecía del poder real. El pueblo romano tuvo en Pompeyo un nuevo ídolo y el ilustre general en razón de su simpatía pudo unir a la autoridad de Sila la antigua popularidad de Mario. Ya cónsul respondió a las esperanzas populares y restableció el tribunado de la plebe abolido por Sila. "De un golpe —escribía Carcopino— hizo saltar la pieza maestra de la máquina oligárquica" [8].

Para rematar la faena creó los tribunales mixtos en donde los patricios se hallaban en minoría. En verdad —observaba el mismo Carcopino— en las agitaciones del año 70 a. de J. C. sólo Pompeyo salió ganando. Al reafirmar el poder tribunicio se aseguró los votos de la plebe con el propósito firme de obtener nuevos comandos extraordinarios.

Doblegó a la oligarquía bajo el control de las sociedades vectigalias y aflojó las riendas a las ambiciones del estamento "equestre", generador de expediciones y conquistas. No se había extinguido en el horizonte la sombra del viejo caudillo oligárquico cuando se proyectaba sobre Roma una nueva figura imperial [9].

[8] CARCOPINO, J.: *La República Romana*, en "Historia general" de Gustavo Glotz, pág. 350.

[9] Ibid., pág. 359.

La ruina del poder senatorial parecía definitivamente sellada cuando se presentó la cuestión del comercio con Oriente, afectado por la presencia cada día más numerosa de los piratas. El proyecto para eliminar este flagelo fue propuesto por los comerciantes directamente perjudicados. Haciendo caso omiso de las consecuencias políticas que podía tener el plan ideado para destruir la piratería, se ponía en manos de Pompeyo un poder sin precedentes en la historia de la ciudad. Desde las Columnas de Hércules (Gibraltar) hasta las playas de Siria y de Ponto se le concedía un mandato extraordinario con una jurisdicción que abarcaba las costas del Mediterráneo hasta cincuenta millas tierra adentro: era el Imperio.

El nombramiento suponía una duración de tres años y se ponía a la disposición de Pompeyo un estado mayor compuesto por veinticinco lugartenientes del estamento senatorial con insignias y atribuciones pretoriales. Se le autorizaba a levantar un ejército de 120.000 hombres, 70.000 caballos y 500 naves de guerra. Podía movilizar todos los recursos de las provincias y países aliados sin previo consentimiento del Senado. La ciudad de Roma ponía sus fondos públicos a las órdenes de Pompeyo.

Como advirtió Mommsen, este proyecto de ley acarreaba, definitivamente la ruina del poder senatorial, desaparecía ante la fuerza de esta nueva magistratura que asumía tan extraordinaria competencia en los asuntos financieros y militares.

Concluida exitosamente su guerra con los piratas, el partido que Pompeyo tenía en la Urbe se movilizó para conseguir una prórroga de sus poderes militares con el pretexto de que debía terminarse la guerra contra Mitrídates, que había quedado sin resolver y se arrastraba un año tras otro ocasionando inconvenientes.

Mamilius, tribuno de la plebe y hombre de Pom-

peyo, presentó ante los senadores el nuevo proyecto de ley. La reacción del estamento senatorial, por lo menos en su primer movimiento, fue de rechazo. Luego se pensó mejor y la reflexión inspiró un gran temor entre los príncipes de la patria. Volvieron sobre la primera opinión y votaron en favor de la prórroga del mandato con la excepción del senador Catulo.

"Fue así –escribe Plutarco– como Pompeyo, ausente, fue hecho señor y dueño de lo que Sila había tenido en su poder por la fuerza de las armas y la efusión de sangre" [10].

Plutarco reconoce que el poder personal se iba imponiendo con segura lentitud, pero como una necesaria consecuencia de la situación política creada por la conquista y las exigencias del gobierno de ese enorme territorio.

Pero Plutarco fue un historiador y escribió sobre ese asunto cuando ya habían pasado unos siglos. Pompeyo, metido en el meollo de los acontecimientos, no vio las cosas con la misma nitidez y se limitó a recibir esas prebendas y esos honores sin dar el paso hacia el poder personal que otro, con más genio, hubiera dado. Carcopino hizo un resumen de la situación que exime de otros comentarios:

"Ningún emperador había reunido tantos territorios, ninguno había juntado tantas riquezas –parecía que a su vez esta conquista postulara, para su propia conservación, la restauración de la monarquía. ¿Pompeyo había soñado en esta consecuencia de su acción? No es seguro. Toda su conducta lo revela tal como lo muestra su busto de Mycalsberg: agudo hasta la sutileza, astuto hasta la perfidia, pero sin profundidad, orondo y fatuo, con más vanidad que ambición. Por lo demás era demasiado minucioso y prudente, harto hipócrita para tomar los acontecimientos del cuello; demasiado satisfe-

[10] PLUTARCO: Pompeyo, XXXIX.

cho de sí mismo como para no temer que alguna vez le faltaran los honores con que lo colmaban. Procedente de la burguesía provinciana, su nobleza era demasiado reciente para no querer gozar de todos los triunfos del decoro constitucional dentro del que había hecho fortuna y que se le imponía por su majestad. En su ausencia, César había minado el terreno bajo sus pies y trastornado la situación" [11].

Cuando Pompeyo, luego de derrotar a Mitrídates, volvió en triunfo a la ciudad de Roma, hizo lo que César no hará en una situación semejante: licenció su ejército y entró en la Urbe como simple general republicano que espera de las autoridades y el pueblo una ovación triunfal. Con este acto selló su suerte y, en cierta medida, perfiló el carácter de eso que se llamará su sistema.

Sin entrar en precisiones rigurosas se puede afirmar que dicho sistema se redujo a lo que Cicerón propondrá en otra oportunidad para salvar las instituciones y evitar la guerra civil: el principado.

¿Qué fue el principado para Cicerón? Un régimen de compromiso entre la república aristocrática y la monarquía. El rector, moderador, tutor o procurador será quien tenga en sus manos la potestad ejecutiva y los destinos del Estado. Especie de rey constitucional, tiene el perfil equívoco de un engendro oratorio e ineficaz. Pompeyo, primer ciudadano de Roma, no pudo terminar con las oposiciones que mantenían latente la guerra civil.

Advirtió que tenía las manos atadas por todos los lazos que lo unían al Senado, pero no estaba en su índole querer la única salida política posible en esa precisa coyuntura. César actuaba junto a él y hacía todo lo posible para que no pudiese verla.

Antes de ocuparnos de la solución veamos mejor el terreno en que ésta se planteaba: en primer lugar estaba la ciudad de Roma con sus disensiones in-

[11] CARCOPINO, J.: o. c., pág. 590.

ternas y el clima de guerra civil creado por las facciones en pugna. Nadie podía hacer carrera sin hacerse faccioso y entrar, por consecuencia, bajo la férula de uno de los caudillos que se disputaban la calle.

Más allá de Roma estaba el Imperio. Era una criatura de la ciudad, producto del esfuerzo romano, pero de tal modo crecido que sus necesidades y exigencias imponían nuevos instrumentos de poder para satisfacerlas. Las fuerzas que nacieron de su realidad política revierten ahora sobre la misma Roma y tratarán de obtener de ella un comportamiento digno del Imperio.

Hemos dicho en más de una oportunidad que los partidos romanos no tenían el carácter ideológico de sus similares griegos: "lo más parecido a una idea política de que ellos tuvieron noticia fue el armonioso equilibrio entre los magistrados, Senado y pueblo, con el Senado como factor principal" [12].

Cicerón, lo más parecido a un ideólogo que se puede hallar en Roma, no pasó, en materia de ideas políticas, de una fácil apología del sistema republicano de su patria: único que conocía bien y único que entendió. Trató de salvarlo como pudo y propuso para ello el ambiguo expediente del principado.

Nadie mejor que Cicerón puede ilustrarnos sobre el itinerario intelectual de la lucha de los partidos, porque como escribió Gastón Boissier: "Tenía un pie en todas las agrupaciones. Esto que es un grave defecto para un hombre político, los maliciosos de su tiempo se lo reprocharon amargamente, es una virtud para el cronista a causa de que todos los partidos políticos estuvieron representados en su correspondencia" [13].

[12] Adcock, F. E.: o. c., pág. 92.
[13] Boissier, Gastón: *Ciceron y sus amigos.*

Nació en el año 106 a. de J. C. y murió asesinado por orden de Marco Antonio en el 43 a. de nuestra era. Aunque de origen provinciano —había nacido en Arpino, Lacio— su vida y su obra pertenecen, como su genio, a la ciudad de Roma, donde pasó la mayor parte de su existencia.

Hizo estudios filosóficos con Diodoto, un estoico que ganaba su vida como profesor en la ciudad del Tíber, y asistió también a las lecciones de Filón de Larissa y de Antíoco de Ascalón. Luego de la Escuela de Gramática inició el estudio de las leyes romanas en la casa de un pariente. Cuando terminó su aprendizaje hizo un viaje de instrucción a Grecia donde conoció a algunos hombres que trataban, sin gran éxito, de mantener el nivel de la filosofía clásica.

En Atenas adquirió el lustre que precisaba para mantener una reputación de hombre culto y, de retorno a Roma, tomó parte activa en las luchas políticas como representante del estamento "ecuestre" al que sirvió desde las más altas magistraturas que la República podía ofrecer a su ambición.

A lo largo de sus discursos forenses y políticos destiló un eclecticismo académico que lo convirtió en el representante romano de todas las medianías, porque como escriben los Carlyle y lo da a entender Boissier: "Cicerón es un escritor político de gran interés, no porque posea alguna originalidad de pensamiento, o algún poder de análisis político, sino porque, a su manera ecléctica de aficionado a la filosofía, asume todos los lugares comunes de la política de su tiempo" [14].

Su momento más importante, en lo que respecta a la situación política romana, fue durante el prin-

[14] CARLYLE, R. W. y A. J.: *A history of medieval political history in the West*. Blackwood, London, 1950, I, pág. 3.

cipado de Pompeyo. Había en el demasiado célebre general una dosis de vanidad advenediza que satisfacía a Cicerón y le permitió convertirse en el portavoz titular del régimen. El triunfo de César lo sorprendió y, aunque no fue totalmente ajeno a la intriga que culminó en su asesinato, no tuvo en ella participación muy directa.

Retirado en Tusculum y Astura, compuso para la posteridad, ayudándose con sus recuerdos y algunos apuntes de clase, la mayor parte de sus obras filosóficas. Su innegable talento literario le permitía una facilidad en la expresión que en su vanidad confundió con genio filosófico. Sin esta ilusión no se explica que haya escrito, cuando había pasado con generosidad "el mezzo dil cammin", que "sería cosa gloriosa y admirable que los latinos no necesitáramos para nada la filosofía de los griegos y lo conseguiremos ciertamente, si yo puedo desarrollar mis planes" [15].

Su formación filosófica explicaba el carácter ecléctico de su doctrina y, aunque carente de originalidad y fuerza reflexiva, es una fuente de valor para el conocimiento de los estoicos medios y de los representantes de la Academia Segunda v Tercera cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Aunque Marco Antonio le hubiese dado tiempo para completar sus designios filosóficos nunca hubiera pasado de ser ese puente a través del cual la filosofía griega penetró en el mundo romano, o, para hablar con más precisión, en el latín escrito.

Estos son los rasgos principales de su fisonomía académica. En su actividad política, como ya lo hemos anticipado, no fue más original, pero, como buen romano, fue allí donde dio la nota más alta de su genio.

Se inició con una valiente oposición a la dictadura

[15] Cicerón, M. T.: *De oficio*, L, 2, 3. (Hay traducción castellana).

de Sila, cuando, en un minuto de audacia, aceptó la defensa de Roscius en contra de Crysogonus, favorito del dictador. No exhibió en este discurso ningún programa político, pero se dejaba ver en él esa fuerte repugnancia por la tiranía que va a ser la única fuerza auténtica de su carácter.

La democracia victoriosa no fue para Cicerón mejor que la oligarquía y durante el lapso dominado por las turbas se sintió molesto como en el apogeo del dictador senatorial. La demagogia lo aterraba y frente a los facciosos sentía ese vértigo que explica, en gran parte, la violencia de su lenguaje cuando apostrofa a quien encarna la anarquía. Catilina le dio la gran oportunidad de su vida y en sus famosas *Catilinarias* expuso, con innegable talento, todo el odio que guardaba a los desmanes revolucionarios.

Cicerón no fue nunca un político de primer plano. Su faena principal, en orden a la consolidación de su movimiento, fue nuclear a la clase de los "equestres" para fundar sobre ella el principado. Coalición sin porvenir que duró el tiempo del peligro provocado por Catilina y terminó cuando pasó el susto.

Los "equestres" no constituían un estamento sólido. Se trataba de personas muy ocupadas en sus negocios privados. No tenían la tradición política de la vieja aristocracia ni esa unidad en la envidia que congrega a las masas.

CATILINA

Durante la conjuración del famoso Catilina, Cicerón tuvo la habilidad de poner ante los ojos de los moderados las calamidades sociales y las violencias económicas con que amenazaba, real o supuestamente, Catilina. Su ataque, prescindiendo de la verdad que pudiera tener, fue eficaz y provocó

efectos fulminantes. Todos los que tenían algo que perder obedecieron a los reflejos movilizados por Cicerón y se nuclearon en torno al orador. Por un momento Cicerón pudo pensar que tenía el destino de Roma en sus manos y se creyó el hombre destinado a salvar la República.

Pasado el pánico, los "equestres" se dieron cuenta que la solución fuerte no podía venir de la prestigiosa garganta de Marco Tulio y dejaron al orador con sus nostalgias principescas para prestar apoyo al partido democrático que se levantaba con la figura de César. Cicerón se unió a la vieja oligarquía senatorial.

Muchas veces se trató de reivindicar la personalidad de Catilina y de paso arrojar algunas manchas sobre la imagen de Cicerón. En verdad tales intentos no han pasado de alardes ingeniosos sin mucho apoyo testimonial. Admitimos que nuestro conocimiento de la conjuración de Catilina proviene directamente de los enemigos del demagogo y tanto las *Catilinarias* de Cicerón como la narración, no menos famosa, de Salustio, tienen un fuerte sabor polémico.

No obstante son las únicas fuentes históricas que se conocen y hay que torcer mucho el hilo de los acontecimientos para encontrar algo concreto capaz de favorecer la reivindicación de Catilina.

El gobierno democrático, en la vejez de Mario, había dejado en Roma un recuerdo lamentable de violencias y arbitrariedades. Felizmente para la memoria del movimiento, la reacción encabezada por Sila hizo que al cabo de los años se pensara en Mario con verdadera nostalgia y hasta se lamentara la desaparición trágica del viejo caudillo popular.

Cuando Sila terminó su mandato y dejó al Senado un poder absoluto, indiviso y aparentemente durable en materia de legislación, de administración y de justicia, el partido popular parecía muerto.

"Sila –opinaba Mommsen– organizó el Estado no como un dueño de casa, que, no observando otra regla que las de su propia prudencia, restablece el orden turbado, sino como un agente de negocios que observa los términos de un contrato" [16].

Lo hizo con gran energía, pero sin ninguna ilusión en lo que respecta a los resultados de su obra. Tan poca confianza tuvo el dictador en los miembros de la antigua nobleza que se rodeó de lugartenientes pertenecientes al orden "equestre" y que, por supuesto, eran tránsfugas de la democracia.

Las arbitrariedades de Mario y de Sila minaron los fundamentos legales de la convivencia política y quien en esa época aspirara a ser el primer ciudadano de Roma debía comenzar por capitanear una cuadrilla de bribones para poder neutralizar las bandas enemigas.

Catilina siguió la costumbre y, como lo advierte Salustio, en una ciudad tan grande y tan relajada en sus hábitos morales, le fue fácil tener a su lado una tropa de facinerosos y malvados. Porque cuantos con sus insolencias, adulterios y glotonerías habían destrozado su patrimonio; cuantos por redimir delitos habían contraído crecidas deudas... eran allegados y amigos de Catilina. La influencia del seductor se hizo sentir de manera particular entre los jóvenes " porque según la pasión que más reinaba en ellos, a unos presentaba amigas, a otros compraba perros o caballos, en suma no perdonaba gasto alguno, ni se avergonzaba por nada, a trueque de tenerlos obligados y seguros para sus propósitos" [17].

Salustio describe los componentes de la banda de Catilina y lo hace bajo el imperio de una no disimulada indignación. El propio Catilina reunía todas las condiciones requeridas para acaudillar

[16] MOMMSEN, T.: o. c.: pág. 13-30.
[17] SALUSTIO: *La conjuración de Catilina*, XIV.

un movimiento subversivo: era fuerte, audaz, inteligente e inescrupuloso y no carecía de esa pizca de locura que hace del demagogo un foco de irresistible sugestión. Si a esta conjunción de virtudes unimos el descontento general provocado por la oligarquía de los "sacularii" (saqueadores) y las injusticias de todo orden provocadas por la avidez y el desenfreno de los apetitos, tendremos un panorama de la situación que explicaba la aparición de Catilina.*

* Napoleón Bonaparte, en su *Memorial de Santa Elena,* nos dejó algunas reflexiones que pueden tomarse como punto de partida para el pleito reivindicatorio de la personalidad de Catilina. Por loco que haya sido —pensaba el Emperador— debe haber tenido un proyecto. Napoleón creía que la faena que se había propuesto Catilina estaba en la línea de Mario. Más recientemente una apología del demagogo estuvo en las manos del historiador italiano Amato Masnovo en su *Rivolta di Catilina.*

VI

PAX ROMANA

CESAR

Hay en la segunda epístola de Salustio a César, abstracción hecha de algunas adulaciones que nada tienen que ver con la política verdadera, un par de indicaciones muy concretas sobre la oportunidad de un gobierno fuerte que nunca perderán su vigencia. Salustio pensaba en una monarquía y si no se le escapó el término fue por el desprestigio que las arraigadas costumbres republicanas habían arrojado sobre el clásico gobierno personal.

Salustio conocía muy bien los vicios de la época, tanto por haberlos estudiado en su calidad de cronista como por haberlos practicado con generosidad en las diversas funciones que le tocó ejercer. De todos ellos, el manejo doloso de los bienes fiscales era el que parecía políticamente más dañino. Advertía a César sobre la necesidad de combatir la influencia disolvente del dinero en la conducción de los asuntos públicos y especialmente después de un triunfo tan resonante como el de la batalla de Farsalia, porque muchos de sus partidarios no tardarían en querer hacer fortuna con los despojos de sus víctimas.

Estas fortunas, productos de las rapiñas, tenían, según el ilustre historiador, un influjo doblemente

pernicioso: corrompían el ánimo y obstaculizaban, por su mal ejemplo, la labor de la autoridad restauradora.

"En nombre de los dioses —escribía— tomad el timón del Estado en vuestras manos y poned término a los males engendrados por la codicia" [1].

El gobierno fuerte que llegaba con César era, para Salustio, la única defensa posible contra las depredaciones de la oligarquía saqueadora. Las instituciones republicanas no podían nada contra el poder omnipotente del dinero, y, por causa de las libertades acordadas a los ciudadanos, amenazaba con prolongarlo y exasperarlo.

"Habréis alcanzado el fin si detenéis la licencia de los despilfarros y las rapiñas, sin apelar a las antiguas instituciones que nuestras corrompidas costumbres han tornado ridículas, sino haciendo del patrimonio de cada uno el límite invariable de los gastos" [2].

Hay en estos párrafos dos ideas dignas de retener: la caducidad del ideal republicano como consecuencia de la pérdida de las virtudes que lo hicieron posible y la necesidad de un gobierno personal que ataque el mal de Roma en su raíz: la fuerza del dinero.

Sobre la caducidad de las instituciones republicanas hemos dicho algo en capítulos anteriores. Conviene que ahora examinemos el nacimiento de la idea monárquica, recordando que uno y otro proceso se cumplen casi paralelamente, porque en la misma medida que se tomaba conciencia de los males insuperables que amenazaban la República, se preparaban los remedios para superar la situación.

La solución se impuso al modo romano. No fue el resultado de una fría elaboración constitucional, sino la consecuencia de un prolongado co-

1 Salustio: Epístola IIª, Vº.
2 Ibid.

tejo armado, que tomó como base elementos institucionales probados en la faena política y que habían sido impuestos por las circunstancias. Estos elementos fueron, como ya lo recordamos, la prorrogación de los mandatos militares y la creación de gobiernos provinciales revestidos del "imperium" completo.

Ambas medidas estuvieron exigidas por la conquista y se tomaron, en sus comienzos, con el propósito de ser aplicadas únicamente en los territorios ocupados por las armas romanas. Posteriormente, cuando las luchas entre las facciones habían llevado el caos a la misma ciudad de Roma, fueron también usados para dirimir los problemas suscitados por la guerra civil.

No resulta exceso interpretativo suponer que la salud llegó a la Urbe por la mediación del poder militar y los órganos políticos nacidos de la conquista. Fue el Imperio el que se impuso a Roma, le dio una forma de gobierno y la designó su capital.

Pompeyo fue un hombre del Imperio, pero no tuvo el valor, el ingenio o la audacia requerida para imponerse a los órdenes estamentales que gobernaban Roma.

César, durante el tiempo en que Pompeyo combatía en Asia, era apenas el jefe de una facción que degeneraba día a día en una simple agrupación de conspiradores. Lo único imperial que podía exhibir en esa época eran sus deudas. Crecerá a la sombra de Pompeyo y Craso y cuando se convierta en jefe de legiones y en un experto soldado, demostrará que nunca fue indigno de haberlas contraído.

Roma, como cualquier otra ciudad antigua, estaba organizada en torno de principios legales que dependían exclusivamente de su estatuto religioso. Cuando las viejas fórmulas usuales de su derecho se independizaron de las creencias tradicionales y comenzaron a convertirse en principios universales

de convivencia ordenada, el derecho romano adquirió la fisonomía jurídica que debía convertirlo en fundamento de un derecho universal.

Este nuevo orden jurídico debió muchos de sus principios a la filosofía estoica y, en general, al pensamiento helenístico, pero siguió siendo romano en todo aquello que tuvo de jurídico en sentido estricto. Fue en ese nivel donde el realismo latino halló sus expresiones más felices.

Es un hecho que la ley romana rompió el molde estrecho de la comunidad religiosa en la que nació. Pudo extenderse a otros pueblos y a otras naciones sin perder su romana especificidad. Se puede decir, sin caer en paradojas, que se hizo más universal en la misma medida que fue cada día más romana. "Los pueblos sometidos —escribía Fustel de Coulanges— sólo llegaron a constituir un pueblo organizado cuando conquistaron los derechos y las instituciones que Roma pudo guardar para sí. Tuvieron que ingresar, para conseguirlo, en la ciudad romana, hacerse sitio en ella, apretarse, transformarla a ella también para hacer de ellos y de Roma un mismo cuerpo" [3].

Este proceso no hubiera podido realizarse si Roma no hubiese sido capaz de abandonar sus prejuicios religiosos tradicionales y abrirse a la posibilidad de fundar un estatuto jurídico válido para otros pueblos. Este paso fue, a la manera romana, un auténtico desarrollo racional de las virtualidades latentes en su cultura. De cualquier manera resultó imprescindible para que los habitantes del Imperio se incorporaran a la ciudadanía romana.

César fue un lúcido elemento en la realización práctica de esta faena y toda su obra lleva el sello, típicamente racionalista, de una suerte de des-

[3] FUSTEL DE COULANGES, Numa Dionisio: *La Ciudad Antigua;* Buenos Aires, s/f., pág. 519.

potismo ilustrado. El fue quien condujo a Roma, amenazada por la guerra civil, a transformarse en la cabeza de una gran unidad política y, al mismo tiempo, el que encontró los medios adecuados para que pudiera darse ese cambio.

El fenómeno de la monarquía cesariana —no importa que oficialmente no fuera reconocida como tal— está vinculado a la transformación de la ciudad antigua en una nueva organización racional de convivencia política. Otra de las causas secundarias, pero importante en la realización del nuevo orden, fue la oligarquía financiera.

El manejo del dinero tiene mucho de matemático, de decididamente abstracto y racionalista, para que no induzca a sus cultores a soluciones políticas que están en la línea de sus tendencias. No creo, con esta afirmación, sostener el criterio de quienes hacen de la economía el fundamento explicativo de todos los cambios producidos en la sociedad. Una cosa es la economía y otra, bastante diferente, las preferencias valorativas impuestas por los criterios económicos. Se trata de opciones asumidas en el campo del espíritu y no de exigencias impuestas por las necesidades de la producción. Los hombres habituados al manejo de los asuntos financieros tienen marcada disposición a imponer a todas sus actividades la índole de sus esquemas mentales. La vieja aristocracia romana —aunque fundamentalmente influida por la nueva situación— se sentía todavía ligada a los antiguos intereses religiosos, y creía, contra los nuevos poderes, que ella encarnaba la voluntad de los antepasados. Nunca logró comprender que la ciudadanía podía ser una cosa independiente del culto a los muertos y a los dioses tribales.

César, a pesar de pertenecer por su linaje al más viejo patriciado romano, era, intelectualmente, un hombre nuevo. Comprendió no solamente el poder de las finanzas, sino los peligros que traía

su intromisión en los asuntos políticos. Instintivamente buscó el apoyo de las clases populares y trató de encauzar la energía del capitalismo romano con el propósito de hacer coincidir sus intereses con la política que imponía el momento histórico.

A su retorno de las Galias —escribe Fowler— tratará de fundir todos los partidos en un gobierno racional y activo. Procurará hacer comprender a los ciudadanos lo que realmente había llegado a ser el Imperio Romano y descubrirles así los principios capaces de inspirar un gobierno feliz y sabio [4].

No conviene, cuando se habla de política, dejarse llevar por el espejismo de ciertas frases. César no fue un soñador y jamás entró en su cerebro la idea de creer que un plan político tenía por propósito la felicidad o la dicha de la gente. Fue un aventurero de gran raza con el instinto certero de aquello que es magnífico. Comprendió, en cuanto se puso a reflexionar seriamente en la cosa pública, que había que terminar con los aventureros menores empeñados en sucios jueguitos sin porvenir. Roma debía ser la cabeza de la "Oikumene". Este propósito alejandrino era muy propio del hombre que había llorado frente a la estatua del Macedonio, porque a los cuarenta años cumplidos no había logrado ni un modesto mandato militar.

Si tentados por el gusto de los esquemas fáciles intentáramos colocar a César en una de esas opciones antitéticas impuestas por el pensamiento revolucionario: izquierda, derecha; reacción, revolución, nos veríamos en serias dificultades para determinar una ubicación precisa sin llenarla de advertencias y aclaraciones.

[4] FOWLER, WARDEN: *Jules César;* Payot, Paris, 1931, página 166.

Colocado frente a los más rabiosos defensores del estatuto republicano como Catón de Utica, Marco Bruto y a veces el mismo Cicerón, César aparece en una posición francamente innovadora y hasta podría merecer el calificativo de revolucionaria si tales términos no estuvieran definitivamente adscriptos a ciertas disyuntivas que el hombre antiguo no conoció. Considerado en su lucha contra el poder disolvente de la oligarquía comercial y teniendo en cuenta su claro deseo de restaurar la majestad del gobierno, aparece como un hombre de derecha.

En verdad le tocó tener que poner un poco de cordura en medio del desenfreno. Su combate más importante fue, como ya lo dijimos, contra la influencia antipolítica del dinero. César conocía el valor del oro y nunca ahorró esfuerzos para conseguirlo donde estuviera, pero supo también que el poder no puede reposar exclusivamente en él y, cosa todavía más importante, comprendió que el soberano debía estar por encima de los intereses financieros para evitar la influencia corruptora del soborno.

"La presión infinitamente perniciosa, en el orden material y moral de las grandes riquezas, fue detenida con medidas inmediatas y planes políticos a largo plazo, pero que concurrían a tapar las fuentes de las acumulaciones ilegítimas de los capitales. Hay que convenir que a pesar de todos los abusos del absolutismo, se descubre, en la primera parte de la época imperial, un progreso constante de la prosperidad general y una tendencia a mejorar las condiciones de la moralidad pública en las esferas gobernantes" [5].

Las oligarquías nunca han podido constituir un gobierno propiamente dicho, y cuando la aristocracia de la sangre —verdadero gobierno de Roma

[5] Ibid., pág. 279.

en la edad de oro de la República— es substituida por las promociones de los advenedizos, enriquecidas con los despojos de los pueblos conquistados, Roma, aunque constitucionalmente siguió siendo una república aristocrática, vio sus leyes sometidas a una violación permanente, y aunque las provincias no conocieron en la misma medida los conflictos desatados por la pasión partidaria, se vieron sometidas a un saqueo profesional y sistemático.

Fue para terminar con esta situación que César estableció el carácter oficial de los cargos públicos y convirtió a los países conquistados en partes integrantes de un cuerpo político único. Esta nueva idea hizo estallar el marco de la ciudad antigua y abrió el horizonte de una noción de Estado que el mundo griego no conoció.

"Los procónsules y propretores de la época de Sila —escribió Mommsem— eran esencialmente soberanos en el radio de sus jurisdicciones y no se hallaban fiscalizados por nadie. Los de la época de César fueron servidores bien disciplinados de un severo monarca a quien la unidad y el carácter vitalicio de su poder colocaban en una relación más natural y más tolerable con respecto a sus súbditos que la de aquellos numerosos y pequeños tiranos que se sucedían en los mandos años tras años" [6].

Suetonio —que nunca dio pruebas de ser un lince— anotaba en su crónica sobre el gobierno de César que éste no concedió la abolición de las deudas, tal como lo esperaba su clientela más democrática, pero decretó que los deudores pagarían según la estimación de sus propiedades y conforme al precio de esos bienes antes de la guerra civil, y que se deduciría del capital todo cuanto

[6] Mommsen, T.: *El mundo de los Césares*, F.C.E., México, 1945, pág. 11.

se hubiese pagado en dinero o en promesas escritas a título usurario. Con esta disposición hizo desaparecer una cuarta parte de las deudas [7].

Esta política económica revelaba la sensatez del gobernante. Su lucha fue contra la usura, no contra la propiedad, ni contra el capital. Su oposición a la oligarquía de los llamados "sacularii" se detiene en el justo límite de un equilibrado respeto por las fuerzas económicas.

¿Que aspiró a la monarquía? ¿Que este deseo le vino por su frecuentación con los reinos epígonos de la conquista de Alejandro? Ambas preguntas pueden ser contestadas afirmativamente pero no sin recaudos. Los que han estudiado seriamente a César no dudaron que su aspiración fue instaurar la monarquía y aunque nunca usó el título de rey, tan mal sonante en las orejas romanas, tuvo todos los poderes de un autócrata.

Se podría añadir, de acuerdo con la opinión de Warden Fowler, que en su aspecto puramente constitucional su gestión fue un éxito completo, porque dejó impresa su voluntad sobre el mundo romano para el resto de su historia.

EL PRINCIPADO DE AUGUSTO

Muchos historiadores han escrito con mano maestra el ascenso de Augusto a la dirección de la política romana. Repetir lo que está tan bien narrado en los libros de tantos escritores puede parecer una faena superflua. Quizá sea así, pero cuando uno se encuentra, por razones de oficio y de gusto, en la tarea de comprender las causas que llevaron a la constitución del Imperio Romano, no se puede resistir la tentación de dar la interpretación que los hechos nos sugieren.

[7] Suetonio, César, en *Vida de los doce Césares*. (Hay buenas versiones castellanas completas de esta obra.)

Admito que no se puede quitar ni añadir nada a la figura del continuador de César que ya no haya sido dicho, pero tratar de ubicarlo en la perspectiva de una visión personal de la historia romana ayuda a esclarecer su significado.

Lo primero que llama la atención cuando se estudia el siglo de Augusto es el carácter racional, frío y reflexivo del poder que se impone sobre todos los países cubiertos bajo el dominio de Roma. El orden político que nació de las exigencias prácticas de la conquista tuvo por padre un cálculo técnico ejecutado con toda minuciosidad. Su relación con las tradiciones antiguas vino impuesto por una razón de Estado o, en el mejor de los casos, por eso que los filósofos escépticos llamaron la "defensa de la vida", pero no tuvo mucho que ver con la pasión religiosa o la fe vivida.

Formado por razas diferentes, unidas sus partes por esa violencia metódica, en todo momento dueña de sí misma, el Imperio, aunque tomó fuerzas del pasado, se impuso como una solución impuesta por la sagacidad de una política bien pensada. Fue un triunfo de la razón práctica.

El instrumento racional de ese triunfo fue, sin lugar a dudas, la nueva idea del derecho que los romanos supieron imponer a las viejas fórmulas de convivencia. Este orden jurídico se extendió a todos los campos de la cultura y supo sellarlos con la marca de su racionalismo legal: religión, artes y costumbres quedaron impregnadas de ritualismo jurídico y nada importante escapó de las exigencias de esta voluntad ordenadora.

Augusto presidió esta faena, pero hasta tal punto su función fue solidaria de ella que puede ser considerado su principal actor, por la importancia que tuvo su capacidad configuradora.

La trayectoria pública de Augusto, desde que asumió la herencia de César, hasta su muerte, tiene

el carácter reflexivo, lógico e implacable de una fría y metódica inteligencia política. Nada escapó de su control ni de su terrible eficacia gobernativa. El racionalismo romano tiene en él a su representación más egregia, porque si en algo se distinguió del racionalismo griego es por su orientación hacia la política. En este campo de actividad probó su repudio por las quimeras y su inclinación natural hacia las realidades.

Augusto heredó de César una guerra civil y una clara voluntad de imperio. Ambas cosas lo llevaron a comprender que para pasar de la República a la monarquía debía asociar las aspiraciones autocráticas de su predecesor con los prejuicios republicanos de sus compatriotas. Cuando halló la fórmula adecuada, supo gobernar como un soberano absoluto, bajo el manto de un austero censor republicano.

El fracaso de César y las dificultades que debió superar para conquistar el poder, lo aleccionaron acerca de los medios que debía emplear para imponer la solución que la situación política exigía. Esto le impuso, durante el largo lapso de su ascenso y de su apogeo, un juego doble, no muy digno si se mide con los parámetros de una moral caballeresca, pero que tuvo éxito. Como era naturalmente hipócrita no le costó mucho simular un gran respeto por las viejas fórmulas constitucionales y deslizar bajo ellas el contrabando de la autocracia.

Siempre atento a los hechos y muy sensible a las lecciones de la historia, impuso su proyecto y por varios siglos fue el régimen posible para sostener la vida del Imperio Romano.

En este utilitarismo vio Víctor Garthausen el parentesco entre el Imperio Romano y el británico: "De todos los imperios de los últimos tiempos, Gran Bretaña es el único que puede compararse con el Imperio Romano. Su constitución se desarrolló de

manera totalmente diferente de la de los estados continentales y conservó mucha mayor diversidad. Es en razón de este mismo espíritu conservador que el inglés puede ser comparado con el romano [8].

Con todas sus perfecciones el régimen inaugurado por Augusto tuvo numerosos defectos que con el transcurso del tiempo probarían su malignidad. El primero de esos defectos provenía de su origen: el poder militar. El levantamiento en armas de las legiones será la sombra que acompañará a todos los emperadores hasta el fin de su destino. Augusto trató de paliar el peligro cubriéndolo con una fachada legal de tipo republicano, pero cuando los cotos constitucionales probaron su inoperancia, el nudo poder militar surgió de las bambalinas y mostró el verdadero rostro del cesarismo: una máquina impuesta por la guerra y que absorbía con su potestad a todas las otras instituciones.

Augusto no quiso mostrar el cuño marcial de su poder y aparentó fundarlo sobre el principio jurídico de la delegación. La soberanía residía en la Asamblea Popular, pero en virtud de la "Lex Regia" ésta delegaba en un magistrado el ejercicio de la autoridad política.

Siglos más tarde el Código de Justiniano expresa todavía esta pretensión: en virtud de la antigua ley llamada regia, todo el derecho y la potestad del pueblo romano han sido transferidos al emperador.

A este pretendido fundamento legal, Augusto añadió una sombra de poder civil constituida por el Senado. Es opinión de Suetonio que el número excesivo de los senadores hacía de este cuerpo una extraña y confusa reunión. Había más de mil y entre ellos muchos eran cabalmente indignos de tal jerarquía. Augusto juraba que había dado al Senado sus proporciones y esplendor antiguos; en

8 GARTHAUSEN, Victor: *The Roman Empire compared with modern England.*

verdad lo había convertido en un instrumento al servicio del gobierno personal.

Janus fue un dios romano y tenía por misión guardar la puerta de la casa. Éste dios bifronte es el signo tentador para representar el carácter de la política romana, que nunca pudo contemplar el futuro sin tener los ojos puestos en el pasado. Esto explica por qué razón Augusto nunca se presentó como un innovador, sino como restaurador. Y aunque renovó casi todo, en sus discursos no se cansaba de repetir que su misión era devolver a Roma el esplendor perdido. Velleius Paterculus se hace eco de esta pretensión cuando afirma en su *Historia Romana* que "todo lo que los hombres pueden pedir a los dioses, todo lo que los dioses pueden acordar a los hombres, todo lo que los votos pueden desear, todo lo que la felicidad puede realizar de más completo, todo esto lo procuró Augusto al Estado romano y al universo entero. Las discordias civiles sofocadas después de veinte años, las guerras externas apagadas, la paz devuelta, el furor de los combates en todas partes apaciguados. La fuerza restituida a las leyes, la autoridad a los juicios, la majestad al Senado, las antiguas magistraturas reinstaladas en su antiguo poderío... los brazos devueltos a la agricultura, el respeto a la religión, la seguridad a los ciudadanos, la confianza a todas las propiedades. La legislación sufrió sabias reformas, fueron promulgadas leyes saludables, el recenso del Senado se hizo sin rigor, pero con justa severidad. Las exhortaciones del príncipe obligaron a los primeros ciudadanos, a los hombres más distinguidos por sus triunfos y honores, a trabajar por el embellecimiento de Roma" [9].

Si se prescinde de la exageración del apologista, se advierte el propósito de crear una sugestión restauradora, de promover la idea de un retorno

[9] Velleius Paterculus: *Historia Romana;* II, 89.

triunfante hacia el esplendor de la República. Todo ha sido devuelto, restituido, reconstruido. La República entera, con sus virtudes antañonas, sus fuerzas renovadas renace de sus cenizas al conjuro mágico del emperador Augusto.

Decretó el retorno a la juventud y a las viejas costumbres, a la simplicidad de Catón el Censor, a la decencia de Lucrecia. Las viejas suripantas del teatro republicano sonríen con sus bocas sin dientes y exhiben sus piernas marchitas como aceptando esta farsa de falsa lozanía. Los afeites impuestos por el Príncipe no ocultan las injurias del tiempo y bajo la pintura se descubre el verdadero rostro de los actores: no son jóvenes ni están sanos. El aparato montado por César durará, pero más por la inercia de un mundo ávido de seguridad que por la fuerza del entusiasmo.

"Séame permitido —pidió Augusto— afirmar la República en estado permanente de esplendor y seguridad. Habré conseguido la recompensa que ambiciono, si se considera su felicidad obra mía, y si puedo alabarme, al morir, de haberla establecido sobre bases inmutables" [10].

El tono enfático del párrafo no debe hacernos olvidar que Augusto supo enfrentar a los que buscaban motivos para reírse con una autoridad jamás discutida. Su intención de instaurar la República en estado de esplendor permanente es una frase que, por supuesto, no puede ser tomada al pie de la letra, pero sabía movilizar el pasado al servicio del presente y esto, para los romanos que sabían leer entre líneas, era importante.

Ningún romano inteligente ignoraba que el pasado estaba bien muerto y que los decretos remozadores de Augusto caían en las orejas de un país viejo y escéptico, pero en la medida que podían comprender las intenciones de Augusto las apro-

[10] Suetonio: o. c., pág. XXVII.

baban, aunque en el fuero íntimo se rieran un poco de la imposible pretensión del emperador.

Es difícil saber si Augusto advertía con lucidez lo que podía haber de falso en su sistema. Su empeño en mantener la vigencia de los valores fenecidos tiene algo de conmovedor y puso en esta tarea una sinceridad que logró triunfar de su propia hipocresía.

Decretó la vigencia de instituciones que Roma ya había abandonado en el camino y reforzó la policía para que nadie pudiere tomar en broma su intención restauradora. Senado, tribunado, pontificado y comicios seguían funcionando. Es cierto que en sus movimientos no existía el calor de los viejos tiempos, pero en cambio tenían una perfección que hacía pensar de inmediato en los hilos que los unían al sistema central.

El tribunado fue ejercido por el propio Emperador y sin ninguna de las restricciones que tuvo durante la República: anualidad, colegialidad y carácter urbano. El imperio proconsular, antaño limitado a los países que se hallaban bajo la ley marcial, se hizo extensivo a todo el dominio con la inclusión de Roma. Con esta medida la ciudad pasó a integrar el Imperio y se convirtió en presa de su propia conquista. El sumo pontificado también fue asumido por Augusto a la muerte de Lépido. Con esta medida resucitó la identificación del trono y el altar.

Declarado cónsul vitalicio y dueño de las principales magistraturas, quiso transmitir el poder a un heredero de su elección. Ninguna de las leyes republicanas autorizaba esta medida, de modo que debió hacerse sin recurrir a ningún antecedente jurídico. Escribía León Homo que el problema de la sucesión no tenía solución legal. ¿Cómo hacer hereditaria una magistratura viajera? ¿Cómo transmitir a voluntad un poder delegado?

"Augusto logró su propósito por dos procedi-

mientos conjugados: una designación moral ligada a la herencia, fuera natural o adoptiva, y una asociación anticipada al poder imperial bajo la forma de co-regencia. En estas condiciones, el heredero designado por el parentesco se convertía en la segunda persona del reino. Desaparecido el emperador, tenía en sus manos todos los resortes del poder. El Senado se hallaría frente a una situación de hecho contra la cual no podría hacer nada. La elección del co-regente como emperador sería una carta obligada, reducida a una formalidad pura y simple"[11].

Augusto fue hombre de hechos, no importa que haya escrito que había transferido su gobierno a manos del Senado y del pueblo romano y que no había aceptado ninguna función contraria a la constitución; tenía en sus manos el ejército y las finanzas, lo demás discurría por sí solo.

Los historiadores de Roma no se han engañado a este respecto y afirmaron con Dion Cassio que el poder del pueblo y del Senado pasaron a las manos de Augusto que los usó a su antojo. Tácito confirmó esta opinión con palabras que resumen la cuestión:

"Despojado Lépido del poder y muerto Antonio, no quedaba al partido de los Julios otro jefe que César (por Octavio Augusto), el cual dejando el nombre de triunviro, presentóse como cónsul y contentóse, para defender a la plebe, con el poder tribunicio. Cuando sedujo al ejército con sus dádivas, al pueblo con las distribuciones de trigo y a todos con la dulzura de la paz, comenzó a levantarse poco a poco y atribuirse lo que solía estar a cargo del Senado, de los magistrados y de las leyes".

"Nadie se le oponía, pues los más valerosos ciudadanos habían sucumbido en las guerras civiles

[11] Homo, León: *Auguste;* Payot, París, 1935, pág. 123.

y los demás, entre los nobles, cuanto más dóciles a la servidumbre tanto más se elevaban en honores y riquezas; engrandecidos en este género de cosas, preferían lo presente que era seguro a lo pasado que era peligroso" [12].

La paz fue el beneficio que obtuvo Roma a cambio del sometimiento a la voluntad de Augusto. En los citados párrafos de Tácito no se oculta una embozada crítica al régimen inaugurado por el Príncipe. ¿Qué proponía Tácito a cambio?

En verdad, nada. En Roma no existió una oposición sistemática al orden imperial y al decir sistemática pienso en una oposición organizada, con un plan y un sistema de ideas coherentes.

LA OPOSICION BAJO LOS CESARES

Los sucesores de Augusto continuaron su política de pacificación. Esto no significa que Roma abandonó para siempre su tarea de ser un imperio; quiere decir que sus nuevas guerras tuvieron por finalidad asegurar los beneficios de la paz a todas sus posesiones y consolidar, con algunas incursiones punitivas, la seguridad de las fronteras.

Este nuevo orden nació de la razón política y sólo aceptó de las tradiciones religiosas todo cuanto podía confirmarlo. Se vio a lo largo del Imperio el ajustado funcionamiento de la máquina adminis trativa que aseguraba la prosperidad.

Los hombres de negocios aumentaron sus ganancias, los campesinos y los artesanos contaron con caminos seguros para llevar sus productos a las ferias. El advenimiento de esta era de paz apareció ante los ojos de todos como una epifanía. Las viejas fórmulas consagradas al elogio de las divinidades pasaron a formar parte del rito de adulación al emperador.

12 TÁCITO, Anales, I; II..

La ciudad de Halicarnaso, tierra de Herodoto según la tradición, celebró a César Augusto como al padre de la tierra y como "al más sabio de la raza humana, cuya sabiduría no sólo ha satisfecho, sino que ha excedido los ruegos de todos. César nació para la salvación del mundo, y su nacimiento puede ser tenido como el comienzo de la vida y de la existencia" [13].

Estos encomios no se limitaban a panegíricos ocasionales e improvisados con el propósito de conseguir algún beneficio, apuntaban a constituir una suerte de sincretismo religioso para consolidar el sistema sobre una base indiscutible.

El "genio" del emperador era objeto de un culto al servicio de la unidad política. Todos los países de la cuenca del Mediterráneo deseaban esa unificación y la fe en el emperador aparecía como el fundamento tangible de ese culto.

Pocas veces en la historia se ha logrado la realización de una empresa política tan vasta y variada como el Imperio Romano y con tanto éxito. Tasta ese momento la situación del mundo greco-latino, no había estado tan cerca de alcanzar el desideratum de sus aspiraciones. Por primera vez un poder consciente de sus propósitos construyó un orden de convivencia en el cual hasta las tradiciones religiosas fueron reflexivamente asumidas para servir un objetivo político. Lo que tal vez faltó en ese imperio fue la vida. Su política, por mucho que se empeñara en resucitar con fomentos oficiales las bases morales del orden público, destacó con mayor nitidez la diferencia que había entre un romano de la época de oro de la República y ese otro que parecía fabricado en las oficinas imperiales.

Una circunstancia favoreció esta empresa: la falta de espíritu revolucionario en el racionalismo romano. Los movimientos políticos nunca tuvieron

13 GARTHAUSEN, V.: o. c.

el propósito de construir una utopía y siempre estuvieron comprometidos con intereses conservadores.

En este aspecto de la vida romana predominaba una base religiosa arcaica, una innata desconfianza al poder destructivo del tiempo y una suerte de complacencia instintiva en la seguridad de los retornos. El imperio no encontró una oposición capaz de elaborar un régimen que se le opusiera. Hubo descontentos, pero éstos se detenían en la figura personal del emperador y si pensaban sacarlo, era para poner otro en las mismas condiciones, aunque mejor dispuesto para con ellos.

"A este despotismo inquieto y poco seguro —escribía Boissier— respondió una oposición indecisa, disimulada, más molesta que eficaz, sin consistencia y sin principios" [14].

Lo que quedó de esta oposición: panfletos, sátiras, literatura de alusiones y lecturas públicas con veladas referencias críticas al César de turno, no testimonia por la existencia de una lucha partidaria, sino simplemente por deseos muy concretos de verse libre de la persona de tal o cual emperador. Esto permitió al Imperio durar muchos años y que fuera, de acuerdo con la famosa "boutade" de Barbey d'Aurevilly, una monarquía absoluta limitada por el asesinato.

LA RESTAURACION RELIGIOSA

El carácter conservador del régimen se expresó en el deseo, bastante ingenuo, de resucitar el casi fenecido panteón romano. Con este santo propósito Augusto movilizó todos los resortes del poder y mancomunó a los mejores espíritus de la época

[14] BOISSIER, Gastón: *L'opposition sous les Césars;* Hachette, París, 8ª edición, pág. 65.

para que colaborasen en la tarea de insuflar un poco de sangre a las deidades romanas.

La vieja religión era muy formalista y se expresó con preferencia en las manifestaciones exteriores del culto. Resucitar las antiguas liturgias, remozarlas con los dudosos recursos del teatro, fue una cuestión de arqueología más que de fe.

Otro aspecto esencial de la religión romana fue su carácter político. Esto permitió que la faena restauradora no tuviera que vencer grandes dificultades para hacerla ingresar en el programa de reconstrucción social emprendido por Augusto. Esto también explica —como escribía Boissier en un libro dedicado a la religión romana— porque razón no fueron los devotos, sino los políticos, y aun aquellos que no creían en nada, los que más y mejor encomiaron la religión romana. Cicerón, que no podía ocultar la risa cuando pasaba frente a uno de sus colegas en el "Colegio de Augures", hizo un elogio de la religión donde exalta su valor pragmático: "Si se compara el pueblo romano con todos los otros pueblos, se verá que ellos lo igualan o superan en todo, pero Roma vale más por el culto que da a los dioses. Gracias a eso vencieron al mundo entero" [15].

En religión como en política Roma no volvía la espalda al pasado; por el contrario estuvo siempre en la tarea de hacerlo servir al presente. El estoicismo, en esa época el sistema filosófico más extendido por el Imperio, aspiró a conciliar en su teología la razón con la fe y lo hizo en una síntesis más utilitaria que especulativa y en donde probó, con razones políticas, el valor de la religión popular [16].

Todas estas tentativas estuvieron animadas por la acción de los emperadores que pensaban, como

[15] BOISSIER, Gastón: *La réligion romaine;* Hachette, París, 7ª edición, pág. 36.

[16] FRIEDLANDER: *La sociedad romana,* F. C. E., México, 1947, p. 1001.

Polibio, que si la República estuviera formada por sabios, las religiones serían inútiles. La inconstancia de las multitudes, sus malas pasiones, sus cóleras locas, han obligado a los gobernantes a recurrir, para frenarla, a los terrores desconocidos, a las ficciones espantables, a todas las amenazas de los abismos infernales.

Cicerón en sus escritos sobre la adivinación expresa una opinión semejante que pone en evidencia el carácter ilustrado de la época imperial: "la adivinación considerada en sí misma es una quimera, pero en buenas manos puede prestar grandes servicios al Estado porque impide a las asambleas cometer estupideces" [17].

Este pragmatismo no es conciliable con la fe y nos explica la intrínseca discordia que dividía el alma de los contemporáneos de Augusto cuando pretendían, de acuerdo con la palabra de orden del emperador, volver a los antiguos cultos. Como no podían sustraerse totalmente a las frivolidades y al escepticismo imperantes caían en la incoherencia entre lo que predicaban por exhortación oficial y lo que hacían en su vida diaria.

Fue en la obra de Virgilio donde la voz de Augusto tuvo su acento más sincero y esto porque el poeta mantuano no dijo sino aquello que salía de su corazón. Es verdad que toda su poesía estaba impregnada de ciencia y cultura: la lengua, la estructura del verso, el conocimiento de la religión y de la patria, el manejo de los lugares poéticos, pero como amaba todo eso, su palabra tiene una sinceridad que se opone fuertemente a cualquier obra pía de pura reconstrucción erudita.

"Donde perdía pie —escribía Brasillach— es en esas complicadas aguas donde la política y la religión se juntaban. Así cuando pedía a los paisanos que volvieran a los campos abandonados, hacía

[17] BOISSIER, G.: o. c., pág. 51.

de los trabajos de la tierra y de la paz bucólica un cuadro tan manifiestamente falso, como adornado de los más tontos colores mitológicos" [18].

Por poco que se compare la *Eneida* con los grandes poemas épicos de Homero se comprenderá que Virgilio trabajó sobre un material sabiamente escogido y no con tradiciones religiosas pertenecientes a una fuerte y viva fe popular.

Los períodos finales de una cultura se caracterizan por la pérdida de la fe. En su lugar la razón trata de substituir el entusiasmo, la inspiración divina o lo que fuere que haya en el fondo de las religiones, por las pasiones partidarias, ideológicas o simplemente conservadoras. Si se observa bien, este proceso admite dos formas de realización: una reaccionaria, clasicista, que con los ojos puestos en las condiciones que hicieron en otrora la grandeza del pueblo, lucha por reconstruirlas racionalmente. La otra tendencia es revolucionaria ahistórica, utópica. Pretende una sustitución completa de la realidad social por un modelo de fabricación racional.

Grecia conoció ambas formas del racionalismo, Roma sólo la primera. El gobierno de Augusto es, en todos sus aspectos, la ilustración cabal de una restauración conservadora.

El 19 de agosto del año 14 de la era cristiana, el emperador entró en agonía a raíz de una enfermedad que lo atacó en Nola. Velleius Paterculus nos transmitió sus supuestas últimas palabras. Verdaderas o no, son el agudo epílogo de su obra de gobierno.

"¿He representado bien la comedia de la vida?"

Terminó repitiendo en griego la frase con que se cerraban los espectáculos teatrales: "Si estáis contentos, aplaudid al autor".

[18] Brasillach, Robert: *Oeuvres complètes;* t. VII, Présence de Virgile.

VII

SOCIEDAD Y CULTURA

LA VIDA FAMILIAR

La asociación de ambos términos, sociedad y cultura, hace clara referencia a un aspecto constitucional de la vida romana y a otro que supone una serie de medios, sabiamente dosificados, para alcanzar la realización de un ideal humano. Comenzaremos nuestra investigación por la vida familiar y por ende por la situación de la mujer en el seno de la sociedad romana.

Cuando la historia del hombre en la tierra es vista en la línea de un progresismo indefinido, que supone la emancipación de la mujer de los cuadros tradicionales, las instituciones sociales antiguas aparecen con los trazos informes de un embrión en vía de desarrollo que apenas deja adivinar los rasgos de su futura perfección. Parece obvio señalar que ésta no es la mejor perspectiva para comprender eso que cada época tuvo de valioso.

Si se observa la cerámica etrusca y los variados dibujos que la adornan, se comprenderá fácilmente que una civilización que había hecho del comercio su actividad favorita, no podía descuidar el atuendo de las mujeres ni dejar de adornarlas con la pulcritud de una esmerada delicadeza. Se encuentran allí los primorosos tocados que tanto llamaron la atención en los vasos cretenses y una presencia

constante de las mujeres en las ceremonias y banquetes de una refinada vida social. Una vez más se impone la seguridad de que un mundo dado fundamentalmente a los negocios convierte a la mujer en uno de sus más preciados ornamentos.

Si se pasa de la cerámica a las escenas esculpidas en las piedras tumbales, se observa nuevamente el lugar de privilegio que ocupaba la mujer y la importancia que debieron tener en la vida social de los etruscos. Se tiene la impresión, de acuerdo con los mejores etruscólogos, que la mujer era el centro indiscutido de la vida social y que reinaba sin sombras en el seno de la familia.

Tito Livio, en una referencia que hace sobre el origen de los Tarquinos, se detiene a relatarnos la leyenda de Tanaquil, la mujer de quien sería Tarquino el Antiguo y a cuya carrera ascendente habría colaborado de un modo decisivo. No solamente el primero de los Tarquinos debió su ascenso a la habilidad de Tanaquil, sino que fue ella, siempre según Tito Livio, la que promovió la llegada al trono del sucesor de su marido, Servio Tulio.

Verdad o ficción poética, esta referencia brega por la importancia que tuvo la mujer no solamente en los límites de la casa familiar, sino también en las relaciones de la vida pública.

El fuego sagrado de la ciudad de Roma estuvo custodiado por las vírgenes llamada vestales. ¿Qué relación existía entre la conservación de la virginidad y la vigilancia de la llama votiva? No sabemos. Los vínculos son misteriosos y se pierden en la noche de los tiempos. Existe un poder en el fuego sagrado y en la virginidad que ningún contacto impuro debe manchar. La violación del voto de virginidad traía como castigo un terrible suplicio. ¿Hay una prefiguración de la Virgen Santísima en la pureza de esas jóvenes consagradas al culto de la ciudad?

Existían otras fiestas religiosas destinadas exclusivamente a las mujeres y cuyas ceremonias estaban vedadas a los hombres. Una de ellas era la de la "buena diosa", quien, según la leyenda, había matado a su marido, una suerte de fauno, luego de haber bebido vino. En esta fiesta las damas empinaban el codo y se desquitaban de la abstinencia a que las sometía la disciplina familiar. Un amigo de la psicología freudiana podría ver en ella una especie de sublimación religiosa del deseo de matar al marido.

Había otra donde se bailaba alrededor de un ostentoso falo que estaba destinada, según San Agustín, a favorecer las siembras.

"Y esto se hacía no en privado, donde fuera más verecundo, sino en público, triunfando aquí la carnal torpeza. Este impúdico miembro, durante las festividades de Líbero, era colocado con grande honor en carrozas y paseado primeramente del campo a las encrucijadas y luego hasta la ciudad. En la villa llamada Lavinio, se dedicaba todo un mes a festejar a Líbero. Sobre este miembro, una madre de familia, elegida entre las más irreprochables, colocaba públicamente una corona" [1].

Muchas de estas licencias litúrgicas estaban destinadas a desencadenar ciertas pasiones de la femineidad que de otro modo habría que tolerarlas en ocasiones y situaciones menos adecuadas. Los romanos llamaron "impatientia muliebris" a esa incapacidad que suelen tener las mujeres de refrenar sus impulsos y trataron, en todo momento, de ofrecerles una salida sacra, porque, según el criterio antiguo, procedía de una fuerza misteriosa.

En la misma fundación de Roma aparece el nombre de Larentia como aquella que recogió a Rómulo y Remo y los crió entre los famosos pastores que robaron las majadas de Hércules.

[1] San Agustín: *De Civitate Dei*, VII, 21.

Normalmente la mujer era el centro de ese pequeño estado constituido por la familia heril. El pater reinaba como un soberano sobre los hijos e hijas no casadas, sobre los nietos, los clientes y los esclavos. No obstante este gran poder, los otros miembros de la casa tenían sus derechos y prerrogativas. La mujer podía adquirir, poseer bienes muebles e inmuebles y heredar a la par de sus hermanos. La soberanía paterna no era discutida y la ley le otorgaba el carácter de un verdadero juez con respecto a sus allegados. Podía castigar, agraciar o dar la muerte si lo encontraba necesario. Pero no podía usar de ese poder sin reunir el consejo de la familia.

El casamiento de una hija significaba que el padre abandonaba la potestad que ejercía sobre ella y la transfería al marido. En latín se decía que pasaba de la mano del padre a la mano del marido y dependía de este último como una hija.

Los patricios romanos tuvieron una forma de matrimonio solemne que se llamó "conferratio" y que se realizaba en presencia de diez testigos, luego de un sacrificio y una consulta a los auspicios. Los esposos compartían una torta de trigo duro —"fareus libum"— como símbolo de la vida en común. Esta ceremonia le daba al matrimonio su sentido público y religioso.

Entre los plebeyos las costumbres fueron más realistas y se acomodaron a situaciones de mayor crudeza. Una de las formas comunes del matrimonio entre gente de menor cuantía fue la "consumatio" o simple "uso". La muchacha abandonaba la casa paterna y se iba a la del marido. Pasado un año quedaba en poder de este último de acuerdo con el principio jurídico de que en los bienes muebles la posesión vale el título. Esta situación legal tenía su contraparte: si la mujer abandonaba durante tres noches seguidas el hogar del marido, volvía de nuevo a la casa de su padre.

Otra forma matrimonial fue la compra que se efectuaba comúnmente en dos actos: el padre abandonaba su potestad sobre la hija, la emancipaba. En otras palabras la dejaba en la calle. El esposo, apiadado de la situación de la muchacha, pedía a ésta si quería pasar a estar bajo su protección. Si aceptaba, pasaba a vivir con el marido.

Los matrimonios plebeyos fueron meramente civiles, en cambio los patricios reconocían formas tradicionales religiosas. Un ciudadano romano no podía casarse con una mujer cuyos padres no tuvieran el privilegio de esa ciudadanía. Junto a esta limitación prohibitiva del matrimonio estaban los impedimentos por consanguinidad que se extendían, en los comienzos de la República, a un grado de parentesco bastante lejano. Más adelante se atenuó un poco y durante la época imperial se redujo todavía mucho más.

La edad fijada por la ley para la contracción del matrimonio era de doce años para la mujer y de veinte para los varones. Estos últimos podían hacerlo a partir del momento que recibían la toga viril, que era a los diecisiete años. Fue uso largamente aceptado en las clases altas que la muchacha prometida en matrimonio a un joven ingresara a la familia del marido a partir de los siete años, con el propósito de educarse en las costumbres que debían ser las suyas. Allí completaba su educación: aprendía a leer, a escribir, a contar y recitar versos. Además, todas las artes que eran menester para hacer de ella un ama de casa hacendosa. Hilar y tejer eran las ocupaciones más importantes en la vida de la mujer y las que permitían dar a la señora de casa el título honorable de "summa lanifica".

Según una antigua tradición, cuyo origen remonta hasta Rómulo, había tres motivos fundamentales para repudiar a la esposa: el adulterio, la provocación de un aborto o la fabricación de un doble juego de llaves para abrir la despensa.

Algunos historiadores opinan que el matrimonio llamado por "confaerratio" era indisoluble, pero resulta que existía una ceremonia la "difaerratio" que disolvía el vínculo impuesto por la primera. Esto solamente se aplicaba en el caso en que la mujer hubiese sido condenada a muerte por el consejo familiar.

Los contratos civiles permitían el divorcio y para que éste se produjera bastaba la voluntad del marido expresada en una expulsión pura y llana: "Dame las llaves de la casa, toma tus bártulos y vete". Así de simple. Con todo no parece probable que esta decisión se tomara sin reunir el consejo de la familia y explicar ante él las verdaderas causas del repudio. No podemos olvidar que las uniones matrimoniales solían ser verdaderas alianzas familiares y no era faena fácil deshacerse de una muchacha que tuviera excelentes apoyos en su propia familia.

Legalmente la mujer dependía del marido y éste podía hacer todas aquellas cosas que le estaban prohibido a ella bajo pena de repudio y a veces de muerte.

El hogar es el reino de la mujer, allí es la "domina" o "dueña". En las casas importantes está eximida del trabajo servil y sólo hila o teje rodeada por sus servidoras. No vive encerrada en el "gineceo" y puede salir a la calle, dándole aviso a su marido del lugar a donde va. Fuera de la casa porta la "stela matronalis" y se hace acompañar por algunas servidoras, cuyo cortejo da cuenta de la dignidad del ama. En la calle se le cede la vereda y está totalmente prohibido tocarla, aun cuando comparezca ante un juez para responder de la comisión de un delito.

Es cierto que no puede repudiar a su marido por las razones indicadas más arriba, pero el adulterio en Roma no era fácil y el marido engañado puede matar impunemente a su rival si lo encuen-

tra "in fraganti". Estas dificultades y peligros, una existencia realizada a la vista de tantos servidores, hacen de la monogamia un carta obligada.

La posición de la mujer en la casa, lejos de disminuir, se acentuó en la época imperial y su importancia fue disipando la potestad discrecional del marido. Podía disponer de su dote y en los llamados matrimonios libres, frecuentes durante el Imperio, la mujer retenía la propiedad de todos sus bienes y el marido no intervenía para nada en su administración a no ser que ella así lo consintiera.

Existen numerosas referencias a matrimonios políticos hechos con una mujer de condición social superior a la del marido y que significó para este último un adelanto en su clasificación jerárquica.

"¿Por qué no quiero casarme con una mujer rica? —se preguntaba Marcial—. Porque no siento el menor deseo de convertirme en la esposa de mi esposa.

LA INFLUENCIA DE LA HELADE

Es un hecho que Roma sufrió desde sus comienzos la influencia de la cultura griega. Las expresiones de la civilización helénica la ayudaron a encontrar su propia forma espiritual. Así la literatura clásica aceleró la evolución del latín y le permitió acceder, en poco tiempo, a sus formas más altas y refinadas de expresión.

No siempre esa influencia fue beneficiosa y muchas costumbres de la Hélade decadente incidieron perjudicialmente en los cambios de la mentalidad romana.

En capítulos anteriores nos hemos referido a la tesis de Grimal con respecto a los comienzos de la helenización de Roma. Esa tesis corregía, en alguna medida, la opinión corriente que tendía a exagerar el aporte griego.

Para el historiador francés toda la cultura griega "se presentaba como un sistema de pensamiento muy próximo a las tendencias profundas de Roma". Ambas civilizaciones revelaban un innegable parentesco, por esa razón su encuentro, durante los sucesos bélicos del siglo III a. de J. C. "despiertan posibilidades y potencias latentes", tanto mejor advertidas por los romanos cuanto más respondían a tendencias íntimas "de esa síntesis psicológica, racial y cultural que llamamos Roma y en donde se unen, aunque en diferentes proporciones, elementos parecidos a los que constituyen la síntesis griega" [2].

Para Grimal, Roma fue una ciudad helénica tanto por sus constitutivos étnicos como por sus aspiraciones culturales. El estudio de la literatura romana durante la edad de oro de la República lo confirma en esta sospecha.

Ante todo está el modelo griego. Responda o no a eso que Grimal llama las aspiraciones más profundas del alma romana, se encuentra allí al alcance de los artistas, con todo su vigor expresivo, para señalarles cómo deben desarrollar sus propios trabajos. Los romanos conocieron estos modelos durante las guerras realizadas en Sicilia. En cada una de las ciudades de la isla había un teatro y, en ellos, los soldados romanos tuvieron la oportunidad de ver representadas las escenas más conocidas del drama ático y las improvisaciones y pantomimas a que eran muy aficionados los sicilianos. Sin duda había en los romanos una disposición espiritual que hacía eco a estas creaciones del espíritu helénico y muy pronto las exigencias de la demanda despertaron los ingenios capaces de emular las obras griegas con otras semejantes escritas en el idioma del Lacio.

[2] GRIMAL, Pierre: *Le siécle des Scipions*, Ed. citada, páginas 16/17.

Tarea larga y que no estuvo libre de inconvenientes. El latín evolucionó con gran rapidez para alcanzar las finezas expresivas del modelo. Esta evolución exagerada tuvo sus riesgos: idiotismos, greguecismos, atentados a la sintaxis natural de la lengua, fueron el precio pagado por los primeros escritores latinos para evitar la monotonía de una lengua todavía muy rústica. El latín aguantó el cambio y pronto estuvo en condiciones, si no de superar a su modelo, de crear obras originales que respondían mejor, en el fondo y en la forma, a su idiosincrasia.

Grimal, trocándose en "advocatus diaboli" de su propia tesis, nos aconseja dejar momentáneamente a un lado el helenismo latente que pudiera existir en el alma romana y observar la influencia exterior que tuvo Grecia en el desarrollo de la espiritualidad latina.

La Grecia contemporánea de las Guerras Púnicas ofrece al historiador dos rostros. Uno de ellos, vuelto hacia el pasado, vive de la nostalgia y el recuerdo; el otro miraba hacia el futuro y tenía su sede en la Magna Grecia. Este último es el que los romanos conocieron mejor y del que recibieron una influencia no ya libresca, sino viva.

"La ola partió de Magna Grecia y el acontecimiento que la puso en marcha fue la toma de Tarento en 272 a. de J. C." Fue la ciudad de Livio Andrónico, el primero de los autores latinos conocidos. Desgraciadamente para nuestro conocimiento de los primeros pasos literarios de Roma, Livio Andrónico es apenas un nombre. Debemos esperar el advenimiento de Nevius para encontrar un autor del que sobrevivieron algunos fragmentos en léxicos posteriores. Nevius no fue un poeta, apenas un gramático que componía versos con prolija pericia sintáctica. En sus dramas usó con abundancia la métrica griega, no así en un poema épico que dedicó al triunfo sobre Cartago, que escri-

bió en ritmo saturniano y en perfecto acuerdo con la tradición de los cantos religiosos romanos.

La idea que Roma fue fundada por troyanos que habían escapado de la destrucción de su ciudad parece haber nacido en Sicilia. Era una justificación ingenua de la derrota padecida por los griegos de la isla frente a esa advenediza que entraba con tanto ímpetu en el escenario histórico.

El fino helenismo de los romanos sufrió un largo eclipse cuando Aníbal invadió Italia y llevó sus ejércitos contra la Urbe. Hubo un movimiento de retorno hacia las fuentes etruscas y latinas; Roma abominó, temporariamente, del embrujo helénico. Luego de las guerras con Macedonia todo vuelve a su cauce y los vencedores de Cartago, de Aníbal, de Filipo y de Antíoco juran por los dioses del Olimpo y sienten en sus almas la mesura apolínea.

La helenización de las clases cultivadas era un hecho irreversible. No se podía ser un hombre culto si no se tenía conocimiento de la literatura y la filosofía griega y no se manejaba su lengua con cierta holgura. Los romanos estaban convencidos que la lengua de los griegos poseía esa fluidez y una riqueza expresiva que los latinos nunca podrían alcanzar.

De esta certeza nació la idea de enseñar el latín en cursos paralelos con el griego. Esta manera de estudiar la gramática se prolongó a lo largo de la historia imperial y pasó a formar parte de los usos pedagógicos de nuestra civilización, hasta un punto en que podemos afirmar, sin temor ni temblor, que su abandono es una de las causas más importantes de nuestro deterioro cultural. Catón el Censor encarnó la reacción contra el helenismo y su actitud desconfiada frente a la influencia griega revelaba la mentalidad del chacarero latino. No se crea por esto que Catón era hombre de criterio estrecho e incapaz de apreciar las obras del espíritu. Era fundamentalmente un romano en el momento

en que toda Grecia flirteaba con Cartago y se hacía necesario volver por los fueros de las propias tradiciones para oponerse a ese sortilegio debilitador.

Catón tampoco creía mucho en el valor de las conquistas y las anexiones. Pensaba que Roma tenía bastante con ser la cabeza de Italia y hablaba, como escribe Grimal, en nombre de una ética muy coherente y perfectamente comprensible para la aristocracia rústica y para los propietarios del Lacio.

Frente a Catón, Grimal coloca la figura de los Escipiones, tan animados como el Censor por la fe en Roma, pero con exigencias de expansión y conquistas que anunciaban ya el pensamiento imperial de la época de César y Augusto.

"Si Catón representa el espíritu de los propietarios rurales y la fuerte cohesión de la ciudad municipio, los Escipiones reclaman para sí la interpretación del pensamiento helénico que, venido de Etruria y de la Magna Grecia, formó la conciencia romana y le dio los medios para expresarse".

Catón y el grupo encabezado por los Escipiones encarnan, respectivamente, las dos corrientes en que se divide el espíritu de Roma: la tradicional y agrícola que halló en los Gracos su última expresión política y la corriente imperial, helenística, que se abrió paso en el atardecer de la República y floreció con el Imperio.

Las guerras del siglo II a. de J. C. pusieron en movimiento ambas fuerzas, como si Roma, frente a la agresión púnica, hubiera tenido necesidad de recogerse sobre sí misma y buscar en las fuerzas religiosas la raíz de su alma ancestral. Vencidos los cartagineses, se lanzó hacia adelante para conquistar el ámbito político donde se disolvería su antigua personalidad, para dar nacimiento a esa Roma que Júpiter, Marte y Quirino querían imponer sobre la cuenca del Mediterráneo. Roma, cabeza del Imperio, es el anuncio de esa otra Roma que será la cabeza de la Iglesia Católica.

Grimal cree que lo helenístico formaba también parte de la tradición romana auténtica. En esta afirmación quizá convenga distinguir dos aspectos: uno constituido por los elementos religiosos y étnicos comunes a la ciudad del Lacio y a los pueblos griegos; el otro depende del proceso de racionalización sufrido por la cultura helénica y que se conoce con el nombre de helenismo propiamente dicho.

Hay un origen común en los pueblos greco-latinos que explica ciertas semejanzas en sus creencias, en sus costumbres y en sus respectivas trayectorias. Pero hay también un proceso de extensión cultural, perfectamente consciente, que se extiende por toda la cuenca del Mediterráneo, cuyo impacto Roma sufrió a igual que otras ciudades, aunque con una capacidad receptiva en razón directa de su energía histórica.

Esto aceleró la maduración de su ritmo evolutivo, pero despertó, al mismo tiempo, la fuerte protesta de sentimientos todavía vigorosos y que encontraban su alimento en las fuentes de la religión nacional. Esta reacción explica la existencia de Catón el Censor y también la hibridación que padecieron ciertas obras de arte romanas, hasta que las formas expresivas helenísticas completaron su tarea de adaptarse a la romanidad.

Conviene señalar también que tanto la tradición religiosa griega como la romana no conocieron en sus criterios artísticos la rigidez de una forma hierática fija. La gran libertad expresiva de que dieron muestra fue uno de los mejores legados que hizo el arte antiguo a la civilización latino cristiana.

LA PARADOJA DE LA COMEDIA EN EL TEATRO ROMANO

El origen de la comedia ática es tan religioso como el de la tragedia. Ambas nacieron de los coros dionisíacos, pero una y otra evolucionaron

de distinta manera y en total acuerdo con los gustos que predominaron en los diversos estamentos sociales.

La tragedia fue expresión de la aristocracia y como tal tradujo los sentimientos del hombre egregio sometido a la fatalidad de un destino adverso. La comedia tuvo sus adeptos entre el pueblo y la burguesía ciudadana.

Se puede decir, sin exageración, que Roma no tuvo nunca una verdadera aristocracia. Faltó a su clase dirigente esa educación estética que imponía en todos los actos del hombre la elegancia sobre la utilidad. Roma fue, desde su comienzo, gobernada por un campesinado pragmático y poco amigo de cultivar bellas posturas y gestos heroicos. Aquiles no hubiera podido ser un héroe romano. Su pundonor personal lo hacía incomprensible para un pueblo que ponía la solidaridad patriótica por encima de cualquier actitud anárquica, por hermosa que fuera. El romano no amó el "bello gesto" por lo que pudiere tener de bello, lo honró cuando traía consigo un contenido que podía ser útil al orden social.

Esta disposición del ánimo romano explica la diferencia entre la "gravitas" latina y la "sofrosina" griega. La "gravitas" impone reserva en las expresiones temperamentales por razones de comando. Nace del arte de mandar, de la guerra si se quiere, no del teatro. La "gravitas" está muy lejos de ser cómica, pero tampoco es trágica. No se presta para la risa, pero no impone ese terror sagrado que emana del héroe griego acosado por "ibris" de su propia desmesura. La "gravitas" es simplemente la posesión de sí mismo que debe tener siempre el jefe frente a sus subalternos.

En la tragedia griega el que pierde el control de las fuerzas demoníacas que conmueven al espíritu entra en el terreno tenebroso de la violencia trágica y convoca contra él las potencias ciegas

del destino. El que pierde la gravedad del talante que conviene a un jefe en una situación de peligro sólo provoca un efecto cómico.

Esto quizá pueda explicar por qué razón la comedia tuvo más éxito que la tragedia en el teatro romano. El hecho que hayan sobrevivido veintisiete piezas cómicas anteriores al siglo primero de nuestra era es un indicio del valor que se les concedió. De las tragedias representadas en ese tiempo apenas si subsisten algunos pocos títulos y una docena de fragmentos recogidos por los gramáticos para uso de los escolares.

Livio Andrónico y Nevius fueron los primeros en adaptar las comedias griegas al gusto romano. Estas adaptaciones imponían un par de recaudos: hacer que los lances demasiado exóticos fueran comprensibles para el público romano y conservar la atmósfera griega para no ofender la "gravitas" romana.

Al romano le gustó reír, y hasta admitía hacerlo a expensas de su gravedad y dentro de los límites que permitía el decoro. Cuando la comedia faltó a las exigencias de este requisito y llevó sus bromas hasta vulnerar la autoridad, tanto el comediante como el comediógrafo pagaron con el destierro, y a veces con la vida, su falta de contención.

Nevius sufrió un percance de esta naturaleza cuando escribió, en uso de una libertad de lenguaje que las costumbres toleraban, un verso cuya equivocidad permitía una interpretación insultante para el cónsul Metellus:

"Fato Metelli Romae fiunt consules."

La palabra "fato" tiene doble sentido: puede significar el destino o la desgracia. Según uno u otro, la frase puede ser un insulto o una simple constatación. Como el verso fue dicho en plena guerra, Nevius olvidó el valor político de la "gravitas" consular. Fue encarcelado y más tarde desterrado de Roma.

La evolución que sigue la comedia en el curso de la historia romana obedece a un destino impuesto por su mismo origen. Como se trata de una forma vulgar del drama y, en alguna medida, propia del espíritu popular, cuando las clases patricias fueron perdiendo el control de la situación política y la burguesía se afianzó en el poder, la comedia se fue imponiendo y se hizo cada vez más grosera.

En la época imperial la tragedia había desaparecido casi por completo del teatro romano. La atelana y el mimo habían reemplazado los viejos juegos escénicos y, a través de Plauto y Terencio, continuaron las farsas de Menandro.

Estas expresiones del teatro popular latino tenían orígenes remotos. La atelana procedía de Campania y era una suerte de representación improvisada a la manera de los juegos de Polichinela. La acción corría a cargo de cuatro personajes graciosos que encarnaban sendos tipos de la fauna popular: Papo, el viejo de buen sentido; Dosene, un jorobado charlatán y en oportunidades, sabio; Buco, el tragón, y Maco el tonto.

Con estos cuatro personajes se realizaba una acción cómica que, sin grandes pretensiones y mucha sal gruesa, hacía reír a un público con pocas exigencias.

El mimo era una especie de farsa que tenía en Roma muy viejas raíces y sus antecedentes se extendían por toda la Italia meridional, prestándose su juego a escenas humorísticas de todo calibre. El que se estiló en Roma durante el ocaso de la República y el Imperio no pertenecía al género más refinado. Se trataba de pantomimas muy toscas en las que se faltaba alegremente el respeto a todo el mundo. Burlas a las costumbres femeninas y masculinas con una dosis de obscenidades bastante cargada, pero que aseguraba el éxito entre los marineros, menestrales y antiguos soldados que

componían la clientela habitual de los teatros suburbanos. Se hacían alusiones a los hombres públicos sin que escapara a ellas ni el emperador.

Se recuerda la escena cómica llevada al teatro por Dato, donde se aludía al parricidio cometido por Nerón.

La comedia se fue perdiendo en la medida que el teatro se dirigió a un público cada vez más vasto. La necesidad de impresionar a las muchedumbres con escenas realistas obligó a ampliar fastuosamente los escenarios, montar máquinas y aparatos capaces de producir los efectos buscados por el escenógrafo, más atento a provocar el pavor, el espanto, que a producir obras de mérito estético. El ingenio se agotó en la invención de tramoyas y el arte del diálogo cedió el paso al puro espectáculo visual.

No podemos cerrar este comentario sobre la comedia romana sin referirnos brevemente a la personalidad de Terencio y Plauto.

Terencio, segundo de los grandes comediógrafos romanos, había nacido en Cartago y con toda probabilidad era de origen púnico. Hay quienes sostienen que pudo ser numida. Sólo sabemos que entró en Roma en calidad de esclavo, pero libertado por el senador C. Terentius Lucanus, pasó a pertenecer a su familia cuyo nombre inmortalizó con su obra.

Como Livio Andrónico adquirió en Roma toda su cultura y se impregnó del helenismo que fue la consecuencia intelectual de las guerras púnicas y especialmente de la conquista de Grecia. Muchos eruditos suponen que algunas de las escenas de su teatro fueron escritas por nobles romanos adscriptos al círculo helenizante de los Escipiones y que por razones de "gravitas" no se atrevían a presentar con sus nombres. Como quiera que haya sido, esta opinión refleja un hecho, y es que Terencio encarnó la disposición común a un amplio grupo

de hombres que pertenecían a los estamentos más cultos de la ciudad.

Se ha discutido también la originalidad de su obra y en esta discusión está comprometida la independencia de la inspiración romana con respecto a sus modelos griegos. Las diferencias existentes entre Terencio y Plauto y el uso que ambos hicieron, aunque con matices muy personales, de algunos recursos cómicos tradicionales, señalan la originalidad de los dos autores. Indican también que la comedia romana, pese a todo lo que pudo tomar en préstamo a la de Atenas, no era un simple calco.

La comedia de Plauto, nacida durante los años de la guerra contra Cartago, tiene un carácter todavía más romano que la de Terencio. Este "umbrio" de Sarsinas era hombre de negocios y emprendió el camino del teatro para restaurar una fortuna perdida en el comercio.

"El teatro de Plauto —escribía Grimal— no es griego. Concede un amplio lugar no sólo a lo romano, sino también a lo italiano. Detalles de costumbres, de instituciones, incluso de topografía, muestran que las escenas, a pesar de los nombres griegos de sus personajes, concesión a la «gravitas», están pensando en un ambiente romano" [3].

Romana es también la intención de Plauto, y moralizante, en el sentido en que lo entendía el viejo Catón: dar a los romanos la conciencia de su responsabilidad patriótica y poner lo helénico como ejemplo pernicioso de individualismo. Plauto imita a los griegos, pero se sirve de ellos para edificar el ánimo romano. Su posición espiritual se encuentra en el cruce de los caminos que van por los Escipiones al helenismo y por Catón al tradicionalismo moralizador de la República. El Imperio, como un río caudal, nació de estas dos fuentes y de ambas dependió su duración y su éxito.

[3] GRIMAL, Pierre: o. c., pág. 94.

El mundo romano no mostró una especial aptitud para comprender y cultivar ese fenómeno cultural que fue la filosofía clásica en Atenas. Sólo se conoció en Roma la filosofía correspondiente al período helenístico y podemos decir que la robusta salud social del romano reaccionó con vigor contra el racionalismo individualista de este producto de la decadencia griega. Por supuesto fue Catón el Censor el primero que se hizo eco de este sentimiento de repulsa y pidió la expulsión de la ciudad de Roma de los filósofos Diógenes, Carneades y Filolao. Como es fácil deducir fue un Escipión quien se opuso a esta medida y prestó su casa y su prestigio para acoger la filosofía en la persona de Panecio.

Las viejas ciudades helénicas estaban llenas de filósofos y la fama de la ciudad del Tíber no tardó en atraer sobre ella una banda de intelectuales griegos, cuyos pintorescos atuendos parecían estar en proporción inversa con su importancia espiritual. Los romanos tomaban de ellos lo que mejor se avenía con sus intereses prácticos, limitándose al estudio de las doctrinas relacionadas con la vida moral.

Varrón es el primero de los romanos que, sin ser precisamente un filósofo, volcó en numerosos tratados una asombrosa erudición que hablaba alto de su gran capacidad para el estudio y de su insaciable curiosidad. Escribió muchos libros, pero pocos han llegado hasta nosotros y permiten formarnos una idea de los extraños caminos que podía recorrer la filosofía en la mente de un romano.

Después de Varrón la filosofía encarnó en los últimos representantes de la República, cuya figura más representativa fue la de Catón de Utica. Rigurosamente pedantes y muy amargados por el

sesgo que tomaba la política romana, no escribieron nada pero afectaban en los negocios terrenos una cierta displicencia estoica.

El menos estoico de todos ellos fue Cicerón y, al mismo tiempo, el único que tradujo por escrito sus inquietudes filosóficas. No fue, para hablar con propiedad, un pensador sistemático. Le gustaba escribir y esto dice todo acerca de la versatilidad con que acogió los temas más variados y las influencias espirituales más diferentes sin lograr integrarlas en un cuerpo original de doctrina. San Agustín se refirió a él con encomio, por la influencia especial que ejerció en su formación ese libro de Marco Tulio que se llamó *Hortensio.*

Desgraciadamente para nuestra curiosidad el libro se ha perdido, pero no creo pecar contra la filosofía si conjeturo que no debe ser muy superior a los otros que de él nos quedan. San Agustín era un lector ávido y una lectura solía sugerirle muchas ideas que atribuía con generosidad al libro leído. Esta actitud del santo doctor nos permite sospechar que concedió al *Hortensio* mucho más de lo que el genio de Cicerón puso en él.

Los otros cultores republicanos de la filosofía fueron menos felices y carecieron de posteridad conocida. Dos de ellos, Bruto y Cacius, intervinieron demasiado activamente en el asesinato de César. Esto malquistó la filosofía con los herederos del dictador. Desde ese momento fueron sospechosos de abrigar ideas contrarias al Estado. Sólo con los Antoninos la filosofía ocupará una parte de los ocios del emperador: ligeramente epicúrea con Adriano, se hará nuevamente estoica con Marco Aurelio.

El romano común nunca la miró con buenos ojos, la encontraba demasiado griega y adscripta a usos y costumbres de los que abominaba en aras de la "gravitas" tradicional. La admitió

cuando la pérdida de la fe en los antiguos dioses fue casi un hecho y el emperador, como decía Elvio Prisco, debía poder entregarse a los negocios políticos bien armado espiritualmente contra los golpes del destino.

Así se buscó en ella un arma contra la irracionalidad de la suerte, por esa razón entró en la inteligencia a la muerte de la religión, pero impuso su necesidad. Las preferencias por el estoicismo nacieron del temperamento activo del romano. Quintiliano decía que el hombre cívico es verdaderamente sabio cuando se entrega a la administración del Estado y no a vanas reflexiones.

"¿Qué filósofo ha intervenido como juez en un proceso o como ciudadano en una asamblea del pueblo? ¿Cuál se ha ocupado del gobierno para poder dar reglas y consejos?"

Estas dos preguntas de Quintiliano traducen mejor que cualquier otro comentario el pensamiento del hombre de acción frente a eso que consideraba las vanidades de la filosofía. Además deja traslucir la sospecha de que tal entrega a las cuestiones ociosas del pensamiento es mala de por sí.

Contemporáneo de Cicerón fue Tito Lucrecio Caro. Nació en la Campania por el año 95 a. de J. C., según la cronología de San Jerónimo, y se dio muerte con un veneno cuarenta y cuatro años después. Este gran poeta latino no fue totalmente romano, ni por el nacimiento, ni por el espíritu, aunque fuese el latín su "patria lingua".

Heredero de la tradición poética de Ennius, no se preocupó, como su coetáneo Catulo, por modificar la métrica de los versos e introducir en el arte nuevos refinamientos. Tomó la tarea de versificar como un instrumento didáctico para transmitir sus ideas. No obstante, debe reconocérsele un gran talento literario, y si no hubiere sido por

la pedantería pedagógica, habría podido legar algunas magníficas elegías y no ese chorro inacabable de versos que se llamó "De rerum natura". De cualquier modo, el famoso poema de Lucrecio muestra, aquí y allá, las pruebas de que fue hecho por un poeta y no sólo por el empedernido reconstructor de la filosofía de Epicuro.

Lucrecio adoptó el epicureísmo y pretendió conciliar el materialismo de Demócrito y Leucipo con las enseñanzas que sobre el placer habían predicado los filósofos de la escuela de Cyrene. El sincretismo tenía su originalidad y más que a una moral hedonista tendía a conseguir un temple de ánimo que no desesperase frente a los dolores de la muerte y, en particular, ante las amenazas de las sanciones ultraterrenas enseñadas por la tradición religiosa. El libro de Lucrecio fue un modelo de moral sin religión, pero nunca negó la existencia de los dioses.

La conciliación de su teísmo teórico y de su ateísmo práctico nacía del concepto muy particular que tenía acerca de la naturaleza de los dioses. La esférica perfección de que gozaban los seres divinos les impedía ocuparse de otra cosa que no fuera el goce de la plenitud vital que poseían. Esto los hacía definitivamente epicúreos y no teníamos por qué temer que se ocuparan de nuestras pobres almas para atormentarlas en las regiones infernales.

La orientación práctica de la inteligencia romana explica por qué razón la filosofía, como la poesía y la historia, eran instrumentalmente usadas para reforzar el arte de la retórica. En la elocuencia veía el romano la utilidad de todos estos saberes y la completa realización del hombre culto.

En el año 93 a. de J. C. se abrió en Roma la primera escuela de oratoria latina donde enseñó L. Plocio Galo, cliente de la casa de Mario. Es

curioso advertir que esta primera escuela de retórica, contra lo que podía esperarse, se apartaba de la tradición griega y denotaba una marcada predilección por los asuntos de interés inmediato.

La *Retórica a Erenio* es uno de los pocos manuales que ha sobrevivido al naufragio de este arte. Probablemente este libro perteneció a uno de los alumnos de Plocio Galo. En él se aconseja, con claro realismo, que las cuestiones de tipo Orestes y Clitemnestra hay que reemplazarlas por asuntos que tengan directa relación con la vida romana: cuestiones de derecho penal, comercial o marítimo.

Repetimos, esta enseñanza no excluía la poesía, la suponía. La lectura y explicación de los poetas era una indispensable iniciación para que el niño adquiriera conciencia del ritmo de la lengua. La filosofía venía después para dar al orador un cierto horizonte intelectual y la oportunidad de lucirse con citas adecuadas. También tendía a agudizar el ingenio en la argumentación coherente.

Este pragmatismo romano nos instruye sobre los límites en que debemos aceptar el tema de la fascinación que Grecia pudo ejercer sobre sus fieros conquistadores. La influencia helénica aumentó en los últimos años de la República y la filosofía didáctica propia de los exponentes del helenismo ejerció en la mente romana un efecto bastante nocivo.

Como estas reflexiones sobre la cultura romana tienen el propósito de hacer notar los elementos que posteriormente ingresaron en la civilización latino-cristiana, conviene advertir el carácter libre que tuvieron todas estas creaciones culturales. Los greco-latinos, en sentido muy diverso de los hebreos y posteriormente de los musulmanes, dejaron sus expresiones artísticas y científicas li-

bradas a un ejercicio que se regía según criterios propios y no a imposiciones provenientes de la religión. La cultura greco-latina no fue sacral en sentido estricto y esta libertad de su actividad espiritual la transmitió a la civilización que la sucedió.

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS AL FINAL DE LA REPUBLICA

Cualquiera que visitaba Roma durante el siglo primero a. de J. C. podía observar que la Urbe mantenía en todo su esplendor el culto de los antiguos dioses. Los templos dedicados a las numerosas festividades públicas eran muy concurridos. Una impresionante cantidad de colegios sacerdotales se encargaba de mantener en vilo los cultos de esta abigarrada población sobrenatural.

Júpiter, como siempre, encabezaba el cortejo de los dioses, y los templos levantados en su honor adornaban los puntos más importantes de la ciudad. En el Capitolio estaba el de Júpiter Peretrius, en la Vía Sacra el de Júpiter Stator, en el Palatino el de Júpiter Victor y había un templo en la isla del Tíber dedicado a Júpiter Jurarius.

Neptuno había consolidado su prestigio después de las guerras púnicas y el agradecimiento romano se manifestó en varios templos dedicados a su honor. El más importante se levantó en el campo de Marte y hubo otros, de menor fuste, en diferentes partes de la ciudad.

Marte, divinidad privilegiada y una de las primeras adscriptas a la gloria de Roma, tenía todo un campo consagrado a su culto y un gran templo sobre la Vía Appia. En el mismo campo de Marte se erigió también un santuario para Apolo.

Si nos atenemos al número de los edificios dedicados, luego de Júpiter, la divinidad más venerada de Roma fue Juno. Sobre el Arx existía un templo llamado de Juno Moneta. En el campo de Marte estaba el de Juno Reina y el de Juno Sospita. En el monte Esquilino el dedicado a Juno Lucina.

Mercurio, Minerva, Diana, Ceres y Venus eran especialmente venerados por los romanos y cada uno de ellos tenía sus santuarios. No enumeraremos los templos dedicados a los héroes divinizados ni a las numerosas abstracciones, como la Concordia, la Fides, la Fortuna, la Mente, la Piedad y la Victoria. No faltaban los santuarios modestos dedicados a divinidades menos notorias ni los monumentos recordatorios que hablaban de una piedad difundida y copiosa. Había altares dedicados al dios desconocido que, como su homónimo de Atenas, apuntaba a una divinidad cualquiera que pudiese haber eludido el conocimiento de esa constante y tenaz preocupación religiosa.

Las fiestas —el hombre antiguo no conoció eso que nosotros llamamos fiestas cívicas— fueron siempre religiosas y ocupaban una buena parte del año. Basta leer el calendario religioso para poder apreciar todo el tiempo que se reservaba al culto. Existían fiestas ordinarias y fiestas extraordinarias. Entre estas últimas sobresalieron los triunfos. En ellos se exaltaba al mismo tiempo la patria y la religión cuando el general victorioso ofrecía en el altar de la ciudad los laureles y las víctimas que llevaba consigo.

Un número tan grande de dioses exigía un ceremonial vasto y minucioso y para su realización estaban consagrados los colegios sacerdotales, unas asociaciones que se llamaron sodalidades y no pocos sacerdotes no colegiados. Los colegios sacerdotales fueron cuatro: el de los pontífices, a la

cabeza del culto oficial, y cuyo origen remontaba a Numa. Sila aumentó el número de los pontífices, que llegó a ser de quince miembros. La misión propia de este colegio fue cuidar el culto público de la ciudad. Defendía la religión de las innovaciones y del abandono que suele ser su triste consecuencia. El sumo pontífice tenía su cargo por vida y concentraba en su persona todos los poderes del colegio pontifical.

A este colegio lo sucedía en importancia el de los Augures, una institución cuyo nacimiento se pierde en la leyenda. El número de sus componentes aumentó también por iniciativa de Sila, que pretendía reforzar con esta medida las instituciones tradicionales. La República, ya en su ocaso, conoció un colegio de quince augures, no muy convencidos del valor de su extraña ciencia ni muy seguros en la ejecución de sus ritos, pero con la certeza de su valor político. Asistían a los magistrados de la ciudad e interpretaban los sig ns favorables o desfavorables que leían en las entrañas de las aves y que servían de presagio para iniciar o desistir de una empresa. El colegio tenía una reunión mensual de carácter ordinario, pero el Senado podía convocarlo para una sesión extraordinaria si así lo creía necesario.

El Colegio de los "Quindecenviros Sacris Faciundis" remontaba su prosapia hasta los primeros reyes de Roma. En sus comienzos no tuvo el nombre que adoptó, probablemente, durante el gobierno de Sila, al elevarse a quince el número de sus miembros. Tenía en su gobierno el culto de los dioses que no pertenecían a la nación romana. Consultaba los libros Sibilinos y en la misma medida que se extendió el dominio de Roma se amplió su jurisdicción.

Tenía el poder de abrir el panteón romano a las divinidades extranjeras, vigilar el culto de esas divinidades recientemente incorporadas y estable-

cer las reglas para asimilarlas a las costumbres romanas.

El cuarto colegio sacerdotal era el de los Feciales, de origen tan arcaico como los otros y a cuya competencia incumbían las declaraciones de guerra, tratados de paz, alianzas y armisticios.

Había otras asociaciones religiosas que llevaban el nombre de Sodalidades. Se conocen cuatro: la de los Lupercales, cuya fiesta anual era rubricada con un sacrificio en una gruta llamada antro del Lupercal y luego en una carrera alrededor del Palatino. Era también un culto arcaico y asociado con las divinidades de la tierra.

La sodalidad de los Hermanos Arvales era todavía más vieja y estaba ligada al culto de la tierra nutricia y de la Dea Dia, cuya fiesta anual caía en el mes de enero.

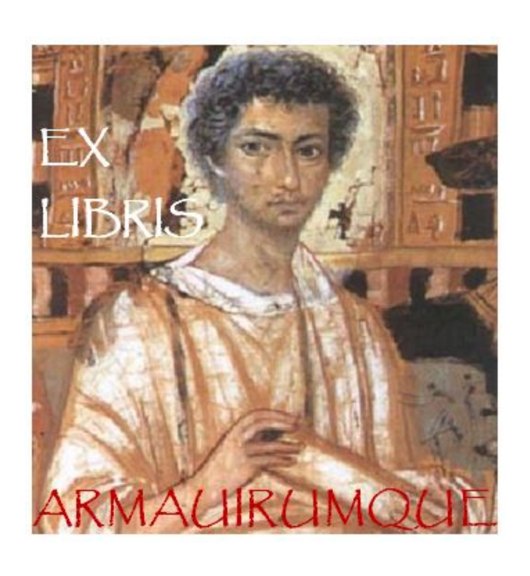
La sodalidad de los Salianos tenía las fiestas dedicadas a Marte durante el mes de marzo. Dirigía las danzas armadas y presidía la purificación de los instrumentos de guerra: "el armilustrium".

Hubo una última sodalidad llamada de los Titianos que debía su nombre al rey sabino Titius Tatius. Tenía por misión perpetuar el culto de los dioses sabinos.

Junto a estas asociaciones existieron también grupos sacerdotales destinados a un culto especial. El más famoso fue el de los Flámines, que dependían del sumo pontífice y cuya tarea era la conservación del culto a los grandes dioses de la ciudad: Júpiter, Marte y Quirino. Hubo otros flámines dedicados a otras divinidades menores. Aulo Gelio en sus *Noches áticas* hace una detallada descripción de la vida que llevaban los flámines dedicados a Júpiter. Tan minuciosas eran las prescripciones y las reglas a las que debían someter sus conductas, que sólo recordarlas era una tortura.

En este cuadro de la religión romana conviene recordar el Colegio de las Vestales. Eran vírgenes consagradas a mantener permanentemente encendido el fuego de Vesta. Vivían en una comunidad bajo la dirección espiritual de la Gran Vestal y estaban totalmente retiradas del mundo. Si llegaban a violar su voto de castidad eran condenadas a muerte por el sumo pontífice, quien las hacía sepultar vivas.

Este aparato religioso se mantenía en pie hacia el fin de la República, pero como escribe León Homo: se practicaba, pero ya no se creía. El mismo autor señala ese escepticismo como una prueba del debilitamiento de la tradición [4].



[4] HOMO, Leon: *De la Rome paienne a la Rome chretienne*, Lafont, Paris, 1950, p. 35.

VIII

LA CONSOLACION POR LA FILOSOFIA

SENECA Y NERON

No se conoce con exactitud el año en que Séneca vino al mundo, pero se sabe que nació en Córdoba, la ciudad andaluza engrandecida por el pretor Marcelo y en donde la familia del futuro filósofo llevaba algunos años de permanencia. Su padre llevó el nombre Marco Anneo Séneca. El gentilicio Anneo marcaba su antigüedad con demasiada insistencia para que los genealogistas no lo hallaran sospechoso. La madre se llamó Helvia y, según se dijo, fue algo pariente de Marco Tulio Cicerón.

Este parentesco testimonia por la herencia retórica de nuestro Lucio Anneo Séneca. Su padre había sido maestro en Córdoba y tenía fama de orador elocuente. Esta fama le hizo encontrar un poco chato el ambiente cordobés para el desarrollo de sus condiciones. Lucio era todavía un niño cuando Marco decidió ejercer su oficio en la Urbe.

Con su padre comenzó los estudios literarios y asistió más tarde a las clases de Higinio, Cestio y Assinio Galo. Atraído por la filosofía, se dedicó con entusiasmo a seguir las lecciones de la escuela de Atalo. El cultivo de esta disciplina lo ilustró sobre todos los tópicos usados por los orado-

res, pero al mismo tiempo le inspiró un ideal ético a cuyas normas trató de ajustar su vida.

"Observarás —escribe en la Epístola CVIII— que la mayor parte de los que oyen filosofía, asisten a la escuela como a sitio de recreo. No tienen la pretensión de abandonar ningún vicio ni se proponen ningún modelo para ordenar su vidas, sino que buscan solamente el agrado de los oídos".

De la retórica como arte extrajo su primer dolor cuando incurrió en la envidia de Calígula y en la persecución que desató contra él Mesalina. Más tarde, durante el reinado de Claudio, fue acusado de haber abusado de la inocencia de Julia, y desterrado a la isla de Córcega. Allí debió recurrir a todos los consuelos espirituales de la filosofía para combatir el horror de la soledad durante los nueve años que duró su exilio.

Otra vuelta de la voluble fortuna lo llevó nuevamente a la corte imperial. La emperatriz Agripina puso bajo su cuidado la educación de Nerón y uno de sus primeros trabajos oratorios fue redactar el elogio fúnebre del difunto emperador Claudio. Su discípulo Nerón lo pronunció con gran énfasis delante de todos los grandes magistrados de la ciudad. Nadie ignoraba que Claudio había sido envenenado por Agripina y advertían el cómico contraste entre el lúgubre asesinato perpetrado por la madre del orador y los engolados pensamientos fúnebres redactados por el profesor de retórica.

Séneca era sobrio en cuanto a la alimentación y a la expresión de sus emociones, pero lo era mucho menos en el manejo de la sintaxis latina y muy pronto otros literatos que aspiraban a ocupar su puesto lo acusaron de corromper el gusto del joven Nerón enseñándole a escribir en un estilo muy afectado.

El verdadero carácter de Nerón no pasó inadvertido a su maestro, y en alguna oportunidad

dijo a sus amigos que amaestraba un león. Su énfasis lo llevó a exagerar bastante la índole de su real discípulo, que era apenas un degenerado.

Los primeros pasos del gobierno de Nerón fueron discretamente buenos, y es opinión de muchos que esta provisoria bondad fue por influencia de Séneca.

La locura latente en el alma del emperador apareció luego que hizo asesinar a su madre. Los historiadores dicen que Séneca no tuvo nada que ver con este crimen, ni con otros que le sucedieron. Probablemente asqueado por el giro que tomaba la vesania de Nerón y puesto sobre aviso a raíz del asesinato de Burro, se retiró a una villa de la Campania, donde pasó sus últimos años dedicado a escribir sus reflexiones y a consolarse de los emperadores.

De este modo evitó, por un tiempo, el clima malsano de la corte, pero no pudo hacer que Nerón no se preocupara por su existencia. Había sido un hombre demasiado notorio para que el emperador lo olvidara con facilidad y había frecuentado largo tiempo la mente de Nerón para que éste no temiera su ironía.

Para esa época Nerón se había declarado dios, y, aunque su físico no lo disponía favorablemente para ese papel, pues era un mozo de piernas débiles, de cuerpo adiposo y un rostro abotagado y sin fuerza, lo había adoptado para que el nuevo cargo lo librara para siempre de remordimientos y problemas de conciencia.

Terapéutica estrafalaria pero no totalmente reñida con el concepto moderno de las transferencias psicológicas. En realidad se curó de todo cuanto podía quedar en él de humano y su locura entró en un plan de realizaciones heroicas de las que no excluía un cierto humor negro.

Soñaba con un gran templo eregido a su genio y una ampliación no menos grandiosa del urba-

nismo romano. Cuando estalló el famoso incendio de la ciudad, los habitantes, que conocían sus inquietudes arquitectónicas y algunos de los extraños vericuetos de su mente, pensaron que podía ser él el autor del horrible siniestro. Nunca se logró saber dónde estaba el culpable, pero como el pueblo pedía uno a grandes alaridos, Nerón creyó conveniente hallarlo y lo más pronto posible.

Ignoramos las razones que lo llevaron a elegir a los cristianos como víctimas para desempeñar el papel de incendiarios. Era una secta poco numerosa y como afirmaba Tácito, sus adeptos pertenecían "a cuanto hay de criminal e infame en la ciudad de Roma" [1].

Hecha la elección resultaron excelentes chivos emisarios y pudieron servir en otras oportunidades célebres para distraer la atención pública de algunos asuntos que el Estado prefería mantener bajo capa.

Purgada la culpa del incendio con el sacrificio de los cristianos, Nerón se dio con vigor, y no sin talento, a la transformación urbanística de Roma. En esta tarea lo sorprendió la muerte de su mujer, Popea. Según unos falleció como consecuencia de un aborto y según otros el aborto fue provocado por una patada en el vientre que le había dado su divino esposo. Sea como fuere, Nerón la sintió mucho y lloró públicamente sobre su cadáver.

El luto no ha sido hecho para los dioses, y como Nerón no olvidaba jamás su divina condición, prosiguió con entusiasmo la construcción del templo a su genio. Estaba en estos menesteres cuando se descubrió la conspiración que pretendía poner en su sitio al senador Calpurnio Pison.

[1] TÁCITO: *Anales*, XV, 44.

Natal, que odiaba a Séneca, lo acusó de estar también en la intriga y el emperador lo condenó a muerte. Tácito afirma que Séneca no tuvo nada que ver con la conjuración de Cayo Calpurnio Pison y que tal complicidad sólo existió en la mente de Natal. Otros suponen que hubo una conversación entre Séneca y Natal acerca de Pison y durante ella se pronunciaron palabras que el cerebro de Nerón y el espanto de Natal consideraron comprometedoras. La verdad no se conoce y éste es uno de los tantos misterios que la historia guarda en sus cajones secretos.

El filósofo supo enfrentar la muerte con calma estoica y aprovechó la oportunidad para dar su última lección de filosofía y afirmar la imagen con que quiso pasar a la posteridad.

¿En qué consistió la enseñanza de Séneca y qué valor tuvo su pensamiento? Si pretendemos indagar la importancia teórica del senequismo, debemos admitir que la filosofía de Séneca no tiene método y carece de una arquitectura sistemática capaz de colocarlo entre los grandes pensadores del mundo antiguo.

Fue un gran escritor, a veces brillante, a veces afectado, pero en todo momento sabe traducir con fidelidad el estado espiritual de su época. Es un testigo excelente para conocer el mundo en que le tocó vivir y en el que desempeñó el papel de director de conciencias.

La tónica de sus reflexiones está dada en sus *Epístolas morales*. En ellas, por momentos con gran felicidad, une el tono familiar y directo con la reflexión doctrinaria. Sus propósitos son prácticos y trata de enseñar el recogimiento y la libertad en una vida retirada, sin apegos, y melancólica.

"Recógete en ti mismo cuanto puedas; busca a aquellos que puedan hacerte mejor y recibe también a quienes tu puedas mejorar. Esto es re-

cíproco, los hombres aprenden cuando enseñan" [2].

Son los consejos de un profesor desengañado pero fiel a su oficio. La época es dura para quien gozó los favores del poder y se ve ahora en la soledad de un retiro forzoso. Séneca admite que se pueden dar lecciones públicas "pero nadie es capaz de comprenderte, exceptuando uno o dos, y a éstos tendrás que formarlos" [3].

El pensamiento de Séneca no tiene, como el de Epicuro, su hontanar en un temperamento caedizo. El tono recogido e íntimo que adopta nace de la situación que vive, no de sus entrañas. Séneca fue hombre bien dotado para la vida y no tuvo espontáneamente los gustos que la necesidad le obligó a adoptar.

Sus adversarios le atribuían una fuerte inclinación a los placeres de la mesa y del tálamo. Por mucha malevolencia que hayan puesto en esta acusación, no se la puede poner totalmente en duda. La posición que logró, la fortuna que amasó, la importancia social que tuvo, bregan por el vigor de su personalidad. Sus reflexiones fueron una compensación y un refugio.

Muchos de sus aforismos con respecto a los beneficios de la vida simple o del retorno a la naturalidad primitiva son tópicos literarios y temas para ejercicios de estilo y en su pluma delatan más decepción que desprecio por las comodidades y los refinamientos de la civilización. En su último retiro campestre no carecía de nada y cuando se suicidó por orden de Nerón, lo hizo en un baño que no hubiese tenido nada que envidiar al de Petronio, que pasaba por ser el árbitro de la elegancia en ese momento.

"La libertad se abriga bajo el techo de paja, como ahora la esclavitud bajo el oro y el mármol" [4].

[2] SÉNECA: *Epístolas Morales,* VII.
[3] Ibid.
[4] SÉNECA: o. c., Ep. 90.

Esto era mucho más cierto de lo que hoy estamos dispuestos a creer, porque efectivamente la vigilancia maniática del emperador se hacía sentir mucho más sobre sus allegados que sobre la pobre gente que vivía lejos del trono.

Si su filosofía trató de ser un consuelo para un tiempo en que se despreció a los hombres, no es de extrañar que la exposición de sus pensamientos, invariable en cuanto al tono dominante, siga los movimientos de un ánimo muy sensible a los cambios humorales. Esto explica su eclecticismo y las numerosas contradicciones que se encuentran a lo largo de sus escritos. No es raro leer en ellos una exaltación de la solidaridad, luego de haber aconsejado el alejamiento de todo trato social.

La filosofía sirvió de consuelo y a esta exigencia pragmática plegó el orden de sus sentencias. Es inútil buscar un principio espiritual que sirva de fundamento ontologico a todo su edificio conceptual. Su física es, al mismo tiempo, una suerte de teología y el concepto de dios, como mente del universo, razón, logos y fuego sutil, es algo más imaginado que concebido y posee todos los atributos de una metáfora poética.

La ética es búsqueda del equilibrio anímico y se logra acallando las pasiones bajo el dominio de una razón resignada, desesperada, y vanamente empeñada en hallar una esperanza en un mundo donde no hay nada que esperar.

EL ESTOICISMO DE EPICTETO

Nerón fue un punto crucial en esa primera fase de la filosofía como consolación, porque realizó, de un modo egregio, el tipo de emperador de quién la filosofía debía consolar. Séneca, que había conocido a Calígula, rindió a ambos el tributo de su melancólico desprecio. Lo dice con claridad en su tratado sobre la ira, cuando afirma que en la corte,

la única posibilidad de llegar a viejo consiste en la aptitud para sonreír entre los insultos y las injurias.

Cayo Mussonio Rufo tuvo mejor suerte o mejor disposición para sobrevivir que Séneca. Nerón se contentó con echarlo de la ciudad a la que volvió más tarde llamado por Tito, que sintió por él un gran aprecio.

Los escépticos dicen que Tito no cometió muchos errores porque vivió poco y sólo su corta vida explica la buena imagen que dejó en la historia. Queda firme como recuerdo de su paso por la magistratura imperial su generosidad y su magnanimidad. Para los que piensan en la suerte corrida por Jerusalén cuando fue ocupada por Tito en el 70 de nuestra era, tales afirmaciones pueden parecer exageradas, pero en tal apreciación no se puede desestimar una razón de oficio. En Jerusalén fue un general al frente de un ejército para sofocar una sublevación, en Roma fue un gobernante. No se puede pedir en ambos casos las mismas virtudes y los mismos criterios.

Amaba a su pueblo y esto no quiere decir que amara a todo el mundo. Lo demostró en ese par de años que sucedió a su padre en el trono de los césares. Durante su gobierno se sucedieron varias calamidades que pusieron a prueba su buena disposición. A raíz de un nuevo incendio que devastó la ciudad tomó numerosas medidas de carácter social para aliviar la suerte de los menos favorecidos. Una epidemia que asoló a toda Italia y la erupción del Vesubio que sepultó la ciudad de Pompeya lo obligaron a prodigarse en socorro de las víctimas. Hizo todo cuanto estuvo en sus manos para reparar los daños causados por estas calamidades. No sólo pagó con el tesoro público, sino que perdió la vida asistiendo personalmente a los afectados por la peste.

Mussonio Rufo fue amigo suyo y gozó de su

estimación. No sabemos mucho más acerca de este filósofo, porque su capacidad expresiva, como la de Sócrates, se gastó totalmente en conversaciones privadas. No escribió nada. Su discípulo Epicteto logró amplia fama y una larga posteridad gracias al arte de dictar, en breves sentencias, los principios fundamentales de la filosofía que aprendió de los labios de Mussonio Rufo.

Epicteto dijo que Mussonio era estoico y llevaba una vida muy austera, poco usual en su época. Estimaba que el cuerpo debía ser sometido a una dura disciplina para que no se opusiera al ejercicio de las virtudes. Y lo que fue más notable, siguió sus propios consejos.

Epicteto fue de origen griego. Había nacido en el pueblo de Hierápolis, en Frigia, en las cercanías del año 50 de nuestra era. Llegó a Roma como esclavo del jefe del cuerpo de guardias de Nerón, pero a la muerte de su amo recuperó la libertad y ejerció el oficio de filósofo en la capital del imperio, hasta que Domiciano, sucesor de Tito, expulsó a todo el gremio del radio de Roma.

Domiciano fue todo lo contrario de su hermano Tito y esta disparidad de disposiciones se acentuó con el tiempo. Los primeros años de su gobierno fueron severos, y aunque muy rígidos, perfectamente soportables. Cuidaba de las costumbres públicas y privadas como un censor de la época republicana, pero su desconfianza no descansaba jamás. El ejercicio minucioso de la sospecha lo llevó a ver conjuras por todas partes. Para evitar lo que consideraba una consecuencia fatal de toda rebelión, aumentó su aparato represivo y llevó hasta la extravagancia la intervención policial.

Se hizo llamar "Señor y Dios nuestro" y como los filósofos administraban el Olimpo con otro criterio los expulsó de Roma. Hizo degollar a los cristianos por impiedad, porque si bien rezaban por él, no admitían que fuese divino.

Como todos se sentían amenazados, en la medida que aumentaba su locura, crecían las conjuras. Una de ellas tuvo éxito y Domiciano, luego de defenderse con energía, cayó a los pies de sus enemigos cribado a puñaladas.

Se puede decir que el poder tenía en Roma mala sombra y exigía por parte del soberano una vigilancia que generalmente resultaba ruinosa para sus nervios. De diez emperadores que se cuentan hasta Domiciano, siete murieron asesinados y algunos casi locos.

Esta situación exigía, por parte de los hombres que, en alguna medida, participaban del poder, una gran circunspección y de aquellos que tenían condiciones para la reflexión, el cultivo de pensamientos que los fortalecieran contra los azares y los caprichos del favor imperial.

Epicteto, que conoció a Nerón y luego a Domiciano, se consoló en la escuela estoica de Mussonio Rufo y, aunque tampoco escribió nada, uno de sus discípulos, Flavio Arriano de Nicomedia, recopiló sus enseñanzas y publicó tres libros que llevan el nombre de su maestro. Estos tres libros son: *Las diatribas*, *Las homilías* y el *Encridion*. Sólo poseemos cuatro capítulos de *Las diatribas* y todo el *Encridion* para hacernos una idea aproximada del estoicismo sostenido por Epicteto.

Como la de Séneca su intención es práctica y poco importante desde el punto de mira especulativo. Dios es el alma del mundo y el universo másico su cuerpo. Como todos somos porciones de ese universo, Dios está siempre con nosotros cualesquiera sea el lugar donde nos encontremos.

Para comprender la Providencia basta fijar la atención en la armonía del cosmos y en el orden que reina en nuestra naturaleza, cuando tenemos la sabiduría de someterla a nuestra razón.

Si Dios es la razón de todo, y nosotros sus partes, racionalizar los apetitos y dominar las pasiones es

el camino para ponerse de acuerdo con Dios, y por eso mismo, con la propia naturaleza. La receta parecía infalible y todo consistía en acertar con la voluntad divina: "Sabes que si te adhieres a Dios, atravesarás la vida con seguridad. Unirse a Dios es querer lo que El quiere, y no querer lo que El no quiere" [5].

No obstante la aparente transparencia del principio, Epicteto sabía que no es cosa fácil ser hombre y todavía más difícil ser un filósofo: "Grande es la lucha, pero divina la obra. El fin es el reinado de la libertad, la serenidad, la ataraxia. Para lograrlo hay que invocar el nombre de Dios".

Lo que depende de nosotros debe ser hecho con la mejor voluntad y en la clara inteligencia de que debemos obrar conforme a la razón. Lo que no depende de nosotros como las enfermedades, la muerte, Nerón o Domiciano, tiene que ser aguantado con firmeza y serenidad. Dios sabe para qué nos envía tales males y conviene descansar en la seguridad de que son para nuestro bien.

LA FILOSOFIA EN LOS EMPERADORES

Con Séneca, Mussonio Rufo y Epicteto la filosofía consoló a sus cultores de la sombra imperial; con Marco Aurelio es el emperador quien recurrirá a la filosofía para consolarse del ejercicio del imperio.

El advenimiento al trono de Marco Aurelio fue precedido por una sucesión de gobernantes que pueden ser considerados entre los mejores que tuvo Roma después de Augusto.

A la muerte de Domiciano, el Senado aprovechó la oportunidad, que no solía tener con frecuencia, de elegir un emperador a su gusto. El cargo le tocó a Marco Coccio Nerva. Un viejo jurista que gustaba, sin gran talento, de escribir versos. Como

[5] EPICTETO: *Diatribas,* IV, 1, 91, 99.

Nerva era ya viejo, estaba achacoso y no podía du rar mucho tiempo, fue elegido sin protestas.

Sus contemporáneos tal vez lo hubieren aguantado más, pero los dioses le dieron sólo dos años para enderezar los entuertos dejados por su predecesor. Sus medidas de gobierno fueron sagaces y, en general, muy generosas y bien inspiradas, pero la más inteligente de todas ellas fue la de elegir un sucesor en la persona de Trajano, un general oriundo de España que comandaba las legiones destacadas en la Germania.

Trajano gobernó durante 19 años, del 98 al 117 de nuestra era. En ese lapso reorganizó militar y administrativamente el imperio. Se ha dicho que con Trajano Roma llegó al punto culminante de su poder, pero también que fue en ese tiempo cuanto la potencia romana reveló la magnitud de los problemas que ya no podía resolver.

Trajano, que comprendía todo, se sobrepuso y dio cuenta de su tarea sin caer en la tentación de la amargura, ni apelar a los refinamientos de la filosofía. Era un hombre de armas enérgico y sencillo, y poseía, además, una clara inteligencia de estadista.

Su sucesor, Adriano, mantuvo sus puestas y la vieja máquina imperial siguió andando hasta su descomposición durante el gobierno de Antonino Pío. Era pariente de Trajano y como él, nacido en España. No sé si éstas fueron las causas que lo llevaron al trono una vez fallecido Trajano, o, como aseguran las malas lenguas, el hecho ventajoso de haberlo reemplazado en el lecho de su esposa Plotina que facilitó su acceso al poder. Con o sin adulterio, Plotina sintió por Adriano una inclinación muy acentuada y no fue ajena a su designación, pues Trajano no lo había hecho su heredero, ya por olvido o como un reproche a su deslealtad.

Cuarenta años tenía Adriano cuando se hizo cargo del imperio en el año 117 y sesenta cuando

murió en 138. Durante esos veinte años el imperio será beneficiado con los frutos de su actividad incesante, esclarecida por la luz de una gran inteligencia. Adriano —aquí se descubre el punto en que podría discrepar de Trajano— creyó conveniente renunciar a la ya larga guerra que Roma libraba contra Armenia. Retiró los soldados de la frontera persa y renunció a sostener la conquista de esa región. Los partidarios de la paz alabaron su sabiduría política, pero muchos soldados, formados en la dura disciplina de Trajano, vieron en estas medidas un signo de debilidad lamentable.

No fue el único motivo de disgusto que Adriano dio a los hombres de armas. Toda su personalidad delataba al intelectual y al helenista empecinado. Amaba la música, las matemáticas, las artes plásticas y la filosofía. Le gustaba escribir y rodearse de poetas y pensadores con los que pasaba muchas horas de su vida. Esta inclinación al ocio no restó eficacia a su labor como gobernante, ni disminuyó su resistencia física, ni sus aptitudes militares. Simplemente lo apartó del trato con su ejército y se convirtió en un ser extraño al mundo castrense que sostenía con sus armas el imperio.

Adriano supo hacerlo todo bien, y, sin embargo, en todo lo que hizo puso un sello de melancolía, una tristeza tan compleja y refinada, que no se puede menos que ver en su personalidad como emperador el anuncio de la decadencia. Su última obra fue la construcción de su propia tumba: la mole "Hadriani", hoy castillo de Sant'Angelo. La literatura latina conservó de él unos versos exquisitos que hablan con nostalgia del alma abandonada a la soledad de la muerte:

Animula vagula, blandula
Hospes comesque corporis
Quae nunc habibis in loca,
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles dabis iocos.

Cuando después de una enfermedad larga y dolorosa se sintió morir, tuvo antojo de ver el mar. Allí murió, consumido por un sentimiento que nunca pudo expresar en toda su plenitud, frente al mar donde había crecido el Imperio.

Como no dejó hijos, le sucedió en el trono T. Aelius Adrianus Antonino Pius, que había adoptado, conforme con el uso sucesorio impuesto por Nerva. Luego de las sombrías nubes de los últimos días de Adriano, la figura solar de Antonino Pío trajo al imperio veintitrés años de paz, entre 138 hasta el 161, en que se extinguió.

Fue como un día claro y apacible en el que apenas se veían las nubes acumuladas en el horizonte y que presagiaban futuras agitaciones en las fronteras. Hombre bondadoso, de carácter paternal, se preocupó más por legislar con justicia que por fortalecer el aparato del Estado. Los resultados de su bonhomía aparecieron a su muerte y fue su sucesor Marco Aurelio, quien tuvo que salir en expediciones guerreras para sostener los lindes que se caían por todas partes.

No era, precisamente, la persona más indicada para este oficio militar y sus condiciones de intelectual tuvieron que sufrir una ruda tortura para poder atender las exigencias del oficio. Este conflicto entre su vocación y aquello que la suerte le impuso encontró una salida en la filosofía.

Marco Aurelio había sido adoptado por Adriano y era hijo de Antonio Vero y Domizia Lucilla. Aunque nacido en Roma, descendía de españoles como los Antoninos. En el año 130, cuando apenas tenía nueve años, lo adoptó su abuelo paterno Marco Antonio Vero y a la muerte de este último, acaecida seis años después, Adriano lo reconoció como suyo. Antes de morir se lo recomendó a Antonino Pío como sucesor, mandato que éste cumplió con piedad ejemplar.

Adriano lo llamó "Verissimo", como si la índole

que demostró desde niño fuera la expresión cabal de aquello que sugería su gentilicio. La educación de Marco Aurelio corrió a cargo del retórico Cornelio Frontón, erudito poseedor de una extraordinaria cultura literaria.

Frontón trató de formar el alma y el estilo del joven discípulo de acuerdo con los cánones de una extraña pedagogía gramatical de su invención. Es curioso observar cómo esta ciencia, aparentemente tan distante de la ética, podía, en virtud de una gimnasia permanente y exclusiva, convertirse en práctica de la inteligencia y en norma de conducta.

La enseñanza de Frontón consistía en una prolija lectura de los autores antiguos, con especial dedicación al ordenamiento sintáctico de los períodos. El alumno debía modelar su dicción y su estilo literario en la paráfrasis de esos escritores. Debía eludir los neologismos y dar a su vocabulario una patina de antigüedad que lo hiciera aparecer como obra clásica.

Este sistema pedagógico era más un prejuicio que el resultado de una reflexión sobre el arte de enseñar. Se creía firmemente que los antiguos habían dado la lección insuperable y los contemporáneos sólo podían demostrar su capacidad imitándolos.

No obstante su ausencia de originalidad, el ambiente cultural del siglo II de nuestra era se impone con una suerte de hipertrofia productiva que venía anunciándose desde el siglo anterior, cuando Séneca escribía que se trabajaba en una "atmósfera de intemperancia literaria".

Raras veces —nos aseguraba Parabeni— la devoción a la ciencia y el ardor por el estudio encontrará elogios más encendidos que en las Cartas de Plinio o en los escritos de Marco Aurelio. Explicaba el poder que tenía la retórica sobre los espíritus, por el esfuerzo que había que desplegar para

aprender a hablar y a escribir de acuerdo con las exigencias de ese arte. Esta faena terminaba por absorber "en árida ejercitación toda la actividad de un estudioso" [6].

Fue el siglo de Apuleyo y de Luciano, genios fosforescentes, de una versatilidad sólo comparable a su vacío espiritual. Todos los géneros literarios fueron manejados por Apuleyo con una facilidad que lindaba con la garrulería. Luciano aspiró a una universalidad semejante en el "pastiche" y la emulación. Con todo fue un espíritu mucho más crítico que el de Apuleyo y su mordacidad encontró en las producciones de la época un magnífico campo para ejercitarse.

El maestro Frontón mantuvo con Marco Aurelio una larga correspondencia que es fuente irreemplazable para estudiar la pedagogía de los retóricos y, al mismo tiempo, para comprender los esfuerzos hechos por nuestro "Verissimo" para librarse del vacío de aquella erudición pedantesca, en cuanto descubrió el manantial de la filosofía.

Escribía Marco Aurelio a su maestro en el año 146 que aún no había hecho el trabajo que le solicitara, no porque tuviese demasiadas ocupaciones, sino porque se hallaba sumergido en la lectura de Arístides "cuyo libro ya me pone contento, ya disgustado de mí mismo. Contento cuando me enseña a ser virtuoso, disgustado cuando me muestra lo lejos que me encuentro del ideal que me propone".

La influencia de Rústico, un estoico que por su severidad estaba muy cerca del corazón de Marco Aurelio, terminó por enemistarlo con la retórica. En sus *Recuerdos* nos dice que por él renunció al estudio de la "poesía y la elegancia" y encontró la simplicidad y la naturalidad en su

[6] PARABENI: *L'Italia Imperiale,* Milano 1938, páginas 430/431.

forma de expresión. La lectura de Epicteto completó su conversión y el futuro emperador halló el camino por donde debía transitar su espíritu, guiado por la ejemplaridad del esclavo exiliado y enfermo.

La ruptura con Frontón en un hombre de sentimientos tan delicados como Marco Aurelio no se tradujo en separación rencorosa. Siempre manifestó un gran agradecimiento al hombre que le había enseñado a odiar la tiranía y a ocuparse del espíritu más que del cuerpo. Al mismo tiempo agradecía a los dioses "no haber hecho grandes progresos en el arte de la retórica, en el que habría insistido, si no hubiere descubierto que tenía mejores condiciones" [7].

La muerte de Antonino Pío ocurrida el 7 de marzo de 161 lo puso al frente del gobierno. De acuerdo con la voluntad postuma de Adriano debía compartir el trono con Lucio Vero, cuya belleza afeminada corría pareja con su ánimo exangüe y su refinada inteligencia. Lucio no tuvo necesidad de consolarse del poder, porque lo dejó totalmente en manos de Marco Aurelio. Se contentó con brillar y cometer de vez en cuando algún error lamentable que el emperador filósofo procuraba enmendar con estoica paciencia.

Sería un error creer que Marco Aurelio fue un gran estadista. Sin lugar a dudas tuvo muchas virtudes que durante su gobierno pudieron brillar en servicio de los hombres. Pero estas nobles disposiciones no bastaban para hacer de él un gobernante en toda la extensión de la palabra. Había asimilado buenas enseñanzas y, como no carecía de talento, se las arregló para resolver con discreción los graves problemas que imponía el mando.

Si su ánimo fue uno de aquellos que crecen con el castigo, la Providencia le impuso tantas ca-

[7] Marco Aurelio: *Ricordi*, I, 17.

lamidades como le hacían falta para probar su estoicismo: asalto de los bárbaros en las fronteras, pestes, terremotos, inundaciones, sequías, motines, rebeliones de tropas y dificultades financieras. Nada faltó para templar su paciencia y probar su ecuanimidad. Tuyo que realizar las tareas más contrarias a su índole, improvisándose soldado contra su salud delicada; soberano diligente y enérgico contra su inclinación al ocio y a la apatía. Debió interesarse en todo lo que no le interesaba y vivir durante años en los lugares donde nunca hubiere querido estar.

Durante su exilio militar en las fronteras de Hungría escribió sus pensamientos más íntimos y buscó consuelo en el cultivo de esa filosofía que tanta desconfianza había inspirado a sus antecesores.

Poco queda de los trabajos literarios que se le atribuyen. Algunos fragmentos de los *Discursos*, un copioso epistolario no siempre genuino y ese libro, sin duda su obra maestra, que conocemos en español con el título de *Soliloquios* y al que los italianos llaman *Ricordi*.

Lo escribió en griego y según Renan es muy probable que en esa época Marco Aurelio llevase una suerte de diario íntimo, "donde escribía en griego algunas máximas que le servían para sostenerse en la lucha, las reminiscencias de sus autores favoritos y los trozos de los moralistas que mejor hablaban a su corazón. Los principios que le habían ayudado en la jornada, y, a veces, los consejos que su conciencia escrupulosa creía obligación darse" [8].

En estos *Soliloquios*, cuya edición italiana tengo entre mis manos, es donde se puede hallar la sabiduría que extrajo de su experiencia y que le sir-

[8] RENÁN, E.: *Marco Aurelio e la fine dil mondo antico*, Milano, 197, págs. 141-42.

vió de consuelo en las amargas calamidades que colmaron su existencia.

Estos pensamientos no tienen la indiscreción de un diario íntimo; constituyen los jalones de un preciso itinerario intelectual que, sin caer nunca en lo anecdótico, sabe mantenerse con clásica contención en los límites del interés universal.

El tono predominante es melancólico y manifiesta una profunda voluntad de no dejarse dominar por la desesperación. La duración de la vida es corta y el cuerpo cosa mudable. El sentido se turba con facilidad y nuestra salud se corrompe. El alma es un torbellino, la fortuna incierta y la fama injusta. La vida es lucha y peregrinación. El único alivio postumo es el olvido. Sólo la filosofía puede ofrecernos su precario consuelo.

¿Cuál puede ser el sentido de una existencia que sale tan mal parada de su primer encuentro con una filosofía consoladora?

El acuerdo con la razón. A simple vista la cosa no es tan probable, a juzgar por lo que terminamos de leer, pero todo es cuestión de perspectiva. Si la observación de la realidad nos revela el curso delirante de los sucesos, conviene entrar en sí mismo con el propósito de prepararnos un terreno libre y ancho para vacar a gusto en el mundo de la mente.

Ahora reinan el cambio y la lucha. Tal situación debe ser tomada como se presenta. La vida íntima es la roca segura donde se rompen sin herirnos las olas del destino. Resistimos mejor a las cosas si las conocemos en su esencia y sabemos cuál es el lugar que ocupan en el universo y el tiempo que están destinadas a durar.

Entonces podemos tener una justa valoración de los acontecimientos y no caer en la necedad de pelear por cosas sin valor. Las tristezas que trae la vida son soportables si llamamos a nuestro socorro los altos principios de la filosofía. La vida

en la corte es madrasta pero la filosofía es madre.

La razón es una y universal. Todos participamos de ella con nuestra inteligencia. El culto de la razón nos devolverá la paz interior, nos hará solidarios con los otros hombres y nos pondrá en armonía con los dioses.

Todos los hombres tenemos gustos diferentes —escribía—: a unos les place unas cosas a otros. otras. A mí me gusta tener una mente sana que observe todo con ojos benignos y acoja la realidad en su valor. El universo tiene una armonía y la salvación consiste en conocer la esencia de las cosas, saber cuál es la materia y cuál es la causa para poder obrar con justicia y vivir la verdad.

Es posible alcanzar cierta felicidad si nuestra alma permanece indiferente frente a lo que es indiferente y examina todo en su relación al orden del universo. Una sola cosa permanece: Dios. Todo reside ahí, el resto, esté o no en tu poder, es cadáver y humo.

La sabiduría es el único refugio del hombre, quien no sabe lo que es el mundo ignora su propio destino. Para descubrir el sentido eterno de las cosas no hay que perder el tiempo indagando sobre naturalezas caducas: contempla el curso de las estrellas y medita siempre en el perenne cambio que afecta a los elementos. Tales pensamientos purifican el alma de la fealdad de la vida terrena.

Para entender esta cura de alma por la contemplación de los astros, tal como aconsejaba Marco Aurelio, es preciso conocer el misticismo cósmico que lo anima. El cielo estaba poblado por seres espirituales, cuya eterna complacencia se manifestaba en el desplazamiento regular y armonioso de las estrellas.

Marco Aurelio parecía encarnar al viejo dios defensor de las puertas romanas, porque, mientras hilaba estos pensamientos, cumplía con seriedad su oficio imperial. Cuando tenía que hacer la gue-

rra la hacía bien, pero esto no le impedía, en la soledad de su retiro, escribir frases como ésta: "Una araña, cuando ha capturado una mosca, cree haber hecho algo grande. Así también el que ha capturado un sármata. Ni la una ni el otro piensan que son dos ladrones".

¿Qué era él mismo?

El emperador de los romanos. Esto no le decía gran cosa, por esa razón cuando Avidio Cassio se sublevó con sus tropas y se proclamó emperador, Marco trató de llegar rápidamente a un acuerdo con él. Juzgó que si Roma así lo deseaba, Cassio podía asumir la potestad del imperio. El Senado rechazó la proposición de Marco Aurelio y éste, contra su gusto, tuvo que salir al encuentro de su rebelde concurrente.

Cassio fue asesinado por un oficial de su propio séquito y cuando Marco volvió a Roma después del incidente, se le tributó un triunfo. La mez quindad de esta gloria militar no pasó inadvertida ante los ojos del lúcido emperador. Aceptó el solemne agasajo como una prueba más de las incoherencias del destino y asoció a ella a su hijo Cómodo.

Murió antes de poder valorar en toda su miseria las condiciones del joven Cómodo. Las malas lenguas decían que su mujer, Faustina, lo había engendrado con un gladiador. La vocación de Cómodo corroboró siempre este infundio, amó más el circo que el gobierno. Nunca filósofo alguno ha creado algo tan ajeno a la vida del espíritu como la personalidad de este payaso siniestro.

Marco Aurelio murió en un campamento militar cercano al sitio donde se levantó más tarde la ciudad de Viena. De golpe se sintió seriamente enfermo y tuvo la seguridad que se moría. Durante cinco días permaneció en su lecho sin probar un bocado. Al día sexto se levantó con dificul-

tad, presentó a Cómodo ante sus tropas y se volvió a tender para no levantarse más.

Roma recordó su figura con una columna y una estatua ecuestre que se levantó en la Piazza Colonna. Más tarde sobre esa misma columna, los romanos pusieron al Apóstol San Pablo.

Montado a caballo y con el gesto del dominador universal, no se adecuaba al carácter de Marco Aurelio. ¿Pero podía presentárselo, sin menoscabo para la función de gobierno, entregado a la faena de su meditación sin esperanza?

